

Ateneea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

008(83)(05)

Federico Gana.	<i>En Capilla.</i>
Paul Schostakowsky.	<i>Europa y Rusia.</i>
Lord Jim.	<i>Trilogie.</i>
E. Solar Correa.	<i>Un gran poeta en prosa: Alonso de Ovalle. III.</i>
Ricardo E. Latcham.	<i>Los orígenes del hombre americano.</i>
Raúl Silva Castro.	<i>Paradoja sobre las clases sociales en la literatura.</i>
Domingo Melfi.	<i>Panorama Universal.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Haya de la Torre.	<i>La emoción de la técnica.</i>
Manuel Rojas.	<i>Divagaciones alrededor de la poesía. IV.</i>
Manuel A. Seoane.	<i>Relieve materialista de Hugo Wast.</i>
F. Ortúzar Vial.	<i>Al margen de un libro reciente.</i>
Francisco García Calderón.	<i>Eugenio Garzón, profesor de concordia.</i>
Mariano Picón Salas.	<i>Literatura y actitud americana.</i>
Alfa.	<i>Crónica de espectáculos.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS—LOS LIBROS
LAS REVISTAS—ENCUESTA ACERCA DE
LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA
AMERICA ESPAÑOLA

1930

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras,
artes, historia, filosofía y
ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE-COSTA RICA

Centro América

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina,
Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la
Torre

LIMA - PERU

Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970

INDICE

Organo del grupo "INDICE"

**Mensuario de cultura actual,
información, crítica y
bibliografía**

Dirección postal:

Clasificador 24-A SANTIAGO

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Septiembre de 1930 — Núm. 67

008(83)(05)

Federico Gana.

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION

EN CAPILLA

BIBLIOTECA

Pocos años antes de su muerte, Federico Gana entregó el cuento que sigue al secretario de redacción de una revista entonces en boga. Este trabajo, por razones variadas, no pudo ver la luz en esa publicación y ha permanecido hasta hoy inédito. Lo damos como un homenaje al autor de *Días de Campo*, seguros de satisfacer a los numerosos admiradores del escritor desaparecido.

BEBÍAMOS en silencio nuestro café un amanecer de invierno en casa del secretario del juzgado que conocía en aquel proceso criminal por homicidio con reincidencia.

El fusilamiento del delincuente debía verificarse en algunos instantes más; el coche del juzgado nos esperaba a la puerta. Sobre la mesa estaba el expediente, y yo leía *in mente* estas palabras escritas sobre la portada con grandes letras negras: «Pascual Ortiz. —HOMICIDIO.»

Sabía vagamente el hecho: primer asesinato con ensañamiento, condena a 20 años de presidio; segundo asesinato, en las salas de trabajo de la Penitenciaría, condena a la pena de muerte, que debía cumplirse ese día.

Cierta malsana y juvenil curiosidad profesional de abogados despreocupados como éramos entonces mi

amigo y yo, nos había incitado a pedir a nuestro colega Pedro Reyes que nos invitase esa mañana a presenciar el macabro espectáculo.

Y ahí estábamos ahora ante la próxima e inevitable muerte de un ser humano desconocido, hablando futilidades.

Reyes sacó de pronto su reloj, y nos dijo, tomando nerviosamente el voluminoso legajo que había sobre la mesa: «Vamos, ya es hora.»

Instalados en el coche, guardábamos silencio, sugestionados tal vez por la impresión que se reflejaba en el bondadoso semblante de Pedro Reyes, que miraba con fijeza hacia un punto indefinido del horizonte, mordiéndose con fuerza los labios.

El coche dejaba atrás los barrios elegantes del centro comercial de Santiago, las calles del Dieciocho, Castro, doblaba por Ejército y bordeaba el Oriente del Parque Cousiño. Al contemplar nuestro amigo la libre extensión de los campos del parque envueltos a esa hora matinal en las brumas de ese amanecer nebuloso, su rostro abstraído se contrajo, sus ojos leales y puros parecieron mirar hacia adentro, como atacados de un súbito estrabismo, lanzó un hondo suspiro y exclamó en voz baja, estrangulada:

—Les aseguro, amigos, que yo, que soy el actuuario en esta causa—y estrechó con fuerza el expediente—, es la primera vez que me veo por la ley obligado a leer una sentencia a un hombre que va a morir; les declaro que esto es horrible, horrible para mí, que no puedo, que no está en mí!...

Inclinó la cabeza y se cubrió la frente con las manos. Guardábamos silencio ante este dolor.

De pronto, mis miradas se fijaron en la Penintenciaria, cercana ya, y observé con extrañeza que en el agudo palo de bandera del edificio no había el trapo negro que anuncia una ejecución capital; y, además, que en ese instante volvía hacia nosotros un coche

de posta en el que ví a dos frailes dominicos cuyos hábitos talares blanco y negro divisaba perfectamente a la distancia.

Entonces dije en voz baja, rápida, anhelante, dirigiéndome a Reyes, como si pensara en voz alta:

—No hay bandera negra... Veo a dos padres dominicos que se van, que regresan en este instante.

Entonces nuestro amigo alzó la cara, hizo un lento movimiento negativo con la cabeza y exclamó:

—¡Un indulto!... No es posible; tendría que haberse comunicado a mí primero, que soy el secretario de la causa. Lo contrario sería una grave incorrección administrativa.

Sin embargo, un resplandor de angustiosa esperanza se reflejaba en su semblante.

Ya llegábamos a la puerta de la prisión: Reyes descendió rápido y se internó en el edificio; un instante después aparecía en la entrada, y agitando en la mano un papel nos gritaba:

—¡Indultado! ¡Indultado!

Descendimos presurosos, y entonces vimos a nuestro amigo conversando con gran animación con un caballero grueso, entrado en años, de bigote gris, que llevaba una gorra con una inscripción en la visera, y escuchamos este diálogo:

—¿Y cómo no se me ha comunicado a mí primero el indulto?

—Sólo en este instante llega un ordenanza de la Moneda con la nota; tal vez un olvido del secretario del Presidente; tal vez el temor de éste de que la ejecución se verificara. El reo nada sabe aún.

—¿Y dónde está?

—En la capilla todavía. No he tenido tiempo sino de despedir a los padres—termina el grueso caballero, de gorra.

Reyes, con el rostro pálido, dice:

—Vamos, vamos luego, señor director, a darle la noticia.

Y todos nos dirigimos hacia el interior de la Penitenciaría; las pesadas puertas de hierro se abren rápidas para nosotros, movidas por las manos de los carceleros, como en los cuentos de hadas.

Entre tanto, escucho la relación del caballero grueso, que nos refiere rápidamente la breve historia del criminal. Dice:

—Ortiz no ha cometido un primer delito bajo, ruin, repugnante, robo o algo semejante, sino que todo se debió a la rabia de ver a su hermana golpeada por su marido. Le dió a éste cuatro puñaladas y además unos puntapiés al cuerpo ya agonizante. Lo condenaron entonces por homicidio con ensañamiento a 20 años. Aquí se ha portado como un santo: un hombre callado, trabajador, sin vicios, siempre triste, sin una queja de nadie; todos lo querían hasta los peores.

«Cuando, don Pedro, ¿no le toma cariño el jefe del taller de carpintería?, hombre bueno, pero de carácter muy variable y que tenía la costumbre de franquearse con los reos. De ahí vino todo. Hace pocos días, el jefe, viendo a Ortiz que estaba callado, suspenso ante el banco, tal vez pensando distraído en sus cosas, le da por broma, sin duda, un puntapié, diciendo, con ese tono con que se les habla a los reos: «¿Qué haces ahí, hombre, que no trabajas?» Entonces, me contaron, se volvió Ortiz, lo miró un rato en silencio, y, levantando un formón, se lo hundió hasta el mango en el corazón. Este fué el segundo crimen por el que lo iban a fusilar ahora. ¡Ustedes no saben, caballeros, cuanto me alegro de este indulto!—terminó el jefe de la prisión dirigiéndose a nosotros.

Ya llegábamos ante la modesta capilla donde los reos de muerte esperan la hora de su ejecución. Un

pequeño crucifijo entre dos grandes cirios encendidos, sobre un humilde altar improvisado, presidía aquella escena de angustiosa expectativa.

Y en el silencio y la vaga y fría penumbra de la mañana, vimos todos que frente a ese altar pobrísimo, había un hombre arrodillado en un reclinatorio. Estaba de espaldas a nosotros, y ví, vagamente, sus piernas engrilladas, su cabeza caída sobre el pecho, hundida en los anchos hombros. Al rumor de nuestros pasos, alzó la cabeza, y al ver al jefe de la prisión, se puso de pie trabajosamente, sosteniendo con las manos el bramante atado a los grillos. ¿Creía tal vez que había llegado su última hora? Lo examinábamos todos curiosamente: era un *muchacho* de elevada estatura, vigorosamente constituído, de rostro bronceado, al que el reciente insomnio, la angustia y la vida reclusa del presidio daban un color terroso. Bajo las fruncidas cejas brillaban unos grandes ojos de color de acero, de frío reflejo; la nariz aguileña, lo rizado del cabello negrísimo y cierto ceño duro, desdeñoso, dábanle un aspecto de inolvidable belleza varonil.

El jefe de la prisión se acercó al reo y le dijo:

—Ortiz, en este instante llega de la Moneda el indulto para Ud. Lo felicito y me congratulo de ello, porque si es verdad que usted ha cometido dos homicidios, por los que está aquí, no son debidos sino al carácter de fiera de usted, que cualquier cuestión la quiere arreglar con la violencia. Y ese carácter lo tendrá en esta cárcel algunos años más—terminó severamente el Director de la Penitenciaría.

Al escuchar estas palabras, avanzó Pedro Reyes. Su rostro estaba lívido, y sus labios, que se agitaban, dijeron:

—Amigo, lo felicito de todo corazón, porque ha sido indultado de la pena de muerte; usted no es de aquellos criminales malos a los que no puede dárseles la mano. Démela.

Y pasó abierta al reo su derecha, que temblaba. Ortiz fijó en el secretario la mirada de sus fríos ojos claros; ví que se velaban suavemente, sus párpados se cerraron un instante; una pequeña lágrima corrió por sus mejillas. Al fin desenlazó las cruzadas manos y tendió la suya terrosa, humilde hacia nosotros, y yo estreché aquella mano, sintiendo no sé qué extraña angustia en el corazón.

Paul Schostakowsky.

EUROPA Y RUSIA

El «Occidentalismo» y el «Rusismo», las dos corrientes principales de la cultura rusa

I

DESDE muchos siglos el pueblo ruso, en la persona de sus representantes más cultos, de los pocos que al principio sabían leer y escribir, de su clero, y luego de sus profesores y sabios, está dividido en dos campos: el campo «Occidentalista» y el campo «Rusista». En el curso de los siglos ambos bandos, de acuerdo con los fines inmediatos que se proponían alcanzar, cambiaban sus nombres; los ideales de unos y de otros también evolucionaban, ganando o perdiendo en importancia, profundidad y extensión espiritual, pero en el fondo, los móviles principales que alentaban a unos y a otros, permanecían los mismos. El «Occidentalismo», sea que se llamara «letínismo» (nombre que los antiguos rusos daban al catolicismo), sea que se llamara «influencia cultural»: alemana, francesa o, de manera más genérica, «europea», era la misma tendencia, que predicaba la introducción en Rusia de teorías, doctrinas y enseñanzas que profesaban, o de alcances materiales de que gozaban, los pueblos de la Europa occidental. Al contrario, el «Rusismo» era la tendencia que se oponía a la importación «occidental», sobre todo y principalmente a la importación espiritual, que consideraba todo lo «occidental», como perjudicial al pueblo ruso, en este y en el otro mundo, que acep-

taba y quería fomentar solamente lo propio, lo ruso, que aseguraba que los rusos no necesitaban a los «occidentales», que podían vivir sirviéndose de la «razón propia» y en fin que era el Occidente el que tenía que aprender de los rusos lo que es la verdadera religión cristiana y la verdadera cultura espiritual.

El «Rusismo», que se generó para defender la *verdadera piedad*, abandonó, en cierto momento, los límites puramente religiosos, para abrazar regiones espirituales y aun materiales de gran extensión, casi todo el conjunto de los intereses nacionales. Pero la corriente «nacionalista» se dividió rápidamente en varios arroyos, y últimamente la definición «un nacionalista», podía entenderse de la manera más variada. Una razón más para englobar todo el conjunto de las tendencias nacionalistas bajo el nombre genérico de «rusismo».

La discordia entre las dos corrientes resultará aún más clara precisando en seguida que, a mi parecer, el «occidentalismo» expresaba en todos los tiempos la tendencia rusa *crítica*, es decir, la tendencia de los que, descontentos de cómo las cosas iban en casa, buscaban en el Occidente los ejemplos y las enseñanzas, predicando la «europeización» de Rusia. Y el «rusismo» era la tendencia diametralmente opuesta: los «rusistas», muy satisfechos del estado en que se hallaba la patria, protestaban contra cualquier importación que chocara con la tradición nacional establecida.

La oposición de estos dos conceptos—del «occidentalismo», en el sentido de la cultura europea, y del «rusismo», en el sentido de la cultura rusa—plantea en primer lugar la pregunta: ¿Entonces Rusia no es Europa? Ciertamente no, y, fuera de los «occidentalistas» rusos, que se esfuerzan por enganchar a su patria a la cola europea, nadie duda de esto. Por lo menos la masa del pueblo y, ciertamente, una gran parte de los intelectuales rusos no se interesan en absoluto por ser considerados como un pueblo extramuros europeo.

Tolstoy decía que en los mapas geográficos, que representan Rusia, los cartógrafos no deberían escribir ni Europa ni Asia, sino *Rusia*. En cuanto a Dostoievski, era mucho más radical, y afirmaba que los rusos no son europeos sino asiáticos, y aun exhortaba a sus paisanos a reivindicar aquel título de «asiáticos» con orgullo, dejando la pretensión de llamarse «europeos».

Este punto de vista desesperaba a los «occidentalistas», sobre todo a los «occidentalistas» de las últimas generaciones, que crecían en épocas de depresión nacional, de la negación apasionada de todo lo que era lo propio, lo suyo, lo ruso,

que querían y quieren asimilarse a la cultura europea, y esto no sólo en el sentido del *estudio*, sino como miembros de la misma familia y bajo el mismo rótulo. Y como ciertas diferencias entre los aspectos de la vida rusa y occidental no permiten, digamos, poner en la frente del mujik ruso el rótulo «europeo», los defensores de aquella tendencia escriben tratados para comprobar que si el mujik ruso todavía no es un «europeo», en el sentido en que aquella palabra se entiende generalmente, es sólo por culpa del régimen zarista, que lo embruteció, y que bastaría anular «esto» e introducir «aquello» para que mañana mismo el mujik se convirtiera en un perfecto gentleman, y no hubiera ya diferencia alguna entre un ruso y un alemán o francés o inglés de la misma condición social: ¡como si los alemanes, franceses e ingleses se parecieran entre sí!

El gran error de los «occidentalistas» consiste precisamente en olvidar o desconocer la historia de su propio pueblo y querer comprobar que Rusia vive, se desarrolla o retrocede según las mismas leyes que rigen en todas las colectividades occidentales, obedeciendo a la misma evolución social y movida por los mismos ideales. Esta afirmación me parece no menos exagerada que la suficiencia patriótica, que le oponen los «russistas».

Antes de todo, el mismo Occidente no se presenta como un bloque cultural, regido por una ley única. Para convencerse basta tomar el ejemplo de la diversidad nacional en materia de las libertades políticas... Ahora, para explicar ciertas generalizaciones—a veces muy relativas—que unen a la mayoría de los países europeos, hay que tener en cuenta que todos estos pueblos tienen dos raíces comunes, que alimentaban a través de los siglos los gérmenes de sus culturas particulares: la primera eran los restos de la cultura romana y la segunda el catolicismo. Y aun cuando vino la Reforma, esta no se quedó como el privilegio de un solo estado, sino que se difundió por la mitad de Europa, y esto precisamente porque el catolicismo la unía. Consecuentemente, la Reforma quiso, como el catolicismo, ser universal.

Sin embargo, el caso de Rusia es otro. En vez de los restos de la cultura romana, los rusos encontraron en su llanura solamente los túmulos que marcaban el sitio de descanso de las tribus nómadas, que atravesaban aquel gran camino del sur de Rusia, que conducía de Asia a Europa. En cuanto a la religión, los rusos sacaron su fe de Bizancio (Constantinopla); es decir, en vez de unirse a los demás pueblos europeos bajo la tutela romana se encontraron opuestos a dichos pueblos

a causa de la separación de las Iglesias católica romana y ortodoxa griega.

No hay duda que si entre los países occidentales existen diferencias de cultura—semejantes a la que se ofrecen entre los españoles y los ingleses, por ejemplo (diferencia cuantitativa), o entre los franceses y alemanes (diferencia cualitativa), y esto sin discutir la superioridad de una sobre otra—, ¿cuál tiene que ser entonces la diferencia—cuantitativa y cualitativa a la vez—entre los pueblos de la Europa occidental y Rusia? En consecuencia, es pura locura afirmar que el pueblo ruso pueda desarrollarse según las mismas leyes e ideales del Occidente, ya que a los rasgos específicamente raciales, religiosos y culturales, a la diferencia de los problemas políticos y nacionales, se añade un factor que pone a los rusos en una situación excepcional, no sólo en la familia de los pueblos romanos y anglosajones, sino entre los mismos pueblos eslavos: es su unión estrecha, unión de sangre y de intereses vitales con los pueblos asiáticos. No se trata en este caso de los intereses coloniales, semejantes a los que varios países europeos tienen en Asia, ni de simpatías o conveniencias políticas: se trata de una estrecha unión familiar que dura tanto cuanto dura el estado ruso, y que ni los rusos ni los asiáticos pueden romper, aun si lo hubieran querido, ya que en aquella unión hasta los elementos de lucha, la cual se prolongó por espacio de varios siglos, fueron un cemento más en el fortalecimiento de relaciones familiares.

Diciendo «asiáticos» cometo tal vez un abuso: sería más correcto decir «mongoles», pero es siempre una inmensa parte del Asia, y si yo abuso de aquel sobrenombre, es para ser más explícito en cuanto a la contradicción irreconciliable en que tenía y tiene que encontrarse el espíritu ruso con el espíritu europeo en más de un punto.

Tomando como techa de la conversión oficial del Occidente el año 325, cuando el cristianismo fué proclamado religión oficial del Imperio romano, resulta que la conversión oficial de Rusia, que sucedió en el año 988, se realizó seis y medio siglos después de la del Occidente. Y como en Rusia la Iglesia fué la primera fuente de la cultura, la primera escuela de los letrados, los «occidentalistas» afirman que el atraso cultural de los rusos sobre los europeos es de seis y medio siglos. De aquí la deducción: los rusos deben copiar lo que se hace en el Occidente, y mientras más fiel resulte la copia, menos habrá en ésta «invenciones» propias, lo cual sería mejor para Rusia.

Lo que a estas afirmaciones contestan los «rusistas» ya lo

sabemos. Pero lo interesante en la discusión no son las teorías, sino el ardor y la fe con que cada uno predica sus propias infalibilidades y perfecciones; para profesarlas los rusos no necesitan el apoyo de autoridad alguna: cualquiera es su propio juez y una autoridad infalible para sí mismo gracias a este *método*, que se aplica a la propaganda de cualquier *teoría*, y que es una tradición rusa secular, hay posibilidad de encontrar un inquietante parecido, digamos, entre los «viejos creyentes» del siglo XVII y los bolcheviques del siglo XX. Las teorías, los principios y los ideales se han hecho completamente opuestos, pero la pretensión de ser los únicos que siguen la vía justa—la única y verdadera—ha seguido siendo la misma. Los «viejos creyentes» se encerraban en sus iglesias y se quemaban vivos para no ver el triunfo del Anticristo, es decir de la Iglesia oficial; los bolcheviques, en vez de quemarse, inundaron el país con la sangre ajena; la diferencia es tremenda, monstruosa, pero, a través de las llamas, como en el fondo de aquel océano de lágrimas y de sangre, hay posibilidad de distinguir la misma insolencia de la idea fija, la misma porfía, la misma equivocación ingenua y grosera, que se cree infalible, y tres veces la misma ignorancia.

Puede ser que dividiendo de manera tan grosera en dos corrientes toda la evolución compleja de la cultura rusa vaya a provocar la indignación de muchos pedantes, pero lo que se pierde en la omisión de los detalles se gana en la claridad de la demostración, tanto más cuanto que la lección que yo quiero sacar de este ensayo—necesariamente incompleto por falta de espacio—se refiere a la continuidad de los métodos rusos, a la tradición y a la capacidad de asimilación específicamente rusos, y a los rasgos característicos de la cultura rusa, que le proporcionaron un puesto honorífico y tan en vista entre los pueblos europeos.

Poniendo en el mismo saco «la verdadera religión o piedad», el «eslavofismo», el «nacionalismo» y el «rusismo», es lógico continuar y decir: el «bolchevismo» es también «rusismo», mientras que las tendencias de los partidos moderados, que actualmente se hallan en el destierro, es el «occidentalismo». Semejante afirmación levantará ciertamente vociferaciones en ambos campos rusos, así como entre los informadores «bolchevizantes» de la prensa occidental, pero no puedo retractarme, ya que esta manera de mirar las cosas permite explicar muchos sucesos confusos y nebulosos, proporcionando una nueva llave para el mejor entendimiento de lo que en el Occidente se llama a menudo «el enigma ruso».

* * *

En la historia universal, después del Imperio Romano, no se halla otro ejemplo de la formación de un imperio semejante al Imperio ruso y que hubiera desempeñado en el mundo un papel de igual importancia. Pero, mucho más que su extensión territorial, parecen estupendos e incomprensibles los modos de su formación y desarrollo. Si todo era lógico en el crecimiento sistemático de la potencia de Roma, y junto con esta de la cultura romana, todo fué ilógico en el crecimiento del estado ruso. En cuanto a la cultura rusa, su desarrollo presenta una paradoja que la historia nunca había repetido.

Para poder comprender los métodos y las vías de su formación, hay que dar un vistazo al pasado, y revisar, desde la primera época de la formación del estado ruso, lo que podían ser las dos corrientes que seguía la cultura rusa: la corriente «occidentalista», cuyos progresos dependían directamente de la intensidad de las relaciones con los países europeos y la corriente «rusista», la cual, tomando su primer impulso en la religión ortodoxa y, consecuentemente, en la influencia bizantina, se emancipó con rapidez y encontró en el alma de su propio pueblo elementos bastante fuertes para desarrollar sus propias tendencias espirituales y, al mismo tiempo, para *rusificar* los préstamos occidentales, haciéndolos a veces desconocidos para los mismos prestamistas, que bajo los disfraces rusos no reconocían ni su espíritu ni su aspecto.

Los eslavos empezaron a arraigarse en el continente europeo en el siglo VII, pero la fundación del estado ruso hay que situarla en el año 862, cuando los eslavos de la región noroeste de la Rusia actual llamaron a los príncipes varegos, «rus», para gobernar su tierra. En aquella época la masa de la población se hallaba concentrada en el valle del Dnieper, y sostenía relaciones comerciales muy animadas con los países escandinavos por un lado y con los puertos del mar Negro y Bizancio (Constantinopla) por otro. En los valles de los ríos que unían los mares del Norte con los mares del Sur y sus afluentes existían ciudades cuya importancia comercial y política fué notabilísima: Ládoga, Nóvgorod, Pólotzk, Smolénsk, Liúbech, Chernigov, Pereiaslav, Kiev, y que comerciaban no sólo con los escandinavos y bizantinos, sino también con el Oriente. Así, el escritor árabe Jordabé habla de los negociantes rusos que vió en 846, es decir, diez y seis años antes de la fundación oficial del estado ruso, en Bagdad, adonde esos vinieron con sus mercancías. Los tesoros encontrados en el siglo pasado en varias ciudades rusas com-

prueban que aquellas relaciones comerciales se establecieron en la primera mitad del siglo VII.

Entre las ciudades enumeradas, Nóvgorod y Kiev eran los puntos principales de la famosa ruta varego-griega, cuya existencia es conocida ya de Heródoto; el *Padre de la historia* anota que el ámbar amarillo venía a Grecia desde el mar Báltico, precisamente por aquella ruta.

Los comerciantes eslavos necesitaban ciertamente protección para sus ciudades, protección para sus caravanas, y la idilia de la llamada de los príncipes varegos se explica por muchos historiógrafos como un prosaico alquiler de tropas mercenarias. Según esta versión, el primer duque «ruso», Rurik, vino a Nóvgorod como capitán mercenario, y aprovechó de su fuerza militar para imponerse a los ciudadanos que lo invitaron y proclamarse duque. Luego los varegos sometieron a su poder otras ciudades eslavas y, lo que es indudable, dieron al pueblo conquistado su propio nombre: «rus», rusos.

Este período de la historia rusa presenta dos paradojas: la primera es la siguiente: los rusos se hallaban entonces arraigados en la parte más fértil de la Rusia europea, donde el suelo está formado por el famoso *humus*. En esta zona, que algunos siglos después y hasta la revolución, formaba por sí sola el granero de la Europa occidental, los rusos se ocupaban de industrias silvestres. Los objetos de su comercio de exportación eran, además de los esclavos, miel, cera, pieles, madera y, en cantidad insignificante, el trigo. Las ocupaciones principales de la población eran consecuentemente la apicultura, la caza y la industria silvestre; en cuanto a la agricultura, parecía ser cosa muy secundaria.

Otra paradoja: los príncipes varegos y sus tropas formaron en Rusia la clase superior de militares-comerciantes, que dominaba al pueblo y, normalmente, aquellos extranjeros, más cultos, mejor organizados, deberían imponer a sus súbditos medio salvajes sus costumbres, usanzas, idioma y religión; o, por lo menos, deberían conservarlos ellos mismos. Desde luego, ya en 945, Igor, príncipe varego de Kiev, como luego su heredero Sviatosláv, firmando con los griegos los pactos de paz, juraban por «nuestros dioses Perún y Volos», es decir, juraban por los dioses eslavos. El escritor árabe Al Becri (Siglo XI), cita las notas del judío Ibrahim, que conocía muy bien la Europa central y oriental y que a mediados del siglo X escribía que los varegos «rus», que dominaban ciertas tribus eslavas, se fundieron con éstas y adoptaron su idioma. Quiere decir que la capacidad de absorción, de la cual el pueblo ruso dió más

tarde tantas pruebas estupendas, era una capacidad fundamental de la raza; los vencedores se diluyeron en la masa del pueblo sometido, y esto sin dejar otras huellas que algunas palabras normandas, muy contadas y también rusificadas.

De la unión del poder militar de los príncipes varegos con la organización estadista de las ciudades comerciales rusas salió una forma política que dió su nombre a todo un período de la historia rusa: el gran ducado de Kiev

Kiev, más que las demás ciudades rusas de entonces, llamaba la atención de los varegos, por ser la llave de todo el sistema de la cuenca del Dnieper. Realmente, todos los afluentes del Dnieper se echan en este río por cima de Kiev. Su situación estratégica tenía también una importancia inmensa por el hecho de que Kiev estaba casi en la frontera de la región de los bosques vírgenes y de la estepa, y como los nómades, que pululaban en esta, eran el mayor peligro para las caravanas que bajaban o subían el Dnieper, camino a Bizancio, Kiev era el baluarte principal del comercio exterior ruso, la ciudad que concentraba el monopolio de los trámites con los nómades, que decretaba la guerra o la paz, que estaba, por decirlo así, en contacto directo y permanente con aquellos enemigos inasibles.

No hay nada de extraño entonces en que los primeros capitanes varegos que ocuparon Kiev, Askold y Dir, fueran asesinados por su compatriota Oleg, que llevaba ya el título de gran duque ruso, y que aun el futuro santo, el gran duque Vladimiro, que convirtió al pueblo ruso al cristianismo, maltratara a su hermano Iaropólk, arrebatándole Kiev.

En aquel tiempo la razón estadista, es decir, la razón de la existencia del estado ruso, consistía en el hallazgo de mercados extranjeros y en la defensa de las vías que conducían a éstos. Así las campañas de los rusos contra Bizancio tenía por motivo la no ejecución por los griegos de los tratados comerciales. Estas campañas—siempre victoriosas—eran bastante frecuentes, hasta que no cambiaron las condiciones de la existencia del estado ruso, hasta que no se presentaron otros fines políticos, que desviaron por completo el antiguo curso de la economía nacional. Askold en 860, Oleg en 907, Igor en 941 y 944, Sviatosláv en 971, triunfaron sobre los griegos y los obligaron a respetar los tratados, que regían las relaciones mutuas entre los negociantes rusos y bizantinos.

En aquellos tratados hay varios puntos interesantes para las características de ambos partidos contratantes. Llama la atención el hecho de que los griegos nunca se aventuraban

a hacer el largo y peligroso viaje hasta Kiev, que eran los rusos los que venían a Constantinopla con sus caravanas náuticas, y que cambiaban sus mercancías contra el oro, la seda, el vino y las *legumbres*. Los griegos no sólo temían viajar a través de los países bárbaros, sino que temían a aquellos rusos en su propia capital, aun en calidad de huéspedes. Varios párrafos de los tratados están consagrados a los detalles de la entrada en la ciudad—por partidas de cincuenta hombres y sin armas—, así como a las reglas de estancia en Constantinopla. Los tratados preveían la comida gratuita de que gozaban los rusos, así como la gratuidad de los baños. Esta última pretensión es tanto más sorprendente de parte de los rusos salvajes, cuanto que en la Europa occidental, después de la ruina del Imperio romano, durante mil años, dice un historiógrafo, nadie había tomado un baño.

La preferencia que los rusos dieron a las dos direcciones principales de su comercio exterior—hacia Constantinopla y hacia Escandinavia—se explica perfectamente por las enormes ventajas que presentaban entonces las vías fluviales, comparativamente a las terrestres. Por las mismas ventajas se explica el desarrollo del comercio ruso con el Oriente en la dirección del sureste, con Persia y Arabia: era la vía fluvial del Volga y del Caspio la que facilitaba estas relaciones comerciales.

Por las mismas razones las relaciones directas con la Europa occidental eran sumamente difíciles. Desde luego la curiosidad humana y el espíritu aventurero empujaban a los rusos a sostener ciertas relaciones de vecindad, a pesar de cualesquiera dificultades de orden material. Lo comprueba el matrimonio de Enrique I, rey de Francia, con la princesa Ana de Rusia, hija de Yaroslavo, gran duque de Kiev, matrimonio celebrado en 1051. Aquel Yaroslavo era el prototipo del rey Cristián de Dinamarca, suegro de tantos príncipes reinantes; efectivamente, la hija mayor de Yaroslavo—Elisabeth—estaba casada con Garold de Noruega, y su hija menor—Anastasia—con Andrés de Hungría. Con toda evidencia, Yaroslavo el sabio, como lo llaman los rusos, gozaba de gran prestigio entre los pueblos occidentales, prestigio que ciertamente podía ser mantenido sólo por relaciones seguidas con los países europeos.

Si los rusos las sostenían con los pueblos occidentales de otras razas, mucho más intensas han sido las relaciones con los eslavos occidentales, es decir, con los eslavos que vivían tras los Cárpatos y en la península balcánica. Las relaciones con los hermanos de raza revelaban ya preocupaciones de índole espi-

ritual; lo comprueba el alfabeto eslavo, que vino a Rusia del Occidente.

Inventado por los apóstoles de los eslavos, los hermanos San Cirilo y San Metodio, fué adoptado, a excepción de los checos y de los polacos, por todos los pueblos eslavos. La Iglesia ortodoxa lo conserva todavía tal cual; en cuanto al alfabeto laico contemporáneo, es una transcripción, simplificada como dibujo, del antiguo alfabeto eslavo, que hace parecer las letras a las latinas, pero con diferencias esenciales de sonido y del número de las letras, que en el alfabeto ruso son treinta cinco. Esta riqueza de letras se explica por la introducción de letras especiales para los sonidos compuestos, así como de las vocales de distinta pronunciación. Cada uno de los sonidos *Tch*, *Tz*, *Sch*, *Ch*, *Ia*, *Iu*, *E* dura, *E* suave, etc., están representados en el alfabeto ruso por una letra especial.

San Cirilo y San Metodio pertenecían a la Iglesia occidental romana; los rusos aceptaron el alfabeto que ellos inventaron, pero no quisieron aceptar su fe; la fe la tomaron en Bizancio, pero sin alfabeto griego, traduciendo en seguida los libros santos a su idioma nacional. Decididamente, no existía para ellos ninguna autoridad absoluta y no sujeta a la crítica.

* * *

Las relaciones con el Occidente, y sobre todo las relaciones continuas y seguidas con Bizancio (Constantinopla), que desde la mitad del siglo IX tomaron el aspecto de relaciones estadísticas regulares, tenían que inclinar a los rusos a abrazar el cristianismo. En 980 el trono del gran ducado de Kiev fué ocupado por Vladimiro, a quien la Iglesia ortodoxa canonizó más tarde. Hay que suponer que en aquella época el paganismo no satisfacía ya las exigencias espirituales del pueblo ruso; por lo menos las crónicas antiguas guardaron el relato de las preocupaciones de Vladimiro para encontrar *la mejor fe, la más perfecta*. Las crónicas nos conservaron también sus réplicas en el curso de las disputas religiosas, organizadas en Kiev; nos transmitieron la forma algo enérgica con que él rechazó el judaísmo, y una palabra sublime, contestada al mufti musulmán, después de haber escuchado la exposición de los dogmas de la fe musulmana: impresionado por la prohibición de tomar el vino, San Vladimiro dijo: «No puedo aceptar tu religión: ¡beber es la alegría de los rusos!» Las crónicas nos conservan también el relato de los delegados que Vladimiro mandó a Constantinopla para que viesan el culto cristiano. Impresionados por la

solemnidad del oficio divino, que desarrollaba su fasto oriental en el cuadro suntuoso de la catedral de Santa Sofía, los enviados volvieron diciendo: «No sabíamos si estábamos en la tierra o en el cielo.»

De todo esto yo retengo solamente el hecho de que mientras que los otros pueblos fueron convertidos por los apóstoles y misioneros que venían a buscarlos, los rusos procedieron de manera opuesta: fueron ellos los que mandaron a buscar misioneros, y esto hay que retenerlo.

Vladimiro eligió finalmente la religión ortodoxa. Dejando completamente aparte la cuestión teológica, me parece interesante buscar, desde el punto de vista puramente histórico, las razones de aquella selección. Interesante en esto es lo siguiente: los hermanos San Cirilo y San Metodio eran los *apóstoles de los eslavos*. Este título les da la Iglesia ortodoxa, que los venera al igual de la Iglesia católica romana. La actividad civilizadora de los dos santos se desarrollaba entre los eslavos occidentales entre los años 855-885, es decir, con una anticipación de más de un siglo sobre la fecha de la conversión de los rusos.

Es muy probable que la luz del cristianismo hubiera llegado hasta Kiev antes, si los húngaros no hubieran cortado las relaciones entre los eslavos occidentales y los rusos. En 898 ellos atravesaron las estepas del sur de Rusia, y pasaron delante de Kiev, dirigiéndose al occidente. Al principio del siglo X se establecieron en el valle del Danubio. El reino de Moravia, que hoy día no es más que una provincia de Checoeslovaquia, se derrumbó bajo sus golpes. A su vez los bizantinos, en el siglo siguiente, arruinaron el primer reino búlgaro. Los eslavos del norte, arraigados en las orillas del mar Báltico, en la Pomerania actual, cedieron a su vez a la influencia alemana, y, junto con los checos y polacos, a la influencia católica. El mundo eslavo estaba destrozado.

Esto no había impedido a los letrados rusos, apenas convertidos al cristianismo, y mientras la situación general en el Occidente parecía contradecirlo formalmente, elevar su pensamiento hasta la idea de la unión paneslavista y aun buscar para la Iglesia recién nacida el apoyo de una sucesión apostólica directa. Para comprobar esta última el razonamiento era bastante ingenuo, pero significativo: San Metodio, apóstol de los eslavos, fué obispo de Panonia (así se llamaba en la antigüedad la región comprendida entre el Danubio y la Iliria, es decir, una parte de la Yugoslavia de hoy día). El primer obispo de Panonia fué Andrónico, discípulo del apóstol Pablo, el cual

a su vez vivió cierto tiempo en Iliria. De aquí se deduce que como Iliria y Panonia estaban pobladas por eslavos, y como los rusos son también eslavos, la sucesión apostólica directa de la cual gozan los rusos está comprobada.

Vistas la veneración que los rusos profesan para los dos *primeros maestros eslavos*, San Cirilo y Metodio, y la tendencia de los antiguos letrados rusos a establecer la sucesión apostólica directa, no por la vía de Bizancio (lo que hubiera sido natural y justo), sino por la vía occidental, ¿cómo fué posible que, llegado el momento de la conversión, los rusos buscaran las órdenes sagradas en la Iglesia oriental?

La contestación me parece ser esta: la separación de las iglesias, empezada en 858, fué consumada definitivamente sólo en el año 1054, de manera que en el momento de la conversión rusa (988) la diferencia que hoy día existe entre las dos Iglesias no existía. Entre Constantinopla y Roma la discusión principal, aparte de algunos detalles insignificantes de ceremonias, giraba alrededor de la pretensión de los papas a la supremacía de la Iglesia romana.

En cuanto a los dogmas, la primera diferencia dogmática fué establecida solamente en 1014-15 por el papa Benedicto VIII, el cual introdujo en el credo—que antes era común en las dos Iglesias—la palabra *filioque*. El Papa Benedicto VIII lo hizo cediendo a las insistencias del emperador Enrique II. La lucha por la introducción de aquella palabra en el credo, sostenida por el clero español, tenía ya entonces una historia bi-secular; efectivamente, ya el papa León III (798-816), el que proclamó emperador a Carlomagno, tuvo que rechazar las insistencias análogas de éste, conservando el credo tal cual lo establecieron los concilios ecuménicos de Nicea y de Constantinopla. Esta tendencia de los emperadores a inmiscuirse en los asuntos de la Iglesia comprueba con qué verdadero interés, cálido y apasionado, los laicos se interesaban en aquellos tiempos por los asuntos religiosos: por una palabra del credo la gente era capaz de subir a la hoguera, y ciertamente las autoridades eclesiásticas por sí solas nunca hubieran podido separar las dos Iglesias: para realizarlo se necesitaba no sólo el apoyo, sino el empuje de la opinión pública, y esto en ambos lados de la barrera.

Si la primera discordia dogmática fué sancionada veintiseis años después de la conversión de los rusos, los demás puntos que hoy día marcan la diferencia entre las dos Iglesias fueron introducidos en la Iglesia Romana mucho más tarde: en la época de la conversión rusa el clero secular católico se casaba como

el de los griegos, los laicos católicos comulgaban al igual del clero con «sangre y cuerpo» (fueron privados del cáliz solamente en el siglo XII); en fin, el principal obstáculo para una nueva unión de las dos Iglesias—el dogma de la infabilidad del papa—data solamente de 1870.

Resulta que en el momento de la elección del culto, para el gran duque Vladimiro debía ser igual someterse a la autoridad eclesiástica griega o a la autoridad eclesiástica romana. Insisto en precisarlo, para subrayar la deducción: la decisión fué dictada, antes de todo, por consideraciones políticas. Ciertamente, las relaciones comerciales continuas con Constantinopla tenían que originar una cierta predisposición en favor de la Iglesia oriental, predisposición de costumbres y de relaciones personales, y la simpatía por el culto bizantino que fomentaban los cristianos secretos, que se encontraban entre los rusos mucho antes de la conversión oficial. Desde luego la seriedad con la cual San Vladimiro se consagró al estudio del problema religioso ponía al mismo nivel la autoridad de los legados del Papa y la de los enviados del patriarca griego. Consecuentemente hay que suponer—y para esto existen indicaciones indudables—que Vladimiro quiso poner la nueva Iglesia rusa en dependencia jerárquica de la *autoridad clerical, que políticamente era más débil*. Es curioso notar, para afirmar esta suposición, que Vladimiro, que podía perfectamente *pedir* a la autoridad eclesiástica griega que le enviara una delegación de clérigos para bautizar al pueblo ruso y servir de primeros cuadros eclesiásticos rusos, no quiso proceder en forma diplomática, y, en vez de *pedir, conquistó* su nueva religión *manu militari*, emprendiendo en 988 una campaña contra el Kersonés de Tauride, que era entonces una colonia bizantina, e imponiendo a los griegos, por un tratado de paz, la obligación de mandar una misión religiosa para efectuar la conversión de su pueblo. Claro que si San Vladimiro era a tal punto celoso de su independencia, la Iglesia Romana tenía que parecerle mucho menos interesante que la griega, por tener una mano secular poderosamente armada, en la persona del Santo Imperio de entonces.

Pero aquella manera de *conquistar* su fe tenía que reflejarse sobre la composición del clero que los griegos mandaron al lejano Kiev. Los primeros misioneros que llegaron se consideraban más bien en destierro que en una misión honorífica, y esto puso en seguida un límite al desarrollo de la influencia bizantina. Desde los primeros años de la conversión se despertó en el pueblo ruso el deseo de obtener para su propia Iglesia la independencia de cualquier autoridad eclesiástica extran-

jera. (Sueño que se realizó solamente en 1789.) Ciertamente que el mayor empuje para el crecimiento de aquella tendencia fué dado por el clero griego, cuya reputación ha sido rápidamente establecida: una crónica del siglo XII, hablando de un obispo, dice: «y era adulator, ya que era griego».

El cristianismo fué asimilado por el pueblo ruso con una rapidez asombrosa, que puede explicarse solamente por las predisposiciones místicas del pueblo: cien años después de la conversión ya existía en Kíev el famoso monasterio de Pechersk y entre los monjes que salvaban allí sus almas se citaban asombrosos ejemplos de ascetismo y de virtudes cristianas.

En cuanto a la influencia cívica de los bizantinos, su mayor huella la encontramos en un notable monumento de jurisprudencia: «LA VERDAD RUSA». Bajo este nombre se conoce la primera codificación, que era más bien un manual de la práctica judicial que un código de leyes, compilada de acuerdo con los manuales griegos y más especialmente con las famosas *Institutas* de Justiniano I, Emperador de Oriente de 527 a 565. Lo más notable en «LA VERDAD RUSA» es que los originales griegos sirvieron a sus autores solamente de índice de materiales, del cual el legislador ruso se servía como de memoria, para no olvidar esto o aquello, mientras que el espíritu del código, en cuanto a la administración de los castigos es ruso; fué copiada solamente la clasificación de las acciones criminales, mientras que de los castigos bizantinos quedaron sólo las multas. El cristianismo al llegar a un país bárbaro y pagano fué aceptado por los corazones rudimentarios con tanta fe y sinceridad, que aquel código ruso, editado en la primera mitad del siglo XI por el gran duque Yaroslavo, hijo de Vladimiro, desconocía en absoluto la pena de muerte y aun los palos y las varas: el castigo consistía generalmente en una multa, que varía según la gravedad del caso. El bandolerismo, que se consideraba como el mayor crimen—claro está, por perjudicar la razón de ser del estado ruso de entonces, que era comerciar con el extranjero—, se castigaba con la confiscación de los bienes y la venta en esclavitud del culpable con toda su familia. Compilada de este modo, «LA VERDAD RUSA» parecía no ser más que una lista de tarifas: pagando, uno podía hacer lo que quería, de manera que la Iglesia, que vigilaba el orden no sólo religioso, sino moral y el de la vida familiar, tuvo que intervenir, y, para no dejar ciertos crímenes, como por ejemplo, el asesinato de un siervo, completamente impunes, imponía a los culpables una penitencia.

Pero sería absolutamente erróneo creer que este sistema de

multas fué promulgado para servir los intereses financieros del estado; repito que no era más que la aplicación práctica de los grandes principios del cristianismo. Que esto fué realmente así, lo comprueba el testamento de Vladimiro Monomáj (1113-1126), que era nieto de Yaroslavo y, por consiguiente, biznieto de San Vladimiro, y que decía: «*no matad ni al justo ni al culpable*». Quiere decir que por lo menos cuatro generaciones se educaban en el cumplimiento del mandamiento: *¡no matarás!* Pido al lector que precise solamente: ¿cuál era la justicia de entonces en los países cultos de la Europa occidental?

El método que los antiguos juristas rusos emplearon al compilar «LA VERDAD RUSA» es uno de los ejemplos más notables del método cultural ruso; más adelante vamos a ver a cada paso la presencia de aquel espíritu crítico, que ya se reveló en la selección de la religión, y que, consciente de su propia fuerza, acepta cualquier cosa en la medida en que le parece conveniente, «rusificándola» en seguida, sea que fuese una palabra o una ley, una invención o una industria. De este modo comprueba la presencia de aquella tendencia de originalidad y de genio propio, que ha permitido finalmente a Rusia ocupar un puesto prominente en la política y las artes europeas.

* * *

La importancia de Kíev durante aquel período de la historia rusa se revela por las leyendas que nos conserva el *folklore* nacional. El brillo de la corte de Kíev se encuentra confirmado, además de por las canciones y baladas, por las crónicas antiguas. Bajo Yaropolko (980), Kíev festejaba la venida de los embajadores griegos; bajo San Vladimiro en Kíev se realizaron solemnidades sin par: el bautismo en el Dnieper de toda la población kieviana, el derrumbe solemne de los antiguos dioses, los bautismos de los príncipes extranjeros—«pechenegos» y búlgaros—, recepciones de los delegados del Papa, de embajadas de Grecia, Polonia, Checoeslovaquia, Hungría, etc. Las fiestas que San Vladimiro daba eran notables por su lujo y refinamiento: así, por ejemplo, durante las comidas de gala tocaba la música. Kíev era, además, el centro de la piedad rusa con su famoso monasterio Kievo-Pechérsk, que sobrevivió a los «polovtzi» y a los tártaros, y que fué arruinado, novecientos treinta años después de su creación, por los bolcheviques. Una crónica antigua afirma que durante un incendio de la ciudad, provocado por un ataque inesperado de los «polovtzi», perecieron en le fuego 700 iglesias.

Son muchos los testimonios que no permiten dudar de la importancia que tenía el Kíev de los siglos X a XIII.

Desde luego, por razón de la lentitud del proceso de la formación de un *pueblo*, de una *nación*, ningún documento escrito (ruso) de aquella época menciona el *pueblo ruso*: todos hablan de la *tierra rusa*. La idea nacional empieza a elevarse por encima de la concepción territorial solamente a fines del siglo XII. El despertar de la idea nacionalista precisamente en aquel momento es una nueva paradoja histórica, puesto que, consiguientemente a la división de la herencia dejada por San Vladimiro, el territorio se dividió en un sinnúmero de pequeños ducados que rivalizaban entre sí. Varios historiógrafos llaman a este nuevo período que empezaba el período feudal. Pero en realidad el sistema feudal, tal cual fué establecido en el Occidente, era completamente ignorado en Rusia. La repartición del territorio entre los herederos y los herederos de los herederos del primer duque ruso Rurik, se parecía a la división del patrimonio entre los hijos de cualquier burgués, y estaba lejos de cualquier idea estadista. Cada uno de aquellos potentados consideraba la tierra que le era adjudicada como su finca particular. De aquí las peleas continuas entre los duques, peleas en las cuales el pueblo sufría—como se puede imaginar—material y moralmente. Pero la conciencia nacional estaba ya despierta: el pueblo consideraba el conjunto de los ducados independientes como una sola «tierra rusa» y a las poblaciones que la cubrían como un solo «pueblo ruso».

Aquellas luchas interiores debilitaban a la nación hasta el punto de que pronto el empuje de los nómades, que atacaban el gran ducado de Kíev, el más expuesto, del lado de la estepa, creó en éste condiciones de vida excesivamente penosas. La dificultad de la lucha con los nómades consistía en la imposibilidad de asirlos. Los «polovtzi» no tenían ni ciudades ni bases, y si los rusos emprendían una campaña para castigarlos, encontraban delante de sí la estepa desierta, pero, apenas daban media vuelta para volver a casa, el enemigo aparecía persiguiéndoles, sin tregua. Finalmente la población se cansó de vivir en alerta continua y empezó a emigrar en dirección del nordeste, en la región comprendida entre el curso superior del Volga y el río Oka.

Pero antes de que ese movimiento de disolución se acentuara, en la vida europea empezó una época memorable: la Europa cristiana se alzó contra el mundo musulmán; empezaron las cruzadas, que duraron, con intervalos, de 1096 a 1291. Aunque el entusiasmo guerrero de los pueblos del Occidente fué susci-

tado por la idea de quitar a los infieles la posesión de los Santos Lugares, en el fondo, ellas eran un acto de defensa contra las invasiones de los pueblos asiáticos, que en tres direcciones querían abrirse paso hacia Europa: el flanco izquierdo, partiendo del norte del Africa atacaba el Occidente a través de España; el centro se esforzaba en invadir Europa partiendo del Asia menor, vía Constantinopla y los Balcanes, mientras que el flanco derecho atacaba a Rusia. En esta última región la lucha ha durado varios siglos; finalmente los rusos han podido mantener sus posiciones, pero ¿a qué precio?

Desde luego no hay mal que por bien no venga: fué precisamente aquel sentimiento de peligro común el que despertó por primera vez la idea de la unidad nacional, que añadió a la nación del «territorio ruso» la de la «nación rusa». Pero mientras la población del gran ducado de Kiev, bajo los golpes repetidos de los nómades se desbandaba, la ruta de Constantinopla se hacía cada año más insegura y las relaciones comerciales se aminoraban. El golpe de gracia a aquel tráfico fué dado por los jefes de la cuarta cruzada (1202-1204), los cuales, bajo el pretexto de socorrer a dos príncipes bizantinos, destronados por su hermano Alejo III, ocuparon Constantinopla, robaron y destruyeron una infinidad de maravillas artísticas, arruinaron la población, y luego establecieron en la antigua capital bizantina un imperio latino, que existió cincuenta y siete años.

Desde luego los dos siglos de lucha continua con los «polovtzi», la despoblación consiguiente de la comarca de Kiev, la toma de Constantinopla por los cruzados y la ruina del comercio exterior ruso, eran bagatelas comparadas al golpe que esperaba a Rusia en la primera mitad del siglo XIII. El famoso Ghengis-Kan, que creó el inmenso imperio mongólico, mandó sus hordas contra los rusos. En la batalla en las riberas del Kalka, en 1224, las tropas rusas, bajo el mando de varios duques, que intrigaban y peleaban unos contra otros, fueron exterminadas por los tártaros. Los vencedores festejaron su victoria con una orgía, celebrada en planchas puestas sobre los pechos de los príncipes rusos, atados y colocados en el suelo. Desde luego, los tártaros aprovecharon muy poco su victoria y, después de robar e incendiar las ciudades más cercanas, desaparecieron nuevamente en la estepa. Sólo en 1237, Batiy, uno de los nietos de Ghengis-Kan, invadió Rusia. Desgraciadamente la batalla de Kalka resultó de poca enseñanza para los príncipes rusos, y Batiy los encontró desunidos como lo estaban trece años antes. Rusia cayó bajo el yugo tártaro. Desde luego Kiev fué tomado

por los tártaros solamente en 1240. Esta vez la ciudad recibió un golpe del cual no se levantó más. Se necesitaron siglos para devolverle una parte de su importancia anterior.

De este modo pereció el baluarte de la cultura rusa, «la madre de las ciudades rusas», como llama el pueblo ruso a Kiev, atestiguándole así su cariño y su agradecimiento por la luz cristiana y cultural, que fué encendida allí para iluminar la vida rusa y que brillaba tanto tiempo en los altos montículos, al borde del Dnieper, adonde se erige aquella ciudad maravillosa.

La ruina de Kiev y la dispersión de los restos de la población de su comarca, obligaron al pueblo a buscar otro punto de agrupación política. Digo *pueblo* y no digo *nación*, porque ésta existía sólo en el sentimiento de la población de un país mal definido y confuso como límites de territorio y con la vida política completamente desorganizada. El nuevo centro fué hallado mucho más al nordeste, en la región de Rostov Suzdal, Vladimir. Allí el pueblo se encontró completamente aislado del Occidente. La inseguridad de la estepa en el sur cortó las relaciones comerciales con los Balcanes; nuevos enemigos aparecieron del lado del Occidente y al noroeste, y las relaciones con los países europeos fueron rotas casi por completo. Empezó una nueva época en la historia rusa, que nuevamente parece ser una paradoja: si los rusos del gran ducado de Kiev, arraigados en el suelo maravillosamente fértil conocido bajo el nombre de «chernozém»—«tierra negra», ya que ésta, por ser humus, es negra como el carbón—; si, digo, los rusos despreciaban entonces, como lo hemos visto, la agricultura, ahora, en posesión de un suelo arcilloso infinitamente más pobre, se entregaron al cultivo de la tierra, ocupación que era tanto más ingrata puesto que esa tierra poco fértil había que arrebatársela al bosque. Para sembrar era necesario cortar los árboles, quemarlos, desarraigar los troncos y, sólo después de tanto trabajo, había posibilidad de labrar la tierra, abonada con las cenizas. Un cambio tan radical en la economía nacional no era más que la consecuencia de la pérdida de los mercados extranjeros, de la ruina del comercio exterior y de la necesidad de encontrar en el país mismo los medios de existencia. La cultura rusa también entró en un período nuevo, ya que una de las dos corrientes culturales que la alimentaban—la corriente «occidental»—se secó, por haber sido cortadas sus fuentes. Sólo Nóvgorod y Pskov continuaban, al noroeste, sosteniendo ciertas relaciones con el Occidente, mientras que la masa del pueblo ruso quedaba bajo la influencia unilateral de la corriente

«rusista», que tenía que resolver un problema capital para la existencia del estado ruso: *crear, con los pocos elementos que le quedaban, un centro político y, alrededor de este, agrupar a la nación.*

Mientras tanto la llama de la cultura, encendida en Kiev, y a la luz de la cual brillaban las tendencias humanitarias de los primeros duques rusos, había sido apagada.

En mi artículo siguiente voy a exponer cómo un día esa llama se encendió nuevamente al borde del río Moscova. Desgraciadamente los nuevos cuidadores de la llama divina, despertando la cultura rusa después de su largo letargo, no recordaban el espíritu humanitario que cultivaron los primeros príncipes rusos, no recordaban las disposiciones legales que al principio del siglo XI permitían poner a Rusia a la cabeza de las naciones cristianas por el espíritu evangélico que profesaban sus gobernantes. (1).

(1) Discutiendo el problema de las dos corrientes de la cultura rusa, los polemistas toman ordinariamente como punto de partida el siglo XV, cuando el desarrollo del estado y de la vida social permite hallar las primeras huellas de la *lucha* entre las dos tendencias. He seguido en este caso otra vía para que los lectores, poco familiarizados con la historia rusa, y sobre todo con la historia de la Iglesia ortodoxa, no tomasen a Moscú por cuna de la cultura rusa. Esta nació en Nóvgorod (hecho que por falta de espacio no he podido mencionar), y luego tomó aspecto cristiano en Kiev. Despertándose más tarde en Moscú, la cultura rusa, si no tenía tras sí una hoja de servicios muy extensa, por lo menos poseía un hilo de ligazón con su pasado: la Iglesia.

Lord Jim.

TRILOGIE

POÈME EN PROSE

L'ENFANT

Il paraît: poupon vorace aux immondes inquiétudes. Egoïste, physiologique, dégoûtant. La mère est heureuse; le père, honteux, gauchement satisfait: ridicule énormément.

Douleur, douleur: chaque souffle est une blessure.
Plaisir, plaisir; il te capte avec angoisse comme si la vie devait finir avec la lumière de ce jour.
Enfant ramasse tes plaisirs, fais-en une provision!
(Jouets mécaniques; mécanique du jeu.—Le cer-
cueil tout près du berceau.—Soupe et Quaker Oats.)

La pluie se plaint des vitres.
Les parents vivent et s'agitent en toute liberté, comme si leur enfant était né aveugle ou imbécile: des rayons d'une transparence infinie sombrent pourtant dans le zaphir de ses prunelles: La Vérité.

O enfance absurde, clairevoyante et lugubre. Tu tiens beaucoup de l'agonie.

—Un homme est né?

—Non; un Être. Mais quelque chose vient de mourir.

L'ADOLESCENT

Des bras trop longs et des manches trop courtes.
Ange et bête. Mais cette fois-ci, toute littérature est absent.

—Ange et Bête?

—Non: l'ANGE, l'idéal de L'Être palpitant (car la divinité pure est ignoble et cruelle comme une idole numide).

Courses folles; pudeurs jalouses; mots grossiers; saveurs hypothétiques de la chair goûtées dans la solitude des champs, des plages lointaines et des chambres sans soleil.

Un impossible dans son coeur. Il en a honte. Comment n'en aurait-il pas devant les brutalités de l'amour?

Les matins sont frais malgré le cercle des yeux et la faiblesse du corp.

Les après midi, démoniaques.

Couchants tristes, mais si doux. Abandons splendides sur l'épaule adoré, absente ou inexistante.

A-t-il découvert CELA?—Non, simple torture, plus vivante, mais désespérée.

—Un homme est né?

—Non: la Tendresse. Mais quelque chose vient de souffrir.

L'HOMME

Luttes extérieures. Entente avec lui-même. Les maisons, les rues, les villes sans mystère. Oubli du

passé. Il en sourit, très bêtement, comme la famille.

Ne voit-il plus le tombeau de son enfance?

Il croit à la force de la méthode. Il devient traître à «sa cause».

Et les rêves du pâle adolescent?—Morts. Il fait vivre *sa vie*.

La chair? Une habitude.

Le travail? Un moyen d'acquiescer ce qu'il ne désire plus.

Homme, qui t'a domé le droit de te nommer ainsi?

Mais un jour vient, de plus loin que la vie, alors il ne reconnaît plus ni son cœur, ni sa rue, ni sa ville.

Le monde lui semble fou: il y a quelqu'un sur la terre qui est son cœur, sa rue, sa ville: un Monde inconnu.

O les instants divins, trop frêles pour demeurer longtemps.

Illusion et souvenir, soleils; présent tu n'est qu'un jour de pluie.

—Un homme est né?

—Oui. Mais quelque chose vient de finir.

E. Solar Correa.

UN GRAN POETA EN PROSA: ALONSO DE OVALLE

A medida que se ahonda en la personalidad de este hombre admirable (1), vase descubriendo una psicología más compleja y rica. Algunos de los aspectos que quedan esbozados—su fina sensibilidad, su imaginación evocativa, su facultad visual—parecen anunciarnos un alma hecha para la contemplación y el quietismo; pero, a semejanza de los grandes contemplativos españoles de aquella misma época, su vida fué, por el contrario, toda acción y laborioso movimiento. Mientras reside en Santiago no descansa un instante. Instruye a los negros, funda y dirige cofradías, organiza procesiones, predica cada domingo en la plaza de Armas, da misiones en los campos, colecta fondos con el proyecto de formar una expedición evangelizadora que lleve la luz de la fe a los últimos confines del país, administra aquí y allá los sacramentos, regenta un colegio, da clases de filosofía, visita hospitales, y ni le falta el tiempo para organizar grandes fiestas escolares «con mucha música

(1) Véanse los números 65 y 66 de *Atenea* en que se han publicado las dos primeras partes de este trabajo.

y saraos» o sonados certámenes literarios que se pregonan por las calles con «gran lustre de caballería». Los años que pasó en Europa viéronle, asimismo, desplegar una actividad infatigable. En 1642 le encontramos en Sevilla haciendo gestiones junto al Consejo de Indias y presentando memoriales en interés de Chile y de su Orden; luego, en Salamanca, investigando los orígenes de su familia; después, en Valladolid, tomando informaciones para su historia de labios del P. Valdivia; y en seguida, en Madrid, efectuando presentaciones a la Corte, y luego en otros y otros lugares. Al año siguiente está en Italia, y vémosle peregrinar por diversas ciudades de la península, ya en busca de jesuítas para traer a Chile, ya compulsando viejos archivos a caza de noticias familiares (1), ya ejerciendo en Roma su funciones de Procurador; vémosle convencer aquí, solicitar acá, ora de palabra, ora por escrito, y al mismo tiempo, enviar prolijas exposiciones epistolares a su patria, y redactar y publicar en dos idiomas su voluminosa *Relación* histórica, y en todas partes hablar de esa ignota y paradisiaca tierra en que ha nacido, y con tal efusión y elocuencia que por donde quiera va despertando curiosidades y conquistando simpatías. Los magnates de Italia lo acogen afectuosamente, la Emperatriz de Alemania lo obsequia con piedras preciosas, destinadas a la custodia del templo de San Ignacio en Santiago; el Sumo Pontífice le otorga gracias y mercedes; el General de su Orden acepta las peticiones que por su intermedio hacen los jesuítas de Chile. En 1646 volvemos a encontrarlo en España. Nuevos trajines, nuevas suplicaciones, nuevos memoriales. Ahora no

(1) Atribúyese a Alonso de Ovalle un estudio anónimo, intitulado *Breve relación y noticia de la esclarecida Casa de los Pastene* que, a ser suyo, lo consagraria como el iniciador de la hoy abundante literatura heráldica y genealógica chilena; en todo caso con él nace dicha afición, pues se sabe que en Salamanca y Génova estuvo investigando los orígenes de su familia.

sólo se trata de la misión que la Compañía le encomendara al partir. Hanle llegado también poderes del Cabildo de Santiago. La ciudad, abrumada por el terremoto de mayo, no puede pagar sus tributos.

El jesuíta chileno — escribe Medina—en el acto de recibir sus credenciales se entregó con todo ardor a sus gestiones y cuando ya por el Rey y sus consejeros estaba acordado que los vecinos y moradores fuesen libres de pagar tributos y derechos, obtuvo todavía que durante seis años quedasen exentos de las contribuciones de alcabala, unión de las armas y de lo que se pagaba por la salida y entrada de todos los frutos y mercaderías de la tierra que se hubiesen de consumir en la ciudad o se extrajesen por los puertos de su distrito para el Perú y otras partes (1).

Nacido en Castilla, el P. Alonso hubiera sido un alma gemela de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Tenía de ellos la pasión, el fervor religioso, la delicada sensibilidad y aquella mezcla singular de actividad práctica y de ensimismamiento contemplativo. Pero hijo de Chile, la contemplación adquirió en él una tonalidad poética y humana, ajena a todo misticismo. Exige éste a sus elegidos el total desasimiento de las terrenas cosas y entre tanto, el magnífico paisaje chileno no le dejaba, ni en la ausencia, apartar los ojos de la tierra. La exaltación mística fué flor de la yerma planicie castellana. Nunca se dió tampoco en los vergeles de Andalucía ni en las verdes y pintorescas laderas cantábricas.

La ley de los contrastes, de las oposiciones, preside—podría decirse—la psicología de nuestro jesuíta. Acabamos de ver que es hombre de acción y de contemplación al propio tiempo, y sería fácil señalar muchos otros rasgos antitéticos. Júntanse en él un visual extraordinario y un espíritu hondamente emotivo,

(1) JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, pág. 634.

calidades que así como las anteriores, se excluyen con frecuencia; tiene una voluntad férrea y aparejada con ella marcha un carácter suave, efusivo, que según sus biógrafos, conquistaba el afecto de cuantos le conocían; conviven en su alma una modestia, una humildad profundamente sincera—la revelan su obra y la exaltan sus contemporáneos—y un orgullo aristocrático de raza, que lo lleva a buscar noticias de su linaje en los archivos de Europa; es un espíritu ingenuo, casi pueril, y, sin embargo, como maestro de filosofía, conoce todos los vericuetos de la escolástica; es un temperamento férvido e imaginativo, y, sin embargo, ha dejado un libro que es todo orden, coordinación y método.

A imitación suya, que tan amigo se muestra de clasificaciones y enumeraciones, digamos en síntesis final que la obra de Alonso de Ovalle acredita, principalmente, tres excelencias, cada una de las cuales bastaría para atribuirle un lugar señero en la breve historia de nuestra literatura.

La primera es su prosa. Ovalle inaugura la prosa literaria en Chile y a través de tres siglos no es fácil hallar otro prosista que le aventaje. En alguna ocasión hemos observado que para aquilatar el valor de nuestros escritores es preciso referirse a los americanos y no a los europeos. Todo parangón exige términos equivalentes. Podremos compararnos con Europa en objetos de *confort*, de adelantos materiales, en todo lo que es susceptible de improvisación; mas no en los dominios de la cultura, fruto difícil y lento de madurecer, obra de siglos. En este aspecto, entre uno y otro continente se abre un abismo que sólo el tiempo podrá llenar y que, por ahora, hace imposible el parangón de los escritores de allá con los de aquí, expresión aquéllos de una vieja tradición cultural y éstos de una cultura incipiente, periférica, de una cultura todavía en agraz. Sin embargo, tratándose de

Ovalle, nos es forzoso mirar hacia el otro lado del Atlántico. Para encontrarle iguales, como prosista, habría que remontarse a los clásicos españoles. A casi todos ellos—si se excluye a los místicos—supera en sensibilidad y fineza. El parentesco está principalmente en su léxico castizo y numeroso que, como buen latinista, siempre sabe emplear con admirable exactitud y propiedad (1), y en su frase noble, reposada y armoniosa, un poco pleonástica, y con todo no exenta de cierta gracia criolla, nacida ya de algún giro inesperado, ya de algún vocablo popular y expresivo. Una como modulación interior—y esto es muy característico—da a su estilo natural y suelto, algo de muelle, de pastoso y cálido. Diríase que el período se distiende sensual y rico como un brocado de antaño. Pero en ocasiones y según el caso, se torna también o ágil o musculoso, o bien se reviste de magnífica elocuencia. No es esto último frecuente y suele ocurrir sólo cuando el autor habla de las cosas divinas o se remonta a consideraciones generales. Entonces el insigne orador sagrado que había en Ovalle arrebatada la palabra al historiador, y éste se retira a segundo plano, pidiendo excusas a quien lo lee. Bien será que conozcamos esa faceta de su personalidad: acaso fué la que mejor lo definió ante sus contemporáneos:

Es cosa esta que se toca con las manos muchas veces en el mundo: ¡cuántos reinos y ciudades se han conservado a la larga cuando se hallaban oprimidos de la guerra y otros trabajos que hacían vigilantes a sus ciudadanos y moradores y después los destruyó la demasiada prosperidad y descanso!... Siempre se combate en cualquier tiempo bueno o malo; siempre estamos sujetos a los peligros y éstos nos cercan por todas partes y nos amenazan perpetuamente; pero hay gran diferencia

(1) «Las palabras—apunta con mucha verdad el señor Aguirre Vargas refiriéndose al lenguaje de la *Histórica Relación*—consideradas una por una, son de un significado estricto y preciso, casi etimológico.» Y a menudo sin casi... (*Estrella de Chile*, 1874, cit. por Medina).

de haberlas con Dios o con los hombres; va mucho de provocar la ira de Dios o la de los hombres. De éstos nos podemos defender porque son iguales y visibles sus fuerzas; pero a la de Dios que es tan superior soberana e invisible ¿quién resistirá? Pecados han destruído al mundo, desbaratado reinos, deshecho monarquías, abrasado ciudades y reducido a nada los imperios, no la pobreza y calamidades de los tiempos; antes éstas no tienen más fuerza para dañarnos que las que les dan nuestras culpas, contra las cuales pelean los mismos trabajos, guerras, hambres, pestes y otras desdichas, poniéndose de parte de Dios para tomar venganza de los que provocamos su ira cuando obligados de sus misericordias y favores, debiéramos con agradecimiento y correspondencia llamar en nuestra ayuda y protección a su paternal clemencia (1).

Cuando leemos a Ovalle viene a nuestra memoria el recuerdo amable de Luis de Granada. Tal vez a nadie se asemeje más. Sorprenden en el estilo, en el temperamento, en las inclinaciones de uno y otro, notables similitudes. Eludamos, no obstante, la tentación del paralelo. Sería, sin duda, experimento curioso, pero largo de realizar.

La segunda de las excelencias literarias del P. Alonso se cifra en su temperamento poético, y en este sentido, merece que le consideremos como el más grande poeta de la Colonia. Ninguno de los que, durante ese período, se atrevieron con las formas métricas—ni el mismo Oña, ni Pineda y Bascuñán, únicos que tal vez podrían reclamar el título de poetas—revelan una imaginación tan viva, una semejante efervescencia del espíritu, una sensibilidad tan fina.

(1) El cap. XIII del libro VI, del cual extraemos este párrafo, constituye una pieza oratoria de primer orden. Ovalle, hombre de un gusto muy seguro—es el único tal vez en la Colonia que no cayó en la pedantería de las citas clásicas—comprende que se ha salido del tono propio de su obra y en un paréntesis dice: «deme licencia el piadoso lector y aunque salga algo del estilo de historia, me deje decir lo que no es bien callar en esta materia, para enseñanza de aquellos a quien toca y para venerar los juicios de Dios y temer su castigo». El autor se refiere al levantamiento del toqui Pelantaru y a la destrucción de siete ciudades del sur (1598), desgracia que mira como un castigo del cielo impuesto a sus moradores, cuya súbita riqueza y prosperidad había relajado sus costumbres y sido origen de frecuentes escándalos.

La tierra chilena ha sido siempre parca en almas sensitivas. Ovalle constituye excepción, no sólo en su tiempo, sino en toda nuestra literatura. Si recorremos la galería de los escritores de la República en busca de un alma que hermane con la suya encontraremos que sólo es posible señalar dos nombres: el de Guillermo Blest Gana, durante el siglo XIX, y el de Manuel Magallanes Moure, en la época presente. Hay otros que son indudablemente poetas; pero carecen de esa delicadeza de los nervios, casi femenina, que es la nota distintiva de éstos. ¿Quién va a negar, por ejemplo, a Gabriela Mistral, el don poético? Poeta es, y gran poeta, pero con la recia sensibilidad que ha sido característica de nuestras letras y también de las castellanas. Ovalle y Pastene, Blest Gana, Magallanes Moure: los tres pasean por el áspero paisaje de la literatura chilena unas siluetas finas, inconfundibles, casi paradójicas... ¿De dónde han venido a ella estos hombres extraños? Guillermo Blest traía acaso de Irlanda, patria de sus antepasados, aquellos ensueños vagarosos; Manuel Magallanes trajo en sus venas saudades de la tierra lusitana; Ovalle y Pastene juntó a la roja sangre de los conquistadores, suaves dulcedumbres de miel itálica (1). Los tres mezclaban a su sangre española, sangre extranjera. La coincidencia es significativa.

Ya hemos visto que Alonso de Ovalle fué el primer explorador de nuestras bellezas naturales, y esta es la tercera, y quizás la más trascendente, de sus excelencias literarias. El nos enseñó a ver el paisaje; su mano descorrió el velo que ocultaba las magnificencias cordilleranas y nos las mostró—próximas, distintas—como en esas diáfanas mañanas santiaguinas que siguen a una pluviosa noche de Agosto. Pero dejémosle

(1) El P. Ovalle era, por su madre biznieta del piloto genovés Juan Bautista Pastene.

hablar una vez más: que él mismo nos pinte la perenne sorpresa de aquellas claras horas invernales:

Cuando después de algún buen aguacero que suele durar dos y tres y más días, se descubre esta cordillera (porque todo el tiempo que dura el agua está cubierta de nublados) aparece toda blanca desde su pie hasta las puntas de los primeros y anteriores montes que están delante y causa una hermosísima vista porque es el aire de aquel cielo tan puro y limpio, que pasado el temporal, aunque sea en lo más riguroso del invierno, lo despeja de manera que no parece en él una nube, ni se ve en muchos días, y entonces, rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aun a los que nacemos allí y estamos acostumbrados a ella, nos admira y da motivos de alabanzas al Criador, que tal belleza pudo criar.

Ercilla descubrió—inventó—al araucano; Ovalle descubrió el paisaje chileno: entrambos acontecimientos pueden mirarse como el punto de partida de toda nuestra literatura que, en su esencia, no es otra cosa sino una eterna exaltación del indígena o de sus descendientes—*el roto, el huaso*—y una eterna descripción de las bellezas del suelo.

Y ahora vamos a salirnos de la literatura chilena para asomarnos un instante a los dominios de la universal, pero una advertencia... Los resultados de esta incursión han de comentarse un poco como en secreto, porque quizá haya en ellos ciertos visos de extravagancia.

Al decir que Alonso de Ovalle descubrió nuestra Cordillera, probablemente no está dicho todo: acaso habría que agregar que él ha sido el primer hombre—así, el primero—que sintió y expresó la poesía de las cumbres.

Ha poco un escritor francés (1) hacía notar la inca-

(1) DANIEL ROPS, *Nouvelles Littéraires*, Abril 19 de 1930.

pacidad que se advierte en los escritores que han pretendido reproducir las sensaciones estéticas que provoca la altura.

Cuando se lee — afirmaba — lo que ha sido escrito sobre la montaña, sea que se trate de especialistas de la pluma, o de héroes del alpinismo, o de ambas cosas a la vez, uno queda sorprendido de la mediocridad general de todos esos textos.

Y añadía:

Es curioso observar que los primeros hombres que han hablado de la montaña lo han hecho para manifestar su horror y su desprecio. *La nature brute est hideuse*, dice Buffon, y esta es la opinión de todos sus contemporáneos.

La observación es exacta y aun podría hacerse extensiva al siglo XIX, época que se enorgullece de haber enseñado a los hombres el culto de la naturaleza. Los románticos amaron las empinadas cumbres sólo a distancia, como un marco del paisaje, pero no la montaña misma.

Existe una obra de Chateaubriand—poco conocida—que interesa recordar aquí porque es uno de los primeros libros en que se ha descrito el paisaje montañoso. Titúlase *Voyage au Mont Blanc*. Nada más curioso que examinar las impresiones que frente a una visión análoga experimentan el jesuíta colonial y el gran romántico francés. Ya conocemos la placentera admiración que la majestad andina despertaba en el primero; veamos ahora cómo reacciona este otro estupendo visual ante las grandezas alpestres:

Los pinos más altos—expresa—se distinguen apenas en lo escarpado de los valles, donde parecen pegados como copos de hollín (1). La huella de las aguas pluviales está marcada

(1) Compárese la impresión de Chateaubriand con esta otra de Ovalle, que ya hemos citado: «Críanse estas palmas de ordinario en los montes y quebradas, tan espesas, que mirándolas de lejos, parecen almácigo puesto a mano.»

en esos bosques raquíuticos y negros por pequeñas ranuras amarillas y paralelas; y los torrentes más grandes, las cataratas más elevadas, semejan débiles hilos de agua o de vapores azulados...

Las nieves del bajo *Glacier des Bois*, mezcladas al polvo de granito, me han parecido semejantes a ceniza; podría tomarse el mar de hielo, en varios lugares, por canteras de cal y de yeso; sólo sus grietas ofrecen algunos tintes del prisma, y cuando las costras de hielo se apoyan sobre la roca, semejan gruesos vidrios de botellas...

Estas sábanas blancas de los Alpes—agrega todavía el autor de *Atala*—tienen por otra parte un grande inconveniente: ennegrecen todo lo que las rodea y aún el azul del cielo. Y no creáis que los bellos accidentes de la luz sobre las nieves indemnicen de este efecto desagradable. El color de que se pintan las montañas lejanas es nulo para el espectador colocado a su pie.

Termina el grande escritor con un elogio de los pintores que «siempre han arrojado los montes hacia la lejanía, abriendo al ojo un paisaje sobre los bosques y sobre los llanos».

Compárese esto con la cordillera que vió el P. Ovalle, «maravilla de la naturaleza y sin segunda, porque no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca», y podrá apreciarse todo el valor que tienen las páginas del jesuíta, y toda la novedad que ellas aportan a las letras, y en una época en que todavía nadie soñaba en la interpretación estética de la naturaleza ni aun en sus aspectos más asequibles. Chateaubriand ha reproducido el imponente espectáculo con sabia frialdad y precisión, su actitud es la del técnico en pintura que analiza y juzga una tela que no le agrada porque no encarna su ideal artístico; Ovalle también ha mirado con justeza, pero en el mirar puso amor y fantasía. Y porque fué poeta, las blancas cimas herméticas quisieron revelarle su belleza.

La pobre literatura nuestra puede muy bien blasonar de un escritor como Alonso de Ovalle. Verdad es que carece de discernimiento crítico; verdad que

hay hipérbole en la exaltación de las cosas nacionales; verdad que cree en ilusorios y pintorescos milagros. Pero estos defectos son como un corolario de sus mismas excelencias. Ya hemos dicho que es poeta antes que historiador, artista antes que erudito. Y no tenemos por qué apesadumbrarnos. En Chile lo que ha sobrado siempre ha sido historiadores y eruditos y lo que nunca ha sobrado ha sido poetas y artistas.

Quizás nosotros, en este ensayo, le hayamos mirado con una simpatía, con una admiración exagerada. Pero nunca será posible que un añejo infolio nos entregue su secreto si no nos resolvemos a acercarnos a él con espíritu cordial, y así nos hemos allegado a esta vieja cisterna de los tiempos coloniales donde abrevaron su eterna sed de historia de los primeros chilenos y en cuyo espejo—profundo, inmóvil—duermen lozanas las imágenes de aquella edad desvanecida.

Ricardo E. Latcham.

LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO

NO se puede tratar la cuestión del origen del hombre americano sin antes abordar, aunque sea brevemente, las teorías modernas acerca del origen de la humanidad en general. Hasta hace unos veinticinco o treinta años persistía una seria controversia respecto de la monogénesis o la poligénesis, es decir, si la humanidad tuvo un solo origen o si sus orígenes eran varios y repartidos. Hoy el mundo científico no acepta la última hipótesis y la humanidad se considera como formando una sola especie, dividida en distintas razas o variedades. Esta conclusión se impone por cuanto las razas son fértiles entre sí, lo que no sería si fuesen especies diferentes. Como corolario, al formar una sola especie, no puede haber tenido sino un solo punto de origen.

No se ha podido determinar de una manera completamente segura la región en que tuvo su nacimiento la especie humana, pero el consenso de opinión de los especialistas es que debe buscarse con toda probabilidad en alguna parte del Asia Central o

Meridional. Tampoco se ha podido comprobar de una manera satisfactoria la época precisa en que el hombre hizo su aparición en la tierra. Algunos suponen que debió ser a fines de la época terciaria, otros lo posponen a la cuaternaria, aunque en ambos casos faltan pruebas convincentes.

Los restos incontrovertibles más antiguos del hombre pertenecen al período pleistoceno de la época cuaternaria y su edad se calcula en unos cien mil años. Todos los restos en cuestión, tanto los industriales como los esqueléticos, se hallaron en Europa occidental o central. Se ha hablado mucho de otros restos más antiguos, atribuidos a ciertos precursores del hombre, como el *pitecantropus erectus* de Java, el *sinantropus pekinensis* descubierto hace poco cerca de Pekín, el hombre de Heidelberg y el de Piltdown. A pesar del estado fragmentario de algunos de estos hallazgos y las circunstancias poco precisas de su descubrimiento, han servido de base para nuevas teorías genéticas y hacen prever la posibilidad de encontrar algún día vestigios indiscutibles de un precursor del hombre y aun de éste en su estado más primitivo.

Durante el pleistoceno todo el hemisferio norte pasó por una serie de períodos de intenso frío, durante los cuales los continentes septentrionales se cubrían de una espesa capa de hielo, lo que imposibilitaba su habitación. Estos períodos helados se alternaban con otros de clima más benigno, en los cuales el hielo retrocedía hacia el polo, dando lugar a que se poblaran las tierras antes inhabitables. Este largo lapso se ha llamado edad de hielo o época glacial y los períodos más templados han recibido el nombre de épocas interglaciales. Fué durante la última época interglacial, que se estima puede haber durado 30 o 40,000 años, cuando apareció en Europa la antigua raza neanderthaloide de que hemos hablado. La cultura

de dicha raza y la de otras posteriores que aparecen sucesivamente en el mismo horizonte era de lo más primitiva, aunque hacia fines de la época había alcanzado un considerable desarrollo. Sobrevino el último avance de hielo que cubrió casi toda Europa, una gran parte de Asia y Norte América, hasta el centro de los Estados Unidos. Durante este período desapareció totalmente el hombre interglacial de Europa y con él su cultura y la fauna que le acompañaba, dejando únicamente sus restos osteológicos e industriales en testimonio de su estada.

Terminada la última época glacial, que duraría probablemente unos 25 o 30,000 años, Europa se pobló nuevamente, pero ahora tanto la raza como la cultura son distintas y más adelantadas. La antigua fauna fué también reemplazada por otra formada de las especies que conocemos hasta hoy. La cultura antigua, como igualmente la nueva, se distinguen en que sus principales artefactos son de piedra, en especial las armas y herramientas. Sin embargo, los métodos de fabricación empleados en las dos culturas eran muy distintos, como lo eran también los tipos de artefactos producidos y la habilidad demostrada en su confección. En la cultura primitiva se hallan muy pocos tipos y éstos de factura tosca y rudimentaria. Se fabricaban sacando astillas de un guijarro a golpes con otra piedra, hasta producir una punta o un filo, sirviéndose de ellos como hachas, punzones, raspadores o cuchillos. Más tarde se mejoró el método de elaboración como igualmente el número de tipos. Comenzando con el sistema anterior, se sometían las piezas fabricadas a un segundo procedimiento que se puede llamar de retoque. Se recorría la orilla u orillas destinadas al servicio, removiendo de ellas por presión, con un punzón de hueso o de madera, pequeñas astillas, hasta reducir la pieza a la forma requerida. A veces se retocaba

toda la superficie para adelgazarla y hacerla más apropiada al uso a que se la destinaba.

La nueva cultura, aun cuando para ciertos objetos se empleaban los mismos métodos, se diferenciaba de la primera por la introducción de otro sistema, el de gastar y pulir los objetos de piedra por el frotamiento sobre otras piedras. De esta manera se producían artefactos más hermosos y más adecuados. Toda la época en que la piedra formaba el principal material de que se fabricaban las armas y herramientas utilizadas por el hombre, se llama Edad de Piedra; pero se distinguen las dos culturas una de otra, llamando Cultura Paleolítica a la más antigua y Cultura Neolítica a la segunda.

Ha sido preciso establecer estos hechos generales antes de hablar de los orígenes del hombre americano, porque en ellos estriban los diversos problemas que nos preocupan al tratar de dilucidar el tema. Muchos escritores han preconizado el autoctonismo del hombre americano; es decir, han supuesto que pudo haberse originado en este continente. Semejante proposición obliga a suponer que la cuna de la humanidad se encuentra en América; porque, formando las diversas razas una sola especie, ésta no puede haber tenido sino un solo punto de origen. Si admitimos que el hombre americano ha tenido su principio en América, como consecuencia tenemos que admitir que las razas blancas, amarilla y negra se han derivado de la roja o americana. Esta era la pretensión del célebre paleontólogo argentino, Florentino Ameghino, quien no sólo creía haber descubierto en las Pampas restos del hombre terciario, sino también restos de dos precursores del hombre que denominó respectivamente *diptoprothomo* y *tetraprothomo*. Sin embargo aunque logró formar escuela y todavía encuentra defensores, el mundo científico no aceptó sus teorías ni las premisas en que las fundó.

Como hemos dicho, el consenso de opinión entre los especialistas es que el hombre se originó en alguna parte del antiguo mundo. Allí se encuentran vestigios de su existencia en épocas geológicas pasadas, estimándose que los más antiguos pueden tener una edad de no menos de cien mil años. Para postular el origen americano de la humanidad incumbe a los sostenedores de tal hipótesis comprobar que este continente haya sido poblado en época aun más antigua. Hasta ahora, las pruebas presentadas a favor de semejante teoría no han sido aceptadas, y la existencia del hombre cuaternario en América se ha puesto en duda por la mayoría de los antropólogos, aunque es posible que en el futuro se descubra evidencia concluyente de su llegada al continente en la época pleistocena.

Si el hombre americano no es autóctono, se presentan como problemas la época de su llegada y el camino por donde entró en el continente.

En cuanto al primer problema; la opinión de los hombres de ciencia está dividida. Algunos creen que el continente fué poblado por primera vez, hacia fines del pleistoceno, durante la última época interglacial, por una raza dolicocefala, o de cabeza larga y alta, cuya cultura era muy primitiva y del tipo paleolítico. Poco a poco, en el curso de algunos milenios, se esparció por todo el continente. Restos esqueléticos que se atribuyen a esta raza primitiva se han encontrado en muchas partes, especialmente en las costas. Sus descendientes actuales son, según los partidarios de esta teoría, los yahganes de Tierra del Fuego, los botocudos de la meseta brasilera y los pericues de Baja California. Los pueblos citados no solamente presentan los caracteres físicos atribuidos a esta antigua raza, sino que su cultura primitiva es aproximadamente aquella que se supone aportada por los inmigrantes originales. Dicha raza se ha lla-

mado la paleoamericana y se estima que ha sido contemporánea de los grandes mamíferos cuaternarios americanos. Los defensores de tales doctrinas alegan que durante el cuaternario debe haber existido un puente entre Alaska y el noreste de Asia, pues de otro modo no pudieron haber pasado los grandes cuadrúpedos de la época, muchos de los cuales son originarios del antiguo mundo. Por el mismo puente debe haber pasado el hombre paleoamericano. Otros, y ellos forman la mayoría, opinan que semejante gran antigüedad del hombre americano es muy dudosa y que hasta hoy no se ha presentado ninguna prueba incontrovertible del hecho. Todos los supuestos hallazgos del hombre geológicamente antiguo, después de ser sometidos a una crítica severa e imparcial, han sido rechazados, por fundarse en evidencias incompletas o en observaciones erróneas. Como dijo Holmes, uno de los que más ha estudiado la cuestión de orígenes:

Considerando la evidencia en todos sus aspectos, no puede admitirse que la ocupación terciaria ni siquiera pleistocena del continente americano haya sido demostrada y el autor se declara en favor de la idea de que el hombre no llegó al continente hasta después del retroceso final del hielo en la parte central de Norte-América. Al mismo tiempo debe concederse que no hay razón aparente por qué el hombre, si ya ocupaba el norte de Asia, no puede haberse pasado a las costas americanas por vía del estrecho de Behring durante cualquiera de los períodos de clima templado que antecedieron o interrumpieron la edad de hielo. Sin embargo debemos prudentemente esperar los resultados de una mayor investigación y prepararnos para someter ésta a las pruebas más severas que puede exigir la ciencia (1).

Hrdlicka, otro de los antropólogos que más ha estudiado la cuestión en todas sus fases, después de examinar personalmente y en detalle todos los

(1) Wm. H. Holmes: *Aboriginal American Antiquities*.

restos humanos atribuídos a tiempos muy remotos, se expresa así:

Anuncios de semejantes descubrimientos han aparecido repetidas veces tanto en Norte como en Sud América y han dado lugar a muchas especulaciones infundadas. Al someterse al escrutinio imparcial de la ciencia, no obstante la gran edad de la mayoría de los hallazgos en que se quería levantar, el edificio de la antigüedad del hombre en América ha desaparecido del campo de la evidencia y el resto se apoya en evidencia tan defectuosa que legítimamente no se puede basar en ella ninguna conclusión de valor cronológico. Pesadas imparcialmente las probabilidades se hallan en todo caso en contra y no a favor de una gran antigüedad.

No debe considerarse esto como una negación categórica de la existencia en América del hombre antiguo por improbable que parezca por ahora su presencia; pero se mantiene por todos los investigadores y debe mantenerse que la aceptación final de la evidencia sobre este punto no puede ser justificada hasta que se acumule una masa de observaciones estrictamente científicas, suficiente en calidad y en número para establecer de una manera definitiva una proposición de tanta trascendencia (1).

A pesar de estas y otras opiniones parecidas, subsiste la probabilidad de que en algunas partes de Sud-América el hombre haya sido contemporáneo de ciertos grandes mamíferos extinguidos, considerados como pertenecientes a la fauna de la época cuaternaria. Volveremos sobre este punto más adelante. Entretanto nos conviene ver cuál es la alternativa respecto de la población del continente, propuesta por los que no admiten la aparición del hombre en América en tiempos geológicamente antiguos.

Se presume que la primera inmigración humana en América no puede haber tenido lugar sino después de la desaparición del hielo en el hemisferio norte, probablemente durante la Edad Neolítica de Europa

(1) Alex Hrdlicka: *The Genesis of the American Indian Early Man in South America.*

y a lo sumo hace diez mil años. No es probable que tal inmigración se haya hecho en masa y de una sola vez, sino que es más verosímil que, descubierto el camino, hubiera habido una larga serie de migraciones de pequeños grupos. Estos al llegar al continente, habrían tomado diversas direcciones, esparciéndose gradualmente por los más diversos territorios, hasta ocupar todo Norte y Sud-América. Los primeros inmigrantes serían de un tipo algo distinto de los que llegaron más tarde y de las mezclas originadas entre unos y otros habrían descendido los indios actuales.

Pero ¿de dónde vinieron estos inmigrantes y cuál fué el camino que siguieron para llegar a América? Muchas rutas se han propuesto, fundadas en premisas absolutamente arbitrarias. En general éstas han sido por puentes terrestres entre los diversos continentes y América o entre ésta y continentes desaparecidos. Pero estudios geológicos, paleontológicos y oceanográficos modernos nos demuestran que dentro del período en que el hombre ha habitado la tierra, no han desaparecido continentes, ni siquiera la Atlántida, tema favorito de muchos autores, y que tampoco han existido los supuestos puentes terrestres, con la sola excepción de aquel que unía Alaska con el noreste de Asia, desaparecido a fines de la época glacial. Es indudable entonces que, al no haber llegado por este puente durante la época cuaternaria, el hombre ha tenido que venir por mar.

Está igualmente fuera de duda que cualquiera que fuese la época de su llegada, la cultura que aportaron los primitivos inmigrantes fué de lo más sencilla y compuesta de pocos elementos. Sus conocimientos de la navegación deben haber sido tan primitivos como el resto de su aporte y muy lejos de prestarse para largos viajes oceánicos. Pero existe un punto, el estrecho de Behring, en el extremo noreste del continente, donde la distancia entre el mundo

antiguo y el nuevo se reduce a unos 60 kilómetros.

Esta distancia se recorre constantemente, hasta hoy, por los esquimales y los chukchees de la costa asiática, en pequeñas embarcaciones de cuero de lobo marino. Aun más, en los inviernos más rigurosos los dos continentes se unen por un puente de hielo, sobre el cual trafican los dos pueblos mencionados. Por esta estrechura con toda seguridad han pasado los primitivos pobladores de América, cualquiera que haya sido en el antiguo mundo el lugar último de su origen. Esta tesis se admite, tanto por los que reclaman para el hombre americano un origen cuaternario, como por los que abogan por su llegada más reciente al continente. Los primeros preconizan dos épocas de inmigración: una interglacial hacia fines del pleistoceno y otra más reciente, en todo caso postglacial. En la primera el hombre traería consigo una cultura paleolítica y en la segunda otra más adelantada, semejante a la Neolítica de Europa. Los últimos, en cambio, no admiten la primera hipótesis, la cual, como hemos dicho, no consideran comprobada. Por tanto niegan la existencia de una cultura paleolítica en América y explican los numerosos objetos de piedra de tipo idéntico a los hallados en el horizonte paleolítico de Europa, suponiéndolos formas malogradas, inconclusas o deshechas de la industria neolítica. Tal divergencia de opinión acerca de la categoría a que corresponden muchos de los objetos en cuestión resulta de la forma esporádica de los hallazgos y del poco cuidado que, por lo general, se ha demostrado en su recolección. Cupo a Chile el honor de haber comprobado de una manera fehaciente la existencia de una cultura paleolítica en el continente.

En 1914 el señor don Augusto Capdeville descubrió en Taltal un conchal de grandes dimensiones, que le llamó vivamente la atención, y se puso a excavar en él.

Luego vió que se componía de una serie de

estratificaciones de diferentes colores y consistencias. En todas las capas, revueltos con conchas, huesos, cenizas y desperdicios de cocina, se encontraron numerosos artefactos de piedra y algunos de otros materiales. Un registro meticuloso del contenido de cada capa vino a demostrar que mientras en las estratificaciones superiores se encontraban instrumentos de tipos que indicaban una transición entra la cultura paleolítica y la mesolítica o comienzos de la neolítica, los objetos pertenecientes a las capas inferiores eran exclusivamente paleolíticos, de los tipos más primitivos. Estos hechos han sido comprobados por arqueólogos de fama universal y sobre su exactitud hoy no cabe discusión.

El hombre de Taltal se radicó allí cuando poseía una cultura netamente paleolítica y continuó habiando la misma localidad hasta que comienza a desarrollar una cultura más adelantada, parecida a las primeras fases del neolítico europeo. ¿Qué es lo que debemos entender entonces? ¿El hombre de Taltal era verdaderamente cuaternario y contemporáneo con la raza paleolítica de Europa? No lo creemos, por las siguientes razones: en las diversas capas del conchal, hasta en la más inferior, se encontraron conchas de mariscos y huesos de peces de las mismas especies que existen actualmente en la localidad. El pueblo que formó el conchal parece haberlo abandonado abruptamente. La probable causa fué la llegada de un nuevo pueblo de una cultura más avanzada, pero también paleolítica, con artefactos muy semejantes a los del paleolítico superior (*solutrense*) de Europa occidental. Capdeville lo llama el pueblo de los dólmenes, porque encontró en el punto donde más abundan sus restos industriales, hileras de piedras paradas y grandes cistas o sepulturas formadas de lajas de piedra. Supone que este pueblo y cultura se derivan de los anteriores, pero faltan los eslabones. Más probable

nos parece que representan una nueva inmigración a la localidad, por cuya causa los primitivos pescadores abandonaron la vecindad. Desde esta época se puede seguir el desarrollo de varias culturas sucesivas, que continúan sin interrupción hasta la llegada de los españoles.

Si para la evolución de dichas culturas posteriores asignamos un período de dos mil años, lapso que se puede justificar por una serie de motivos fundados, llegaríamos a la conclusión de que el pueblo que formó el conchal primitivo lo abandonó más o menos un siglo antes de la era cristiana. Tomando en cuenta las dimensiones del conchal y suponiendo que su habitación hubiese sido continua, se puede estimar que el grupo humano cuyos desperdicios entran en su formación no puede haber ocupado el Morro por más de mil a dos mil años. Esto nos lleva a una época de tres a cuatro mil años a la fecha y en ningún caso nos permite considerar al hombre paleolítico de Taltal como contemporáneo del paleolítico cuaternario. A la vez nos presenta un nuevo problema, uno que hasta ahora no han afrontado los antropólogos; la subsistencia en América de una cultura paleolítica muchos milenios después de su total desaparición en Europa.

Las principales dificultades relacionadas con la antigüedad del hombre en América, tanto respecto de su coexistencia con los grandes mamíferos extinguidos, como también acerca de su posesión de una cultura paleolítica, estriban en la creencia de que ambos hechos deben considerarse contemporáneos con los similares europeos. Es evidente que para explicar su existencia en este continente debemos admitir que hayan pasado a él antes del último período glacial, que comenzaría hace unos 50,000 años. No es probable que haya sido más tarde su introducción, porque tanto la fauna como la cultura desaparecieron definitivamente de las regiones septentrionales del

antiguo mundo cuando se cubrieron de hielo. Pero es un argumento *a priori* suponer que idéntica cosa haya sucedido en América. Lo que parece indudable es que en este continente hubo una serie de circunstancias distintas que produjeron una seria modificación en el supuesto paralelismo, en cuanto al factor tiempo.

Durante la época terciaria y la primera parte de la cuaternaria el mundo antiguo estaba comunicado con el nuevo por un puente terrestre entre Alaska y el extremo noreste de Asia que desapareció durante la época glacial. No es de extrañarse entonces que la fauna de uno haya pasado al otro y que hallemos en América géneros originados en el mundo viejo.

En aquel entonces, además del puente terrestre mencionado, parece seguro que el istmo que unía Norte y Sud-América era de mucho mayores proporciones que el que hoy existe. La Florida estaba unida a Venezuela por una ancha faja de tierra cuyos restos los forman las Antillas y las Lucayas. El camino así presentado facilitaba la dispersión, tanto de la fauna como del hombre primitivo, llegado al continente en la última época interglacial. Cuando sobrevinieron nuevamente los hielos que cubrieron una gran parte del continente septentrional, todos los seres vivos se hallaron impulsados hacia climas más benignos. Muchas especies de animales emigraron a Sud-América, siguiéndolos varias tribus primitivas, mientras que otras quedaron en la parte meridional de los Estados Unidos, donde sus restos se han hallado en grandes cantidades.

El último deshielo produjo grandes trastornos en los continentes de ambos mundos. Los puentes terrestres entre Europa y Africa quedaron completamente cortados y la fauna cuaternaria europea que emigró a Africa durante el período del hielo no pudo regresar y es conocida solamente por los restos ante-

diluvianos que dejó. El hombre paleolítico de la época interglacial también desapareció, probablemente por las mismas razones. Después del deshielo, Europa se pobló de nuevas razas humanas y de una nueva fauna: los antepasados de las variedades que actualmente habitaban el continente. Los nuevos hombres poseían una cultura más adelantada que la de la raza desaparecida, a la cual se ha dado el nombre de cultura neolítica, o sea de la nueva edad de piedra.

Cosa parecida pasó en América. El puente terrestre del extremo noreste desapareció totalmente y en Centro América sólo quedó el actual istmo de Panamá, constituido por los altos cordones que unen la Sierra Madre con los Andes, camino de difícil tránsito a causa de las densas selvas tropicales infranqueables. Así es que la fauna y el hombre primitivo que retrocedieron hacia el sur ante el avance del hielo, se hallaron aislados en el continente meridional. Encontrando allí condiciones favorables, muchas de las especies cuaternarias que se extinguieron en el antiguo mundo durante la época glacial pudieron prolongar su existencia por muchos milenios después de haber desaparecido en otras partes. Por eso todavía encontramos en Sud-América una fauna arcaica, como igualmente restos de una raza humana quizá más antigua que la de otros continentes, exceptuando la Australasia. Debido a este mismo aislamiento, perduró en algunas partes del continente la más primitiva cultura o sea la paleolítica, hasta tiempos relativamente recientes, como hemos visto en el caso de Taltal.

Otro hecho que parece casi seguro es que varios animales, desaparecidos en el antiguo mundo desde fines del pleistoceno, han continuado existiendo en Sud-América hasta hace dos o tres mil años. Entre éstos podemos citar el mastodonte, el milodonte, el megaterio, el gliptodonte y otros, de manera que

hallar los restos esqueléticos o industriales del hombre en yuxtaposición con los restos de esta fauna no implica que sean de enorme antigüedad como pretendió Ameghino y algunos otros paleontólogos argentinos. La estratificación de los terrenos sedimentarios sudamericanos no se presta fácilmente a la misma clasificación geológica que las de Europa, y su relativa edad se ha fundado en los tipos de fósiles que contienen. Pero, como acabamos de indicar, razones especiales del medio han permitido que muchas de las especies sudamericanas perdurasen mucho después de la desaparición de sus congéneres en el mundo antiguo. Por consiguiente no se puede establecer entre ambas regiones una contemporaneidad de épocas geológicas y hemos visto que lo que se consideran terrenos cuaternarios por sus fósiles, en Sud-América pueden a menudo pertenecer a épocas bastantes recientes.

Iguales observaciones se pueden hacer respecto de la parte meridional de Norte-América, aunque allí, al parecer, el hombre paleoamericano quedó relegado a la región californiana.

Una de las causas de las divergencias de opinión respecto de la antigüedad del hombre en el continente ha sido el no tomar debidamente en cuenta estos hechos. La época cuaternaria europea, caracterizada por una fauna especial, terminó hace veinte mil años, y con ella la cultura paleolítica. Con estrecho criterio se ha considerado siempre que todos los restos de la fauna parecida americana deben haber sido contemporáneos con sus similares europeos, como igualmente los vestigios del hombre paleolítico. Al hablar de cualquier hallazgo de esta naturaleza se ha supuesto que forzosamente debía de tener una edad geológica cuando con mayor probabilidad podría ser relativamente moderno.

Si para los efectos de la discusión aceptamos provisionalmente la teoría de la aparición postglacial

del hombre americano y, con la escuela de Holmes y Hrdlicka, suponemos que sólo durante los últimos ocho o diez mil años ha sido poblado el continente, tenemos que reconocer que las condiciones geográficas no se diferenciaban de las actuales. Esto dificulta considerablemente el problema de la población de Sud-América, ya que el único camino de ingreso sería el istmo de Panamá, y deja sin explicación la existencia del hombre paleoamericano.

Según las enseñanzas de la escuela modernista, las corrientes inmigratorias que poblaron el continente vinieron del norte de Asia, en una serie de olas. Hrdlicka, por ejemplo, estima que cualesquiera que fuesen las circunstancias que indujeron a la primera inmigración en el continente americano, ella debe haberse efectuado por grupos pequeños y no por la migración de pueblos enteros. Semejantes incursiones se repetirían con frecuencia, con irregularidad si se quiere, pero indefinidamente. No pueden haber venido por otro camino que el estrecho de Behring, desde algún punto o puntos indeterminados del norte o noreste de Asia.

Los recién llegados, aunque pertenecientes a la misma sub-raza, no eran estrictamente homogéneos, sino representaban varios tipos distintos, con diferencias ya establecidas de cultura y de lenguaje.

El primer tipo que llega sería, según muchas indicaciones, el indio dolicocéfalo, representado en Norte América por los grandes troncos de Algonquines, Iroqueses y Shoshones; más al sur por los Pima-Aztecas; y en Sud-América por muchas ramas esparcidas por el continente desde Venezuela y la costa de Brasil, hasta Tierra del Fuego. Es decir, en Sud-América este tipo reemplazaría al que hemos llamado paleoamericano y que se ha considerado de procedencia pleistocena. Más tarde llegó otro tipo, llamado por Morton tipo tolteca, tan indio como el

anterior, pero braquicéfalo. Con el tiempo se esparció por la costa del noreste, las llanuras centrales y orientales, la mayor parte de los estados del golfo de Méjico, las Antillas, Méjico, Yucatán, Centro América, y eventualmente llegó a las costas del Perú, Chile y otras partes de Sud-América. Más tarde aun, cuando el continente estaba ya bien poblado, arribaron, según todas las indicaciones, los esquimales y los atapascas. Los primeros, como encontraran hacia el sur una resistencia que no pudieron vencer, tuvieron que quedarse en el extremo norte, donde el medio ha desarrollado en ellos una serie de modificaciones físicas que los aleja de las demás ramas de la misma raza. Los atapascas, tipo viril y braquicéfalo que se asemeja en parte al tipo físico de los actuales mongoles del noreste de Asia y en parte a los primeros braquicéfalos llegados al continente, quedaron en Alaska y al nordeste del Canadá, aunque algunos grupos lograron penetrar hasta California, Arizona, Nuevo Méjico y parte de Méjico septentrional, siendo sus descendientes actuales los hupa, los lipanes y los apaches.

Esto es brevemente lo que propone Hrdlicka como la historia de la génesis del indio americano. Estima que tales migraciones tuvieron lugar durante la época de culturas neolíticas en el antiguo mundo, incluso en el noreste de Asia, de donde deben haber emigrado. Por consiguiente, las primeras oleadas traerían a América una cultura igualmente neolítica.

Las teorías formuladas por Hrdlicka y preconizadas por muchos antropólogos norteamericanos son aceptables en general, especialmente cuando se refieren a los indios norteamericanos; pero para explicar todas las fases del problema de la población del continente falta reconocer una inmigración muy anterior, esparcida por las dos Américas y que formó el fundamento de las mezclas posteriores. Esta primera inmigración tuvo lugar probablemente a fines del pleistoceno.

La raza que la efectuó se ha llamado la paleoamericana y trajo consigo una cultura paleolítica. Esta cultura primitiva perduró en algunas de las regiones marginales hasta tiempos recientes y entre algunas tribus arcaicas aun persiste en una forma modificada. Las diversas mezclas de dicho tipo primitivo con los posteriores señalados por Hrdlicka, en múltiples proporciones, y las mezclas entre sí de todos los tipos, darían nacimiento a las numerosísimas diferencias físicas, culturales y lingüísticas que hallamos en los pueblos indios modernos.

Son éstos, en nuestra opinión, los probables fundamentos del origen de la raza americana. En su mayor o en su menor extensión, forman la teoría aceptada hoy por la generalidad de los geólogos, antropólogos y paleontólogos del mundo. No faltan, sin embargo, quienes quieran incluir otro elemento étnico como factor importante en la formación de la raza: el melanesio. Durante los últimos años, una nueva escuela, llamada la histórica-cultural, ha tratado de probar que América en general y especialmente Sud-América debe muchos elementos culturales a influencias oceánicas: melanesias y polinesias. En esto ha sido singularmente feliz y no queda duda de que hayan infiltrado semejantes influencias, pues no de otra manera se puede explicar la existencia en el continente de ciertas costumbres y técnicas.

Alentados con este primer éxito, los partidarios de dicha escuela han tratado de probar la llegada al continente de una inmigración melanesia, suficiente en número para modificar el tipo físico del indio. Eligieron para esta hipótesis juntamente el tipo que hemos llamado paleoamericano. Se fundan en que los cráneos atribuidos al hombre paleoamericano son hipsidolicocéfalos, es decir, alargados y de gran altura relativa. Estos distintivos son igualmente característicos de los cráneos melanesios arcaicos y tomados

en conjunto con las influencias culturales observadas, deben constituir un argumento a favor de la supuesta inmigración. A primera vista podría considerarse tal cosa como una prueba válida y lógica, pero no resiste un análisis crítico severo.

La raza paleoamericana es, sin duda, la más antigua de América y aun cuando no se admita que su origen sea cuaternario, es preciso conceder siempre que fué la primera en llegar al continente, hace a lo menos ocho a diez mil años. En ese tiempo no hay ninguna seguridad de que existiera como entidad el grupo de pueblos que después se han llamado melanesios, ni siquiera que la Melanesia misma estuviese habitada. Los primeros vestigios que se hallan de semejante raza austrasiática datan de unos cuantos milenios más tarde, y su cultura, entonces bastante primitiva, sólo comenzó a desarrollarse después de la invasión de los pueblos arios de mil a dos mil años A. de C. Unicamente en esta época sus conocimientos de la navegación les permitirían efectuar viajes marítimos a través del Pacífico. Así vemos que una inmigración en América, en el supuesto que se haya efectuado, de ningún modo pudo haber tenido efecto sino hace unos tres mil años, cuando la raza paleoamericana contaba ya, en el peor de los casos, cinco o seis mil años de existencia en el continente. Por otra parte, su expansión por el Pacífico sería lenta, y a juzgar por lo que pasó en las migraciones de los polinesios mucho más tarde, es de creer que no habrían llegado a las costas americanas sino mil años después. Sin embargo, hay la posibilidad de que los caracteres craneológicos que distinguen igualmente a las dos razas deban su origen a una fuente común.

Dijimos más atrás que la probable cuna de la humanidad habría que buscarla en el Asia Central o meridional. Producida en largos milenios la diversidad de tipos que después se dispersaron por el mundo, po-

demos hallar entre ellos uno hipsidolicocéfalo, del cual se desprenderían diferentes ramas. Algunas de éstas migrarían hacia el noreste, llegando eventualmente hasta América, donde constituyeron la raza paleoamericana. Otros grupos de la misma procedencia seguirían hacia el sur o sureste, radicándose en la Indo-China y posteriormente en la Melanesia. No sabemos cuál sería el estado cultural de la raza tronco, pero no es difícil suponer que no habría salido aun de la cultura paleolítica y así se explicaría la introducción de tal cultura en América, siendo los portadores de la cultura neolítica los inmigrantes posteriores, de la época postglacial. Es muy posible además que mucho de los elementos culturales hallados en América y en la Melanesia y que la escuela histórico-cultural atribuye a migraciones oceánicas de los melanesios, hayan ingresado al continente por el mismo camino terrestre, porque algunos de ellos los hallamos radicados aquí, aun antes de la época de la expansión melanesia, a lo menos mil años antes que pudieran llegar por vía marítima.

Resumiendo, se pueden proponer como probables las siguientes hipótesis:

1.^a Que los únicos restos de un precursor del hombre que se pueden presentar como auténticos, provienen del continente asiático.

2.^a Que los más antiguos restos del hombre verdadero se han hallado en Europa.

3.^a Que en América hasta la fecha no se ha comprobado la existencia del hombre cuaternario, aunque hay grandes probabilidades de que se haya introducido en el continente hacia fines de dicha época.

4.^a Que después del último período glacial llegó a América una serie de inmigraciones de pueblos que se diferenciaban en su tipo físico y probablemente también en su estado cultural y en su lengua.

5.^a Que de las mezclas de estos pueblos en diferentes proporciones se ha formado la entidad que llamamos raza americana.

6.^a Que todas estas inmigraciones se hicieron por la vía del estrecho de Behring.

7.^a Que las razas melanesia y polinesia no han influido en la formación de la raza, no pudiendo haber llegado al continente sino en los últimos dos a tres mil años y en número tan reducido que su influencia física, al haber existido, se ha perdido en la masa de la población, aunque parece seguro que se arraigaron algunos elementos de sus culturas.

Raúl Silva Castro.

PARADOJA SOBRE LAS CLASES SOCIALES EN LA LITERATURA

ESTÁN de moda los panoramas literarios, y seguramente si a cada uno de los escritores chilenos hubiese un editor que le pidiera uno de esos trabajos de conjunto, tendríamos muchos panoramas. No es que un panorama me parezca a mí muy fácil de trazar. Pero cada escritor anhela fijar en la forma más grata a sus ambiciones la situación de su tiempo, el ámbito que lo rodea. Si a uno le dan una habitación en una casa, llevará a ella una serie de objetos que querrá tener consigo para hacerse la existencia más cómoda. Del mismo modo, el escritor considera a sus colegas como objetos destinados a llenar un papel en su relación con su tiempo. Pero no temáis: no pretendo hacer un panorama literario, no porque no tenga deseos sino meramente por falta de editor. Don Julio Vicuña Cifuentes ha cantado en unos versos primorosos el valor de la ocasión, y ha dicho:

—¿Quién pudo ajar tu honra
si tú no lo quisiste?
—La ocasión, madre, la ocasión.

El editor es al escritor lo que la ocasión a la doncella

cuya honra ajada preocupa al poeta. Muchos libros no se escriben porque no hay posibilidad de que se publiquen, y este tal vez sea su mejor destino. Es muy frecuente oír decir: «¡Qué bello libro puede escribir Fulano con todo lo que sabe y lo que ha vivido!» El libro se escribe, pero no es sino un muerto más para llenar espacio en las bibliotecas. No basta saber mucho ni recordar mucho para escribir un buen libro. Pero si no pretendo hacer un panorama literario, por falta de editor, sí me interesa ir fijando etapas o hitos para tal tarea que algún día—editor mediante—acaso intente. Hoy me interesa dedicar un poco de atención a una cualidad singular de la literatura chilena. Conviene tener presente que digo *singular* no en el sentido exclusivista o prescindente de la palabra, sino en el sentido meramente aumentativo. Creo que el rasgo que voy a señalar en la literatura chilena se presenta con parejos caracteres en las demás literaturas americanas. Esto se debe sin duda a las similitudes sociológicas de la formación de estos pueblos. En suma, reducida a una simple proposición, mi tesis es la siguiente: *La literatura chilena es una literatura de la cual están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia.*

Quiero decir con esto no que la literatura deba mirar hacia objetivos ajenos a ella misma, para servirlos; no que la literatura deba ser aplicada o tendenciosa. Sino que en la literatura debe sentirse la percusión de los debates del espíritu, sin hacer en estos debates escisiones o cortes premeditados. Desde luego, una obra literaria es un monólogo o un diálogo. Si es monólogo—y naturalmente uso en la palabra en su acepción más lata—, es o debe ser el debate de un hombre consigo mismo. Si es diálogo, un debate entre el hombre—es decir, el autor—y su sociedad o su ambiente o su grupo social, literario, profesional. Tipos de monólogos o de obras monológicas son en general las

confesiones o memorias, digamos las de Rousseau. Tipos de diálogo, en general las novelas y especialmente cuando pertenecen al estilo caudaloso y presentativo, como las de Balzac, Dostoyevsky, Stendhal, Tolstoy, Dickens, etc. En el monólogo, el autor, obediente a una fuerza espiritual centrípeta, se contempla a sí mismo como un espectáculo apasionante y se entrega a hacer la exégesis de ese mundo o de esa escena que lleva dentro. En el diálogo el autor se entrega a una fuerza centrífuga. En esta huída de sí mismo, esencial al novelista, el escritor asume la representación de un grupo de hombres, los retrata, los muestra, y su éxito estriba precisamente en darnos por existentes esos hombres que ha creado, o si los ha observado, en probarnos que es capaz de revestirlos con caracteres tales que los tengamos como creaciones de su imaginación. Creo que esta alternancia de los personajes novelescos no ha sido siempre suficientemente observada. El escritor que inventa debe atender a hacer pasar sus creaturas por seres de carne y hueso. Al revés, el que copia debe deformar tal o cual rasgo a fin de que su realización se ice a la dignidad del retrato y no sea una mera fotografía. Es lo que ha entendido con muy sutil penetración Valle Inclán, y así lo ha mostrado en sus novelas y esperpentos. Los modelos de unas y de otros son hombres que existen o existieron. La novela y el esperpento de Valle Inclán tienen, sin embargo, la trascendental dimensión estética que les reconocemos, gracias principalmente a todo lo arbitrario que surge en ellos, a lo caricatural, a la deformación en fin.

Cuando digo que la literatura chilena es por excelencia una literatura de la cual los problemas han sido amputados, me refiero a la de hoy, o si se quiere a la de los últimos veinte años. No se me oculta que hay en ella muchos nombres respetables y un caudal copioso de obras. No son obras de una calidad exqui-

sita, destinadas a perdurar sin excepciones, y más bien se muestran como el fruto de una discreta medianía en acción. Dentro del ruedo hispanoparlante de América, la aportación chilena se distingue por su color polvoriento, un poco envejecido y a menudo vulgar. Mientras el Perú acendra el chiste, y entre risas y sonrisas parece ser la propia Andalucía trasladada a América (Palma, Ventura García Calderón), sin perjuicio de una generación joven para la cual existen las ideas (Mariátegui, Basadre, Sánchez), Argentina levanta una novela rica de matices. En ella sólo el estilo torpe, difuso y retorcido estorba a veces para dar al lector una sensación más clara de la materia novelada (Gálvez, Lynch, Quiroga, Güiraldes). En Méjico la cosecha es más rica y más profunda: a la novela densa y muy humana (Azuela), se anexan una lírica de plurales modulaciones (Torres Bodet, Villaurrutia, Pellicer, Gutiérrez Cruz) y una literatura de ideas henchida de sugerencias (Reyes, Vasconcelos, Torri). Colombia sigue siendo el país de los poetas, y eso explica su actual decadencia literaria, ya que la poesía se muestra moribunda, debido tal vez a las sangrías que en ella hicieron algunos de sus hijos des...humanizados. Venezuela ha lanzado a la emigración a sus mejores talentos y la emigración se puebla de voces venezolanas originales, de una notable envergadura y de gran reciedumbre (Pocaterra, Blanco Fombona).

Junto a todo esto llama la atención la pobreza del mensaje chileno, que es tal vez más equilibrado, pero también más anémico. No destaca nuestra novela porque en ella no han alumbrado sino tímidamente los valores humanos (Barrios, Santiván, d'Halmar), ni nuestra lírica, salvo la considerable excepción de Gabriela Mistral ni nuestro ensayo que apenas existe, ni la historia en que antes fuimos grandes y respetados y en cuyo recinto hoy se vive de lo ya

trabajado, investigado y descubierto por dos generaciones de más aliento (Barros Arana, Sotomayor Valdés, Amunátegui; Medina, Bulnes). Pero a esta pobreza formal, la literatura chilena une lo que he calificado ya de ausencia de problemas e inquietudes. Nuestra literatura de hoy, salvo sin duda la excepción de Pedro Prado, se mueve en torno a ciertos temas dominantes en que todos o casi todos los escritores creen encontrar matices nuevos, y sin que haya otro impulso a extravagar que el de algunos—muy pocos—escritores que a copiar prefieren inventar. Lo que yo echo de menos en esta literatura es la preocupación por las ideas generales y cierta angustia metafísica que hoy levanta su vuelo en casi todas las demás literaturas del mundo. Se me dirá, seguramente, que para llevar a la literatura ese género de preocupaciones es necesario que el escritor habite un pueblo en el cual existan en mayor o menor grado tales inquietudes. La objeción es insuficiente. El escritor es el producto de una minoría, y la minoría desde la cual él se lanza a explorar el mundo de las formas, que sigue su carrera y corona sus triunfos, es siempre una minoría para la que la inteligencia existe y los problemas espirituales tienen realidad y a veces urgencia.

De allí que en un país de burgueses satisfechos como Francia, sea posible encontrar elementos literarios tan novedosos como los que en nuestros días y siempre han tenido expresión en la lengua de Racine. Desde este punto de vista bastaría, pues, con que hubiese una minoría de hombres para los cuales los problemas vitales y las inquietudes del espíritu existiesen, para que una literatura contara con la traducción literaria de esos problemas e inquietudes. Ahora bien, esa minoría se da en Chile, y por eso me parece anómalo que la literatura chilena siga siendo un producto tan filisteo, tan anodino.

Si tendemos la mirada hacia un pequeño número de eminencias europeas de la literatura, encontraremos que los problemas que reflejan en sus obras son numerosos y apasionantes en grado egregio. En Francia, por ejemplo, se ve desde luego a Gide, un escritor combatido con saña por algunos enemigos, no precisamente de su talento, que es enorme, sino de su vida. Gide ha creado una obra en que los problemas de la personalidad ocupan un sitio dominante. Sus novelas benefician la teoría del acto gratuito y sus obras de ideas oscilan entre el romanticismo o el desenfreno de los deseos mal contenidos y el clasicismo o la medida que la razón impone. No: no veremos jamás conforme a este hombre, que se combate mucho más que pueden combatirlo sus más furiosos enemigos y que seguramente se discute a sí mismo con mejor lógica que la de sus contradictores. También es francés Cocteau, que es sin duda un Frégoli de la literatura, ya que de libro a libro cambia de traje y también de postura y que alternativamente se presenta librepensador y católico. Hoy, como la moda de ser escritor católico ha pasado ya en todo país que no sea Chile, Cocteau olvida su teología y sus arrebatos de converso, para trazar en sus *Enfants terribles* el diagnóstico de una generación impiadosamente azotada por el destino. En Inglaterra ha muerto ayer no más D. H. Lawrence, un escritor ante el cual se abrieron muchas simas y cuyo pensamiento fué siempre asaltado por las serpientes del bien y del mal, especialmente del mal. Para él han existido los problemas más angustiosos, de la misma manera que existen para Chesterton, para Wells, para Huxley y para muchos otros, entre los cuales ocupa lugar destacado el popularísimo Shaw. G. B. S., en efecto, ha escrito sus piezas teatrales y, sobre todo, sus famosos prefacios para combatir y combatirse. Los problemas que ha levantado Shaw en sus obras son casi tan

numerosos como ellas, y es esto sin duda lo que da al teatro de este escritor las dimensiones inquietantes que todos reconocen en él. En España uno de los escritores dotados por el destino de más angustiosos problemas es sin duda Unamuno, cuya preocupación metafísica y cuyas inquietudes no cesan de atormentarle desde el día, ya un poco lejano, en que nacieron sus primeros ensayos y sus primeros libros. También hay problemas en Pío Baroja, y en algunos escritores jóvenes, aparentemente muy poco afines con estos dos hombres, como Jarnés, Marichalar, Espina, etc., los problemas literarios (estilo, composición, límites de la vida y el arte), tienen una parte que parece inalienable. En Italia hay también escritores para los cuales la literatura es una manera de exponer conflictos espirituales y morales y un escenario donde estudiar lo más valioso del hombre. Pirandello ha llegado a romper las formas solitas del teatro, a fin de dar cabida en él a la traducción escénica de las inquietudes y problemas que angustian a sus creaciones. Papini, por su parte, un poco Hércules de feria por su gritería estentórea y su afán de derribar, tiene una parte duradera de su obra que está consagrada a estudiar la inquietud metafísica del hombre y primero, naturalmente, la de él.

Para todos los escritores citados y para muchos otros que sería prolijo nombrar, la literatura, muy alejada de lo tendencioso, literatura pura casi siempre, es un vehículo destinado a llevar hasta el lector las inquietudes del hombre que es el autor. Los problemas de la época se reflejan en esa literatura y amoldan situaciones y personajes destinados a encarnarlos y exponerlos. En suma, lo general no está excluído de esta literatura que sabe también, como no podía ser de otra manera, explotar lo particular.

La nuestra, en cambio, la chilena, sólo en lo particular ahonda, sólo en lo particular se complace. Allí

también se esteriliza y se reduce por sí misma la universalidad de su divulgación (1).

¿A qué se debe este carácter de la literatura chilena que—ya lo he dicho—aparece también en las demás literaturas americanas? Las observaciones que siguen tienden a dar respuesta a esta interrogación.

* * *

Las Constituciones políticas dicen pomposamente: «Todos los hombres son iguales», y desde cierto punto de vista esto es efectivo. Las sociedades, sin embargo, se ordenan de otra manera. Existen en ellas, en efecto, capas parejas a las geológicas en que unas descansan sobre otras. Pero mientras en la tierra las capas se muestran en equilibrio, en reposo, en la sociedad están

(1) Creo que esta idea debe ser explicada más prolijamente, y a riesgo de fatigar, intentaré hacerlo en esta nota. Llamo *general* al sentimiento o a la idea que alberga indistintamente el hombre de cualquier tierra y de cualquier tiempo, por ejemplo, el sentimiento de la inquietud metafísica. Esta inquietud la expone detenidamente Unamuno, en *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Como materia novelesca ha sido examinada por muchos escritores de ayer y de hoy. En otros rangos del mismo grupo de sentimientos figuran algunos de los muchos problemas que suscitan las obras de Dostoyevsky, en las cuales se ve al hombre en conflicto consigo mismo o con los demás. No hay, en efecto, novela alguna del gran escritor ruso que no levante por lo menos uno de esos problemas, y la grandeza incontrovertible de *Los hermanos Karamazof* reside precisamente en que allí están acumuladas las inquietudes y los problemas hasta el punto de que cada personaje representa o simboliza una inquietud y un problema por lo menos.

En América en el último tiempo se ha intentado la novela de aliento épico, que es el calificativo más exacto que corresponde a *Doña Bárbara*, *Dcn Segundo Sombra*, *La vorágine*, etc., conforme la indicación—muy acertada—de Mariano Picón Salas. Pero en Chile se ha visto una curiosa excepción a este movimiento y, despecho de todas las incitaciones, nuestros escritores siguen explotando lo particular.

Llamo *particular* al sentimiento o a la idea que se da sólo en ciertas circunstancias: determinado medio, época histórica definida y carácter individual preciso; es decir, lo que siente o puede sentir un hombre aislado, pero no siente otro ni otros. De allí arranca el fatal localismo de nuestra literatura de hoy. Lo curioso es que se ha pretendido hacer de este localismo un mérito. Yo, a riesgo de quedar solo en esta apreciación, entiendo que el localismo es uno de los defectos fundamentales de nuestra literatura, y creo deber de todo escritor combatirlo. Tal es el objeto de esta *Paradoja*.

continuamente agitadas. Las capas geológicas *existen* meramente, en tanto que las capas sociales *viven*. Si se distinguen tres clases—no hay necesidad de distinguir mayor número—, se verán pasar de una clase a la contigua ciertos elementos poco afectos a la disciplina social. En el trascurso de pocas generaciones una familia se rebaja de grado o se eleva en la escala. De las superiores que han perdido la fortuna se forman familias de la clase media inconformes con su destino. De esta misma clase media surgen tanto aristócratas como plebe. Para lo primero el concurso del dinero es indispensable. Para lo segundo no es necesario tanto. La clase media aparece así como un estupendo e hirviente vivero de aristócratas y de plebeyos. A pesar de la constancia y permanencia que la distinguen, esta clase está en continuo movimiento, y lanza miembros de su seno para incrementar la superior y la inferior. La adaptación no es siempre fácil, y por eso hay familias que, favorecidas mucho tiempo por la fortuna, siguen siendo advenedizas en la aristocracia durante años, hasta que ésta, condescendiente, termina por aceptarlas. Al revés, hay familias de la clase media que siguen, en medio del «tercer estado», formando tienda aparte hasta su perfecta asimilación en él o hasta que vuelven al estado intermedio de que habían transitoriamente salido. De estos procesos de transformación se hacen las capas secundarias que forman, dentro de cada clase, nuevas y nuevas divisiones. No las trataré en esta ocasión y para comodidad de mis observaciones consideraré a las tres clases fundamentales en un momento estático de su desarrollo. Como si los resortes de ruptura y adaptación con que cada una cuenta se hubiesen de pronto paralizado.

Ahora bien, en estas tres clases sociales hay sólo dos que toman con soltura la vida: la superior y la inferior. La primera, que ejerce el poder desde tiem-

pos tradicionales, termina un día por sentirse dispensada de toda disciplina social (1). Una educación tendenciosa hace de sus miembros seres físicamente superiores y, en lo moral, tan seguros de sí mismos que ningún hecho de la vida les parece dotado de fuerza suficiente para retener o desviar sus ímpetus vitales. Con el concurso del dinero se consiguen, además, casi todos los valores corrientes, y, gracias a este apoyo, el hombre de la clase superior no vacila en sentirse dueño de todo, o en el peor de los casos, destinado a serlo un día. Es imperativo en sus gestos y en su voz; tiene conciencia de su superioridad y no le es difícil llegar a concebir que todos los hombres de clase inferior a la suya han nacido para ayudarle a hacer a él su vida, no para vivir la que a aquellos deparó el destino. Si existe la trasmisión de los caracteres adquiridos, es evidente que estos rasgos se depuran y afirman con el paso de las generaciones. Este sencillo hecho da a la vida del hombre de posición un pulso fuerte y firme que no se halla en el miembro de ninguna otra clase social. Lo que el aristócrata quiere está destinado a ser suyo. De allí nacen, en estadios posteriores de su destino, consecuencias disolventes. La atrofia de la voluntad se produce con mayor frecuencia en estos seres para los cuales anhelo expresado es anhelo cumplido. El escepticismo nace de la comprobación incesante del poder envilecedor del dinero. El desprecio a las leyes, de la facilidad con que el dinero y el apellido se sobreponen al imperio de aquellas. Por este motivo las aristocracias hacen mal en mirar con ojos aviesos la ascensión del hombre de la clase media. El mesócrata que sube está destinado a llenar en este proceso de disolución las bajas que en la aristocracia producen los vicios y la saciedad de la vida.

(1) El poder ha pasado en los últimos años a otras manos.

La clase inferior, en cambio, toma también la vida con soltura, pero lo hace generalmente por desesperación. Se siente sometida y por eso todo le es indiferente. Es fatalista. Odiada por la clase media y despreciada o no atendida por la superior, no vacila en coger lo que halla al paso, sin pensar en las consecuencias. Su bien consiste en tener el pan seguro, y una habilidad manual cualquiera basta para esto. En sus jornadas no abundan las alegrías, y por eso los días de holganza son orgiásticos. Para vivir un año de esclavitud con cierta resignación bastan a menudo cinco o seis días de plena libertad ruidosa. Si es cierto que las clases superiores son las que preparan, con su escepticismo crítico y con su cinismo, las revoluciones, sólo la inferior encuentra en éstas una válvula de escape. Ese es el sentido de los saqueos y el pillaje al día siguiente de los motines victoriosos.

Rasgo común de las clases superior e inferior es el amor libre. En la primera parece ser un instinto expansivo, de antiquísimo origen (el derecho de per-nada), que no puede acomodarse a su gusto en el marco estrecho de la monogamia. La mujer ajena es siempre codiciable, y naturalmente la mujer será del hombre que tiene tiempo y dinero para cercarla y seducirla. La virtud resiste difícilmente la presión de un deseo masculino que se convierte a corto plazo en el eje de un complicado mecanismo de satisfacciones del lujo, de las necesidades de figurar y de los apetitos carnales. En la clase inferior el amor libre presenta todos los matices. Tal vez el menos frecuente sea el versátil donjuanismo y sin duda el más constante, la unión libre, parecida en todo al matrimonio, pero desprovista de la esclavitud de éste.

La clase media, en cambio, es sierva de las preocupaciones y mártir de las conveniencias. Metida a manera de cuña entre la clase popular y la aristocrática, siente a la vez la atracción de la riqueza, del lujo y

del desprecio a la ley, que adivina en la segunda, y el temor a la degradación y a la incuria en que ve sumida a la plebe. Mientras a ésta no le parece posible llegar a convertirse en aristocracia, la clase media rabia por serlo o... por parecerlo. De allí su impetuoso afán por hacer dinero: un cálculo fácil le presenta la acumulación de riquezas como el primer paso para su encumbramiento. Pero si ahonda en el examen advierte que el dinero no basta. Es preciso entonces conquistar también esas difíciles prendas que se denominan con el insuficiente nombre de educación. El aristócrata somete voluntades, y el hombre de clase media al cual se pone en trance de dominar, erige su capricho en ley y anhela sujetar con rudeza dentro de su órbita a todos los elementos de menor entidad que quedan a su alcance. Uno de los caminos más seguros de la liberación económica consiste en abrazar las carreras liberales, y por eso el mesócrata deja el mostrador y el escritorio subalterno para conquistar la práctica de fórmulas que rinden más fruto. Un socorrido refrán chileno dice: «El abuelo mercader, el padre caballero, el nieto pordiosero.» La clase media, optimista, anhela con vehemencia fijar sólo las dos primeras etapas de esa evolución, y quiere detener en el padre caballero ese proceso de alquimia social que la embriaga con sutiles zumos. En esta trayectoria, la clase media descubre el secreto de todas las virtudes. Seguramente es muy hermoso acostarse humilde y despertar poderoso, rico y respetado. Pero lo único seguro es vivir treinta años de trabajos para asegurarse al cabo un poquito de consideración y de bienestar. Por otra parte, el mesócrata sabe que si se le toma en cuenta es a cambio de un proceder intachable. A un hombre que domina una habilidad manual nadie le pregunta si tiene la conciencia y las manos limpias para encomendarle un trabajo. Un aristócrata por su lado siente que cualquiera que sea

su conducta, su apellido sigue siendo el mismo, su fortuna una garantía de perdón y su linaje una manera de salvavidas en caso de naufragio. El hombre de clase media, temeroso de caer, atrapa el hierro, candente a veces, de la honorabilidad. Limita sus necesidades y se hace una especie de segunda naturaleza de la constancia, la abnegación y otras virtudes típicas de su clase.

La cautela preside todos sus actos, y cierto misoneísmo de buen parecer es la tónica de su acorde. Con un gesto fuera de pauta compromete su situación; con una voz destemplada echa a rodar su prestigio, naciente o ya establecido. Innovar es la manera más recta de errar, y cuando no se tiene fuerzas suficientes para imponer un error como verdad, lo mejor es renunciar. En un mundo de apariencias, lo fundamental es la corteza, y a los ojos del mesócrata no hay salvación fuera de la medida y del discreto término medio. El hombre de la clase media es tímido porque una larga experiencia le ha enseñado a esquivar las ocasiones de comprometerse. Desprovisto de espíritu creador y de fuerzas impositivas, se somete a la rutina que le indican los usos que imita, y lo invade el pánico cuando le parece que empieza a alejarse de ella.

* * *

Una luz especial ilumina el proceso de nuestra literatura cuando se observa que ella está entregada, con leves excepciones, a hombres mesócratas. En la expresión escrita deben reflejarse los gustos y las costumbres sociales. Una clase social deprimida y siempre temerosa de caer en lo arbitrario no puede crear un arte grande. Si observamos *grosso modo* la forma en que se han reclutado los escritores chilenos, veremos cómo acuden desde las provincias hasta

Santiago, generalmente seducidos por el señuelo de la profesión liberal. En Santiago los asalta el veneno literario, y a veces no son capaces de vencer la tentación. Los pichones de abogados, de profesores, de médicos, se convierten en escritores. Cambian la honesta situación del mesócrata por la incierta carrera del artista.

Pero no siempre la cambian: es más discreto apoyar la una en la otra, pues la literatura es aquí de «los medios de vivir que no dan de vivir», al decir de Larra. Estos literatos producidos por la clase media provinciana o santiaguina no pierden ninguno de los rasgos propios de la clase en que han nacido con su incorporación al mundo literario. Como no hay en Chile una clase intelectual con caracteres individuales, el intelectual no se ve precisado a renunciar a su mundo para ingresar al de sus aficiones. En otros tiempos, cuando la vida bohemia no llamaba la atención en el mundo de los artistas, el mesócrata se hacía voluntariamente bohemio. Pero todo eso ha periclitado. Muchos de los bohemios de otros tiempos están ya convertidos a las buenas costumbres y hoy hasta se confiesan y comulgan. Han vivido en dos etapas diferentes de la vida literaria, y mientras no tuvieron sino veinte años hicieron con gusto su papel en el melodrama de la bohemia, más próxima al hampa que al arte. Ahora son honestos padres de familia y deben mirar con íntima vergüenza sus devaneos de juventud. Más deportivo, el literato de hoy es hijo del siglo, y no se asusta del materialismo ni del aparente antiespiritualismo de la época. De allí un cambio de actitud del escritor frente al público. Durante algún tiempo pareció inseparable del escritor la prestancia mesiánica del hombre que guarda las revelaciones más peregrinas. El poeta era un conductor de muchedumbres; el novelista un vengador de oprimidos; todos los escritores, en fin, siervos de mo-

tivos ajenos al arte mismo y entroncados más con la sociología que con la belleza. Estas actitudes están superadas, y hoy no son pocos los escritores que confiesan hacer literatura como se hace un deporte: con sano intrascendentalismo.

Ahora bien, lo grave es que estos grupos de mesócratas que se han dedicado al cultivo de la literatura han llevado hasta ella todas sus preocupaciones. Su moral estrecha, su rutinarismo de funcionarios, sus minúsculos puntos de vista se reflejan en nuestra literatura. Yo creo que en el arte es indispensable cierta dosis de arbitrariedad, y ¿cómo podrá poner arbitrariedad en su obra escrita una clase social que ha debido prescindir de cualquier cantidad de ella por miedo a las consecuencias, o simplemente por miedo a la vida, y que se siente opresa por las conveniencias y el buen parecer? De allí que la literatura del mesócrata se mueva en un círculo de diámetro breve, y de allí también que de ella parezcan expulsadas para siempre la alegría de lo arbitrario y hasta las sonrisas del feliz escepticismo. El gusto de la aventura, la divagación sobre temas trascendentales, la arbitrariedad habitual, la lucha contra la moral ambiente, la inquisición de mundos imaginarios, la persecución de módulos barrocos están excluidos de tal literatura, y si en ella aparecen, es justo reconocer su estado embrionario. Sobre ella pesa la mediocridad del hombre cuya vida entera no es sino mediocridad. El distintivo de esta literatura es su egoísta realismo, y uno de sus perfiles más frecuentes su miedo rastrero a la poesía. La originalidad tampoco se da como cosa sólita en esta literatura de términos mediocres, corrompida por lo convencional y poco anhelosa de espacios libres y nuevos. Como la originalidad es difícil de conseguir y como a menudo al perseguirla se cae en lo grotesco, los escritores se conforman con repetirse unos a otros o con repetir a modelos fáciles del

extranjero. Las innovaciones se reducen a meros detalles, que caben en una pauta estrecha, de escasísimas modulaciones personales. También es frecuente que se repitan las mismas notas a lo largo de varios libros y se insista, sin temor de lindar con la majadería, en los mismos temas. Esos escritores han tomado la literatura con tan generoso espíritu de rutina como el que se pone al servicio de la burocracia.

Si me fuera permitido hacer observaciones más personales, podría insistir en cada uno de estos caracteres y citar pruebas copiosas que se hallan en los textos mismos de nuestra literatura contemporánea. Pero yo también soy mesócrata y temo las iras de mis compañeros y no puedo librarme de considerar este problema desde el punto de vista del buen parecer. Baste hacer notar que escapan a estos caracteres nefastos sólo unos pocos escritores en quienes han podido darse, con feliz coincidencia, fermentos de inquietud que los han arrojado fuera del círculo de las conveniencias mesocráticas. De acuerdo con todo lo dicho, no creo que sea una mera coincidencia la lejanía entre nuestra literatura y todos los problemas espirituales y morales que agitan hoy la conciencia de los escritores de otros países. ¿Qué problemas ha tocado o rozado siquiera el grupo—sin duda numeroso—de nuestros escritores? ¿En cuáles de sus obras se da cabida, bajo el manto de las letras, a las inquietudes del hombre de hoy? ¿Qué matiz nuevo del mundo se refleja en las literatura chilena? Si uno se asoma a las literaturas europeas, las ve erizadas de problemas porque es lógico que los problemas, especialmente los espirituales, se reflejen en la expresión escrita. Hay escritores a los cuales interesa por sobre todo el destino del hombre; para otros la cuestión se plantea entre la libertad y el determinismo, y en muchas novelas, dramas y ensayos se hallan formas estéticas de este conflicto. No pocos

escritores inspiran su literatura en el problema de la personalidad, y la filosofía de lo inconsciente encuentra en libros literarios, a veces un antecedente y otras veces una continuación o aplicación de sus inducciones. Llegando más al fondo de estos debates sobre la personalidad, que sobre todo preocupan a los novelistas, se ha llevado a la literatura la teoría del acto gratuito. En muchas novelas se analiza el problema sexual, cuya inquietante magnitud no hace sino aumentar a medida que el hombre inquiere en él y trata de perforar con sus miradas de miope la sima oscura. En fin, cada obra literaria nacida en esos pueblos muestra un flanco ligado a un problema ideológico, moral, psicológico o meramente de costumbres, con lo cual la literatura se vincula a la necesidad de saber más sobre su destino y su vida individual y colectiva, que siente el hombre de estos días. Nuestra literatura, desgraciadamente, tiene los ojos cerrados y se mueve en una órbita pequeñita y sin trascendencia. Los hombres que la cultivan parecen no sentir la presión que sobre ellos ejercen los acontecimientos del mundo en torno o no tener curiosidad de explicarse la razón de las inquietudes que los mueven a ellos y a sus semejantes. Desde este punto de vista, nada más cómodo que ser escritor en Chile. Como no se ahonda en nada, no se corre el peligro de ser discutido, y si eso buscan los escritores chilenos, puede decirse que han dado con el camino que un día deben haber perseguido.

Así como en la clase media se dan las virtudes familiares y domésticas con profusión, así también en nuestra literatura encontramos a cada paso honrables medianías. Nuestra literatura en ese sentido es la democracia de la meseta. Más elevada en términos generales que las de otros países americanos, no ofrece en cambio grandes figuras descollantes, y en vez de un hombre de genio nuestra docenas de

talentos tranquilos y discretos. Como lo arbitrario está excluído de ella, es difícil tropezar con grandes disparates; tan difícil casi como dar con una expresión genial, de las destinadas a sobrevivir.

Una advertencia final. Si en el curso de estas observaciones he nombrado a algunos escritores extranjeros, téngase presente que no es por simple afán comparativo. Es preciso ponerse en guardia contra ese prejuicio generalizado. Si he citado a algunos escritores de gran circulación en el mundo, no es porque pretenda que nuestros escritores deban repetir los módulos que en aquellos muestra la obra literaria. Yo veo en ellos una especie de metas hacia las cuales debemos correr, de blancos sobre los cuales enderezar nuestras flechas. Hace poco uno de nuestros compañeros, don Januario Espinosa, dijo que un crítico chileno, *Alone*, había hecho o estaba haciendo en Chile obra pareja a la Sainte-Beuve en Francia. Pues bien, ciertos periodistas, empeñados sin duda en probar que el periodista es un señor que no entiende nada y escribe de todo, dijeron que Espinosa había comparado a *Alone* con Sainte-Beuve. Y es que en la vida literaria hay una relatividad—o, si se quiere, una proporcionalidad—estricta. Es preciso no perderla de vista si se anhela tener visión clara de estos problemas. Decía, pues, que los autores extranjeros citados no deben ser tomados por nosotros como modelos o paradigmas. Pero es indudable que en su actitud frente a la vida, frente al arte, frente a los problemas humanos, hay mucho que aprender. Y esta debe ser la conclusión de estos inconexos apuntes.

Domingo Melfi.

PANORAMA UNIVERSAL

EL DRAMA PERUANO

LOS viajeros chilenos que pasaron por Lima, hace algún tiempo, entre ellos Joaquín Edwards y Schneider Labbé, anotaron la inquietud sospechosa del ambiente peruano. No todo era oro en la brillante exterioridad del gobierno de Leguía. Faltaba allí la austeridad, la sobriedad. Parece ser que el punto débil de las democracias americanas es el olvido de la virtud de la sobriedad. La economía política se vuelve una ciencia difícil cuando los pueblos olvidan su origen. Les acontece lo que a los individuos de oscura extracción que de la noche a la mañana se ven dueños de una cuantiosa fortuna. Enloquecen y lo echan todo por la ventana. Parece que Leguía se dió cuenta o despertó de su pesadilla de millones sólo en el camarote custodiado del «Grau», a varias millas de la costa y sin puntos de contacto con la realidad que lo había visto impasible derrochar los fondos del Estado.

El proceso del drama peruano, cuya culminación acabamos de ver, es un proceso de formación intelectual. No esbocemos la sonrisa del desdén ante la insinuación siquiera de un término tan desprestigiado

en América. Pero la realidad actual del Perú, la forma misma de su violencia revolucionaria, no son más que los ecos con que responden a Mariátegui y sus colaboradores las palabras metálicas y estridentes de Sánchez Cerro. En el fondo, este militar sigue la trayectoria de la flecha del austero pensador peruano. Claro está que no en la esencia, puesto que Mariátegui era un heredero de Marx, pero sí en la intención depuradora. Nadie como Mariátegui removi6 en el Perú la ciénaga de la realidad social, la miseria del indio explotado, la descomposición política, la indiferencia del nuevo rico ostentoso que surgía en Lima, amparado por el gobierno de Leguía. Mariátegui estaba tumbado en su sill6n de inválido, impotente en su debilidad física. Pero ¡qué noble y qué austero en su pobreza! Aquel hombre pequeño y magro de carnes era un cerebro poderoso que vigilaba la tierra de sus mayores, la tierra tradicional que debe defenderse y engrandecerse. Y así, mientras Leguía tiraba por la ventana los fondos públicos que recogían sus colaboradores, Mariátegui hacía en su modesto escritorio de pensador, en lucha con la pobreza, el proceso implacable de la política peruana. Desde las columnas de *Amauta* difundía su pensamiento tutelar, a través de Lima y de las ciudades, a lo largo de la sierra y de los campos. Al modo de una llama nerviosa de fuego, la palabra de Mariátegui iluminaba la tiniebla que ocultaba el drama de la realidad.

Porque en verdad, en la situación económica del Perú, no había equivalencia alguna entre la riqueza aparente y el empleo que de ella se hacía. Leguía estaba bien en el palacio de los Virreyes, pero la realidad desharrapada rondaba y silbaba en torno al desequilibrio de la política económica. Lima absorbía la vitalidad peruana. Había heredado la tradición áurea del virreinato. Era la apariencia ostentosa y rica que cubre la pústula y como estaba mal gober-

nada, era incapaz de someterse a la escueta verdad de las cifras. Modernizaba, ciertamente, sus rincones; abría anchas avenidas asfaltadas, elevaba hacia el cielo calcinado la flecha de sus palacios suntuosos, entre los que sobresalía el del Arzobispado, pero en las provincias el modernizamiento era nulo. Llenaba sus calles de lujosos automóviles—el año 1929, según la estadística que confrontamos, entraron en Lima 8,000—, permitía oficialmente el juego, y los hombres asiáticos abrían en todas partes fumaderos de opio y casas de juego; los funcionarios y amigos de Leguía percibían gruesas coimas por estas concesiones y lentamente se formaba una espesa capa de prostitución. La mujer, sin recursos para llevar una vida ostentosa, como exigía el tren desorbitado de gastos del gobierno, debía salir a la calle a remediar su miseria. Mientras las cifras de la estadística anotaban gruesas cantidades florecientes, la pobreza doméstica empujaba a las jóvenes hacia el vicio. En cambio, la realidad del obrero, substituído por elementos asiáticos en las obras de construcción, y las concesiones cada vez más ingentes a los capitalistas extranjeros, labraban, poco a poco, el desconcierto y la ruina.

En la política peruana no había ningún sentido de la responsabilidad y de la sobriedad. Leguía tenía su corte de adoradores que lo incensaba y que le impedía oír el rumor que surgía de las provincias y de los subterráneos de Lima. Gobernaba en realidad, para unos pocos, a los que hacía sentir todo el peso de sus leyes arbitrarias. Véase, por ejemplo, cómo Sánchez Cerro, con una trágica ironía, lo ha hecho custodiar por los mismos a quienes él había mantenido encarcelados durante años. Sistemáticamente se abominó en el Perú de la palabra «política». Fué proscrita de todas las asociaciones, de todas las formas de la vida real. El escritor mismo dedicó su actividad a cantar o describir una exterioridad que no le permitió nunca

ahondar en la médula vital. Era retórico que deleitaba a las damas. Por eso Leguía pudo gobernar sobre una superficie en la que no aparecían conciencias. Cuando aparece Mariátegui, con él hace irrupción el sentido político más austero. No sólo en el pensamiento peruano promueve un cambio radical, sino que la realidad social se siente galvanizada por la palabra del joven pensador. No es la política electoral que prolonga el cacicazgo o la que procedía por prebendas y premiaba los servicios y las genuflexiones con puestos y viajes, como hizo Leguía, sino esa ciencia inflexible que está sostenida por una gran idea moral, que es superior a las alternativas de una realidad circunstancial, que toma la realidad misma de que está amasada la sociedad, para enderezarla por un camino de justicia y de honradez.

La intelectualidad peruana le debe mucho. Desde luego, el haber podido descubrir los problemas sociales y políticos de su tierra, que son comunes a todos los ciudadanos, pero que necesitan guías a fin de poder moverse a través de los obstáculos que le opone una estructura política vieja y carcomida. El Perú le debe su renovación. Le debe quizá esta sacudida que ha trastornado la vida política criolla, dejando al descubierto las culpabilidades y los errores de los antiguos gobernantes peruanos, y aun cuando no es justamente la forma de conmoción social que soñaba Mariátegui, es por lo menos una etapa depuradora en la evolución del Perú, en el que Mariátegui continúa viviendo en espíritu y presidiendo todas las formas del pensamiento noble y enaltecedor.

EL DRAMA ARGENTINO

EL drama argentino es completamente diverso al drama peruano. Hasta el momento en que escribimos—la publicación de una revista exige que los originales sean entregados con mucha anticipación—las noticias son incompletas. El ejército ha hecho declaraciones que alejan la posibilidad de una dictadura de carácter militar. En el Perú, en cambio, Sánchez Cerro no llamó a los civiles a colaborar en el gobierno, como lo hizo desde el primer momento el General Uriburu, de cepa tradicional, hombre del antiguo régimen, aunque consciente de su misión circunstancial. Uriburu se apodera del poder para acabar con el irigoyenismo, cuyos abusos habían colmado la medida. Leguía y sus paniaguados entraron a saco en los caudales públicos; destruyeron la posibilidad de una regeneración moral puesto que habían llenado el país de espías y de delatores. Irigoyen era el gaucho taimado que aspiraba a gobernar con sus solos elementos, burlándose de las otras fuerzas que se le oponían. No amordazó la prensa, porque sabía que gobernaba un país de tradición civil muy profunda; pero en cambio dió carta franca a sus partidarios para adulterar el voto popular, y él mismo «intervino» en las provincias suspendiendo en ellas todas las garantías. El drama argentino se produce por el cansancio general de la opinión, que no puede tolerar ya más esa forma de gobierno que queriendo ser democrática, se convierte en sencillamente licenciosa. Leguía gobernaba a puertas cerradas, disponía del país a su antojo, suprimía a los opositores y los encarcelaba. Su camarilla recibía favores inauditos; se enriquecía a costa de los dineros del Estado, el cual vivía en estado de servidumbre respecto de otro

países. A Leguía no le importaba el futuro. Irigoyen no llegó nunca a la hipoteca del país. Irigoyen era el hombre de las elecciones, el caudillo previsor en el arte de abatir adversarios políticos. Para formar su mayoría parlamentaria carecía de escrúpulos. Su mismo estado casi inconsciente, cuando en el cuartel del 7.º de Artillería se ve obligado a firmar su renuncia; es una demostración de que el movimiento revolucionario lo tomó de sorpresa, pues no creía que se produciría con el consenso del pueblo y del ejército. Sintió la opinión entera sobre su cabeza, exigiéndole el retiro inmediato. En ese momento, seguramente, recorrió de un golpe todo su gobierno y vió como nunca en el panorama argentino. Sus propios partidarios lo abandonaban: América ha dado siempre ingratitudes a cambio de servicios. Recuérdese en Chile el caso Alessandri, cuando los partidarios de la víspera ayudaron a la caída, desconociéndole todo lo que había hecho.

Irigoyen, en medio de su silencioso desprecio por la prensa, tuvo siempre gestos de rebeldía criolla para encararse con los capitalistas extranjeros. Era un nacionalista convencido que defendió las fuentes de producción nacionales. Pero no en balde había subido arrasando a las castas aristocráticas, de las que Uriburu parece ahora recoger la herencia. En el impulso del general argentino hay, sin duda, una gran parte de cansancio hacia la política radical que personificaba Irigoyen y que sentía una gran parte del país; pero tampoco puede desconocerse que, codo con codo junto a Uriburu, se mueven los elementos conservadores y aristocráticos que nunca se resignaron a la pérdida del gobierno. La oposición era cerrada y violenta y en ella participaba lo mismo el hombre de tradiciones que el hombre de apariencias democrática. El abuso en el poder trae estas contradicciones. A esto se unió la difícil situación económica: el des-

censo en los precios de los productos que en Argentina constituían la base de la prosperidad.

Las declaraciones reiteradas de los elementos militares de que entregarán rápidamente el poder puede crear una atmósfera más limpia en el cuadro argentino. Sin embargo, se han producido ya—por lo menos así lo deja entender el cable, en los días siguientes al triunfo de Uriburu—conmociones revolucionarias que significan una reacción civil y democrática. La masa socialista en Argentina es considerable y la Federación Obrera un organismo poderoso, educado en una fuerte conciencia civil. No pueden anticiparse hechos, puesto que en los países en estado revolucionario las corrientes subterráneas se desbordan de improviso, cambiando fundamentalmente los cuadros al parecer más sólidos.

El hecho es que un destino político incierto parece guiar los pasos de esta América, que desde los días de la emancipación es un vasto panorama de persecuciones. A los emancipadores ceden los caudillos. A los caudillos, fórmulas democráticas inestables que sirven de escabel a tiranías absorbentes. Ni la aristocracia ni la llamada clase media conceden importancia al factor moralidad. La una vive de la tierra; la otra del producto. Una se apodera del gobierno, de la educación y de la política; la otra repecha la cuesta para alcanzarla. Entre ambas se mueve una masa olvidada y zaparrastrosa que sirve de elemento electoral. Durante medio siglo, las democracias americanas se debaten entre dos férreos murallones: la aristocracia y el clero. En América, aristocracia es riqueza. Es decir, latifundio. El pueblo labra la tierra, pero no la aprovecha. En cada país hay extensiones inmensas de tierra cuyos confines ni siquiera sus poseedores han cruzado alguna vez. El peculado y la venalidad representan el binomio moral de las democracias americanas. Rara vez se encuentra la dignificación del

factor hombre, el sentido de la responsabilidad, la fuerte estructuración de una conciencia cívica. Las clases que suben al poder se corrompen, porque olvidan la justicia y porque no han sido educadas en la moral del deber y del sacrificio. Es así cómo el alba del primer aniversario de la emancipación sorprende a los países en plena orgía política. Y después de la guerra europea que desencadena todas las calamidades, sin reparar nada, sin lograr nada valioso, sino miserias y podredumbres, hace su aparición en forma ya estructurada el comunismo, cuyas lentas oleadas van, poco a poco, azotando las playas de todos los países.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA EMOCIÓN DE LA TÉCNICA

LAS hazañas del «Graf Zeppelin» han despertado el entusiasmo universal. Su paso por el mundo no ha motivado sino admiración y elogios. Cuando hace algunos meses sorprendió a los habitantes de París con el ruido de sus motores, los malos recuerdos de los bombardeos durante la guerra se ahogaron en un franco grito de admiración irreprimible. En Londres, donde ya se ha visto cruzar el espacio a un dirigible inglés, las gentes que presenciaron el vuelo de la nave aérea alemana, pensaron también en las bombas implacables de otros días, pero se rindieron ante la majestad del prodigio. El dirigible es, sin disputa, un triunfo enorgullecedor de la técnica moderna. Es la máxima expresión contemporánea del pensamiento humano en pleno vuelo. Va tan alto y tan lejos como las más audaces invenciones de la fantasía pretérita. Más que el aeroplano, el dirigible produce la impresión de lo grandioso. Dondequiera que haya aparecido su silueta plateada y gigante, el hombre ha aprendido sus ojos de una visión insospechada.

Hace un año, el «Graf Zeppelin» cruzó el cielo berlinés en pleno día. Iba de ronda por el mundo. Berlín entero lo despidió con un largo clamor multámine. La ciudad—ciudad política por excelencia—prendió de sus balcones millones de banderas. Los imperialistas y los republicanos izaron sus insignias. Nadie escondió su emoción admirativa. La prensa nacionalista vió en el dirigible un mensajero de la Alemania de ante-guerra, poderosa y arrogante. La prensa socialista y comunista elogió la mano anónima del proletario alemán que lo había construído. La prensa democrática recordó una vez más al viejo conde Zeppelin a quien por más de un decenio se llamó «der vercükte

Graf»—el conde loco—, cuando de Kaiser abajo, la Alemania realista e incomprensiva rió del proyecto del tenaz inventor como de una fantasía inadmisibile.

Hace algunas horas que del fondo de la noche ha surgido la silueta colosal del dirigible. Llega a Berlín, por primera vez después de sus vuelos triunfales alrededor del mundo, a la América del Norte y a la América Latina. Se le esperaba esta mañana a las siete. Pero, antes que la aurora temprana del verano, ha llegado el dirigible llenando el espacio con el ruido zumbante de sus motores. Berlín no ha tenido tiempo para izar sus banderas. Sólo ha elevado su grito. Esta vez el grito de la noche ha sido como un fiero aullido de victoria. El «Graf Zeppelin» ha cruzado muy cerca de los tejados urbanos reflejando en su vientre plateado el resplandor de la ciudad iluminada. Algunos trasnochadores, ahitos de la cerveza sabatina, han cantado entusiastas el «Deutschland, Deutschland über alles». La mayor parte de los berlineses ha asomado sus rostros somnolientos por las ventanas innumerables. De este a oeste, el dirigible ha cruzado el cielo limpio como una aparición.

Con el sol ha vuelto. No le hemos visto esta vez como hace un año yéndose esquivamente hacia un viaje inquietante. Ahora, dueño de sus victorias, gira durante horas enteras sobre la ciudad enorgullecida. Es el mensajero de optimismo, es el gran suscitador de esperanzas. «Ya ve usted—me dice la portera de mi casa, satisfecha—, ese es nuestro trabajo, esa es nuestra Alemania.»

Los grandes momentos de entusiasmo o de dolor colectivo dan buenas oportunidades para la experiencia psicológica. Cuando surge del fondo del hombre el impulso recóndito ante lo grandiosamente bello o ante lo grandiosamente terrible, hay que observar con más cautela que nunca los resortes secretos de sus ímpetus. El dirigible despierta diversas categorías de emociones. Pasma, rapta, amedrenta o exalta. Hay una gran diferencia entre el correr miedoso del lejano habitante de la estepa siberiana sorprendido por la visión formidable y el mensaje lacónico de aquel capitán inglés que dijo desde la mitad del océano—en el lenguaje multicolor de sus banderas de señales—: «hermoso espectáculo». Hay también gran diferencia entre el saludo alborozado del costanero brasileño, férvido y rendido, y el grito del pueblo británico o francés que admira la obra del hombre como resultado magnífico del esfuerzo. En la sorpresa medrosa del bárbaro de la estepa y en el gesto estupefacto e ingenuo del campesino o pescador de nuestras tierras se denuncia, con diferencia de grados, la fascinación

poderosa y primitiva de lo mágico. En los pueblos que viven la edad mecánica, que saben y sienten la máquina porque sale de sus manos, la emoción, a pesar de sus expresiones desmedidas, corresponde a lo que puede llamarse la emoción de la técnica.

Cualquiera que sea la forma o modo de reaccionar colectivos ante las manifestaciones del poder del hombre, el grado de desenvolvimiento económico del medio en que vive determina la jerarquía de sus emociones. Nuestros pueblos—valga el *verbi gratia* cercano—no han inventado la máquina, no la producen. Les llega hecha, elaborada, cumplida. Y por más que sepan o adivinen su forja, tiene algo de misterio su creación lejana. Cuando uno de nuestros poetas futuristas e izquierdistas eleva su canto, muy literario y muy moderno, a la era de las factorías, del proletariado industrial, del motor y de la electricidad, su esfuerzo de imaginación es como el juego amable de la fantasía de un niño ante la realidad tremenda de un pueblo que verdaderamente vive la edad de la máquina.

En Alemania, a pesar de las diversas manifestaciones que las victorias del «Zeppelin» han producido, prevalece la emoción de la técnica. No importa que los nacionalistas vean en el dirigible la expresión del viejo poder germano resurrecto. O que la propaganda política suscite el desbordamiento del optimismo nacional como una cura o compensación por todos los dolores de la derrota. El entusiasmo puede tomar diversas direcciones o puede usarse, como un producto cualquiera, para distintos fines. Interesa descubrir la emoción que lo produce. Cuando el boxeador Max Schmeling llevaba a los Estados Unidos el testimonio de la fuerza bruta e individual de Alemania, el país no se sacudió tan profundamente como ocurrió por ejemplo en toda la América Latina cuando Firpo iba a probar con los puños la fortaleza de nuestra raza. La prensa alemana, a pesar de su afán de sensacionalismo en todo lo que al país incumbe, no logró agitar a la nación como se esperaba. El entusiasmo tuvo un volumen y una circunscripción determinadas. Alemania es un país de acción colectiva. Además es un país donde el culto de la fuerza supone culto de la inteligencia. Los puños de un individuo no valen nada. Valen algo cuando los puños de un alemán van a medirse en un país donde vencer por los puños da prestigio nacional. Y este ha sido el caso de Schmeling que durante sus exhibiciones en el país, poco antes de su salida para América, tuvo muchas veces que suspender el espectáculo por falta de asistencia del público. Pero Schmeling no podía despertar la emoción de la técnica. La emoción de la técnica no la despierta sólo la fuerza. Demanda el concurso de la inte-


ligencia. La fuerza primitiva, individual, es divinizada en los pueblos agrarios. La fuerza colectiva—que supone disciplina, sistema, dirección, técnica—es la fuerza admirable de los pueblos industriales. Trátese de un ejército, de una máquina, de un coro o de un partido, Alemania admira la técnica superior del esfuerzo colectivo organizado.

Cuando el «Graf Zeppelin» ha cruzado el cielo berlinés, el grito popular se ha precisado en frases breves y expresivas: «Gute Arbeit!» o «Gut gemacht!» (¡Buen trabajo! ¡Bien hecho!) La admiración del espectáculo, como belleza, no ha dominado a la admiración por la técnica. Una montaña, un lago un paisaje producen la emoción primitiva y natural. Una máquina que vuela por los aires en un pueblo que sabe hacer la máquina, que la siente obra suya, suscita otra emoción. Es la conciencia desarrollada del trabajo y por el trabajo la que da la capacidad de esa emoción. Lo misterioso, lo mágico no forman parte de sus atributos. Así, la emoción de lo divino que en los pueblos agrarios podría aplicarse al «Zeppelin», queda relegada para aquello que la inteligencia y el trabajo del hombre no ha alcanzado a dominar todavía.—HAYA DE LA TORRE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESÍA

IV. POEMA Y CULTURA

 la edad de treinta y cinco años, Federico Schiller escribía a Goethe:

No espere de mí gran riqueza de material de ideas; esa la encontraré yo en usted. Lo que necesito y por lo que me afano, es por hacer mucho de poco, y si alguna vez llegara usted a conocer mi pobreza en todo lo que se llama *conocimientos adquiridos*, quizá encontraría usted que, en muchos casos, puedo haberlo conseguido. Como el círculo de mis ideas es limitado, puedo recorrerle más rápida y frecuentemente y se me hace posible administrar mejor mi pequeño capital y producir una variedad de forma, variedad de que carece el fondo; usted se esfuerza por simplificar su gran mundo de ideas; yo, en cambio, busco variedad para lo poco que poseo; usted tiene, para regirle, un reino de pensamientos; yo tan sólo cuento con una familia algo numerosa que de buena gana aumentaría hasta constituir un mundo, aunque no pudiera ser muy grande.

Schiller murió a los cuarenta y seis años, y a pesar de esa pobreza de conocimientos adquiridos, pobreza que él confiesa y

de la que se lamenta, su obra tiene gran valor ideológico; escribió interesantes ensayos de estética y de filosofía. Sus ideas sobre la educación estética del hombre tienen aún hoy glosadores. (Véase Rudolf Lehmann: *Schiller y el concepto de la educación estética*.) Si se le compara con Goethe, seguramente su caudal de conocimientos llega a la modestia; pero si se le compara con otros poetas, con algunos poetas chilenos, por ejemplo, esa modestia adquiere relieves de opulencia. Porque lo que a Schiller mortificaba, lo que le hacía decir al final de esa carta a Goethe:

difícilmente tendré tiempo de llevar a cabo una grande y total revolución a mi espíritu,

parece no inquietar a otros; muchos sonríen cuando oyen hablar de cultura. Tienen de sí mismos y de los demás poetas un concepto metafísico, místico. Para ellos, el poeta es un individuo iluminado, excepcional, poseedor de facultades extraordinarias (facultades únicamente poéticas, en la mayoría de los casos), a quien la cultura no agregará nada como poeta. Es así cómo en el escenario de la poesía chilena vemos a hombres que durante muchos años vienen repitiendo la misma canción. Nada cambia en su obra y el primer verso que escribieron es igual al último que han escrito. Son las mismas imágenes, unas veces puestas así y otras puestas asá. Las mismas metáforas, en ocasiones colocadas a la inversa, para hacerlas aparecer como recientes, o descompuestas en cierta forma, para darles aspecto de poesía nueva. Los temas son idénticos y varían rotativamente; dan vueltas sobre un círculo, desaparecen y vuelven a salir después de un intervalo discreto, el suficiente para que el lector los olvide un poco. Recuerdan esos escasos comparsas de compañías pobres, que entran al escenario por una puerta, salen por otra y dando la vuelta por detrás de los decorados, aparecen de nuevo por la puerta anterior. Proceden como dice Schiller:

y se me hace posible administrar mejor mi pequeño capital y producir una variedad de forma, variedad de que carece el fondo,

sólo que el *pequeño capital* de Schiller era un poco mayor que el de los poetas a que nos referimos. Nunca una idea nueva, un aspecto nuevo, una manera desusada de sentir o de expresar. Y aquellos que, al sospechar que el sistema de poemas sin mayúsculas y de frases más o menos sin sentido, les daba oportunidad de presentar una variación de forma que tal vez lograría engañar al lector, adoptaron el método, resultaron peor que

antes. El oído educado del amor de versos los reconoce de lejos; sabe ya sus palabras a la amada y su pena ante los marineros que se van, pena de que no se consolarán hasta que un poeta original descubra otra.

Aun aquellos que llegan a la vida literaria con una forma nueva de la poesía, y a veces, cosa desusada, con un concepto nuevo, al cabo de poco tiempo se hallan agotados. Las fórmulas que traen, generalmente adquiridas en lecturas poéticas extranjeras, se terminan pronto. Un poeta francés puede dar a un poeta chileno el sentido de la forma o la forma misma, pero no le dará el fondo, pues esto es intransmisible. Y si el poeta, por otros medios que no sean meramente poéticos o literarios, no busca un contenido nuevo para esa forma recién hallada, el resultado será que su poesía presentará un insoportable carácter de hibrididad o de imitación, imitación puramente formal, donde el contenido presenta una calidad inferior a la forma.

Pero, en lugar de recurrir a fuentes que puedan proporcionarle ideas o sensaciones nuevas, de un orden más alto que las que puede proporcionar la simple literatura, ¿qué hace el poeta chileno, en general? Recurre a la novela de aventuras o de viajes, a Morand o a Cendrars, a Conrad o a Mac Orlan, de donde saca motivos viejísimo, que vacía en su molde joven, creyendo que la novedad de la poesía actual está sólo en su forma. Pero no es así. ¿De qué serviría la supuesta renovación de los valores poéticos, si al final salimos cantando, en versos más o menos confusos, lo mismo que cantábamos antes? Se dirá: los motivos poéticos no pueden renovarse, están agotados, y no es posible exigir a nuestros poetas que creen otros. Pero es precisamente lo que debe exigírseles, no que creen motivos poéticos objetivos o sentimentales, sino que los creen de otro orden. Aquellos motivos han sido abandonados y es necesario inventar otros. A una nueva forma debe corresponder un nuevo contenido y ese nuevo contenido no puede crearse sino por medio de la cultura no literaria.

La poesía de hoy se caracteriza por un deseo de expresar las sensaciones del poeta en relación con la vida exterior o propia, es decir, los reflejos que esas sensaciones provocan en su inteligencia, las sensaciones cenestésicas, nerviosas, espirituales. Esas sensaciones serán tanto más ricas, tanto más agudas, tanto más originales e interesantes, y la percepción de ellas será tanto más fácil, cuanto más cultivado esté el poeta. Nada puede surgir de nosotros si no le damos a la imaginación elementos con que pueda trabajar, ya que ella no trabaja con el vacío ni saca sus obras de la nada. Para que un horno de fundición produzca

algo, aunque sea un tejo, es necesario alimentarlo antes. Medios de alimentación hay muchos y yo no pienso recetar aquí un régimen dietético cultural. Cada uno debe buscarlo siguiendo el ritmo de su sensibilidad o de su predisposición poética.

A fuerza de martirizarme, de vivir triple, de escapar, joven, de una multitud de trampas en las que otros, ya maduros, se precipitan de cabeza; de tomar la ducha escocesa de los justos medios; de esperar, horas a veces, solo, de pie, apagada la lámpara, a los parlamentarios de lo desconocido, heme ahora convertido en algo así como una perfecta máquina, una perfecta antena, un perfecto Morse. Un Stradivarius de los barómetros. Un diapasón. Una oficina central de los fenómenos. (*J. Cocteau.*)

Pero si Cocteau no hubiera ejercitado su inteligencia y cultivado su espíritu, por medio del estudio y de la observación, habría esperado una eternidad a los *parlamentarios de lo desconocido*, que venían, no de un mundo desconocido, como pudiera creerse, sino de dentro de él mismo. Existe en el poeta una estructura mental y tal vez espiritual que lo predispone a la creación de obras poéticas; pero esta predisposición es tanto más reducida en sus obras y manifestaciones, cuanto menos el poeta haga por aumentar y enriquecer, en el sentido de su especialidad, los elementos con que trabaje esa predisposición.

Culto no es quien sabe y conoce muchas modalidades contingentes de las cosas (polimatía), ni quien puede predecir y dominar, con arreglo a las leyes un máximo de sucesos—el primero es el erudito, y el segundo, el investigador—sino quien posee una *estructura* personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes en el mundo; esos esquemas anteceden a todas las experiencias contingentes, las elaboran en unidad y las articulan en el *todo* del mundo personal. (*Max Scheler: El saber y la cultura.*)

No es que el poeta deba ser—y esto sería contraproducente para su obra—más sabio que Lepe, un erudito, no; sino que debe procurar salir de su reducido medio personal y ampliarse a sí mismo por medio de una cultura dirigida a robustecer sus medios de expresión y la expresión misma. Los motivos sentimentales afectivos han sido rechazados de la poesía; pertenecen ya a lo que se llama subliteratura y ni aun presentándolos en forma nueva pueden tener valor. Y rechazando esos motivos, ¿cuáles quedan? Los intelectuales, los psicológicos, que no se pueden crear ni expresar sólo porque se experimentan—los animales tienen también sensaciones.—Es preciso tener cierta fineza de espíritu y cierta complejidad intelectual, que no puede

dar sino la cultura, para cogerlos y relacionarlos, de modo que lleguen a tener verdadero interés.

El poeta reproduce, por medio de la imaginación creadora y en la forma que acostumbra o se ha creado, lo que toma de fuera y lo que siente en sí mismo. Jean Epstein ha dicho:

Que se muestre a los poetas los datos de los grandes problemas actuales de medicina, biología, física y aun de astronomía: harán metáforas.

Harán metáforas, reducirán a poesía lo que se les muestre o lo que vean; pero esas metáforas tendrán la fuerza y la novedad de la materia de que han surgido o que las han provocado. Pero si en lugar de problemas científicos o de otro orden se les muestran marineros y acordeones, nos devolverán metáforas llenas de acordeones y de marineros, de los cuales, preciso es confesarlo, algunos poetas chilenos nos tienen hasta la coronilla.

Para el poeta, más que para nadie, el mundo de la cultura ofrece riquísimos y útiles filones. Si un filósofo lee una obra de filosofía, el producto de esa lectura será un acrecentamiento de sus ideas respecto al tema de que el libro trataba; cuando quiera expresar el resultado de su lectura, lo expresará en ideas y no podrá salirse del marco que la lógica le impone. Igual cosa sucederá con un físico, con un matemático, con un biólogo. Cada uno de estos hombres hablará siempre el mismo lenguaje que hablan los físicos, los matemáticos o los biólogos que lo inspiran. Pero el poeta no, y ahí está su ventaja. Si un poeta lee, por ejemplo, *La génesis de los continentes y de los océanos*, de Wegener, nadie le exigirá que hable después como si fuera un geólogo. ¿Por qué? El no es geólogo y la geología no le interesa sino como materia que puede utilizar para agrandar su imagen y su concepto del mundo físico, imagen o concepto que él no devolverá en carácter de geólogo sino en carácter de poeta. Toma de los libros lo que como a poeta le interesa; lo demás es indiferente para él y como no es sabio, ni erudito, ni matemático, sino únicamente poeta, es decir, el niño mimado de la inteligencia y de las ideas, que puede hacer con ellas el uso que quiera, siempre que ese uso provoque en el que lo lea un placer intelectual o espiritual, nadie vendrá a pedirle cuentas. Ese es el valor que la cultura tiene para el poeta: el agrandamiento de su mundo interior y la utilidad poética que de ella saca.—M A N U E L R O J A S.

RELIEVE MATERIALISTA DE HUGO WAST

LA aparición de Hugo Wast en la literatura argentina coincide con los primeros signos del industrialismo, y por ende, las primeras concentraciones urbanas de importancia en el país. En la evolución social-económica de la república platense pueden distinguirse, al amparo de una generalización didáctica, tres grados importantes. El primero, agrario, agropecuario por decir mejor, de lucha entre la organización institucional y el caudillaje. La vida argentina se desenvuelve, principalmente, en el campo. Es la época de preeminencia para los latifundistas y los generales. La literatura que le corresponde, salvo excepciones más o menos gruesas, es una literatura gauchesca, extra-urbana, a veces influída por la pasión o el ideal político. *Amalia* de José Mármol, el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento y el agudísimo *Martín Fierro* de José Hernández, son obras características de tal período.

Vencida la primera etapa, los inmigrantes, que arriban a millares, inician la transformación económica del país. La máquina y el industrialismo, aunque incipientes, provocan el crecimiento de los núcleos urbanos, en especial el de Buenos Aires, convertido muy pronto en gran ciudad. La vida social-económica transporta su eje. Comienza la hegemonía intelectual de la urbe y el tramonto del campo, reducido a un papel negativo y sumiso. Se opera la conjunción política en la capital federal. El caudillo, el generalote, tienden a desaparecer. La literatura también desplaza su eje. Se instala en las ciudades al cambiar el marco, la índole y la esencia de sus personajes. La vida de relación impone un ritmo nuevo a la creación artística, a pesar de esporádicos arrebatos individualistas. Se implantan los almacenes generales, se tienden tranvías eléctricos, corren ferrocarriles suburbanos. Todo ello ofrenda un gran público, brevemente ocioso y lector, chato y mediocre, característico de toda urbe naciente. El alma aldeana se retoca, pero sólo por fuera subsiste cierto primitivismo estético. La industrialización no es lo suficientemente poderosa como para brindar un nuevo tipo de hombre de gran ciudad. El pueblo, genéricamente, es un sufrido consumidor que compra todo a las industrias nacientes. Se produce, entonces, el auge de la compañía Lacroze, de la sociedad Gath y Chaves y de Hugo Wast.

En adelante, toda excursión literaria más allá del suburbio estará impregnada de ideología urbanística. Don *Segundo Sombra*

puede ser una excepción. Pero don *Segundo Sombra* no es una novela actual. En ella no figura ningún ferrocarril. Sus gauchos son gauchos de una época pretérita, cuando los aranceles norteamericanos y las maniobras de la Casa Bunge y Born no impedían formar un ambiente patriarcal, y hasta familiar y justiciero. En cambio, *Fior de Durazno*, de Hugo Wast, pese a su ubicación campesina, no es sino un común hecho de barrio, la seducción de una púber ingenua, arrancado a la letra truculenta de los primeros tangos y aderezado con una salsa romántico-sentimental, resabio del medioevo americano.

El tercer grado surge con la reciente intensificación industrial. Casi podría afirmarse que es típico de Buenos Aires. La gran condensación humana, el frote constante del hombre con el hombre, su aparición a la vida en un ambiente progresivamente refinado, desalojan los antiguos valores pasionales. El ímpetu bravío que vino del campo, y que el arrabal disfrazó en pasiones sensuales y dramas de bajo fondo, llega al centro urbano amansado y quieto. Triunfa el cine sobre el circo, el tango sobre la chacarera y el foot-ball sobre la doma de potros. Aparecen, entonces, los humoristas. El humorismo es un signo de madurez mental y no puede corresponder a una etapa feudal, o de artesanado. El brote de los humoristas argentinos, tan fresco y al mismo tiempo tan violento, es un signo más de la transformación del país.

* * *

Desde luego el señor Wast no es un humorista, aunque haga humorismo sin saberlo. El señor Wast pertenece íntegramente al período de la transformación. Por eso en su obra se confunden, se balancean y chocan las dos tendencias opuestas: la agraria y la industrial.

El mismo es un caso de tal maridación. Es un hombre fecundo, de una bíblica y campesina fecundidad. Su prontuario novelístico es extenuante y aterrador. Además, cumple su papel de multiplicador de la especie con un empuje verdaderamente agrícola. Dicho sea con todo respeto, pero el crítico no puede olvidar que el señor Wast es padre de once criaturas y de catorce novelas. Esta es la faceta medioeval y primitiva del señor Wast, en una época donde triunfan el matrimonio sin hijos y la especialización científica. Pero Hugo Wast no ha desdeñado las enseñanzas del siglo capitalista. Y sus novelas son una especie de racionalización o taylorización de la literatura. El es una verdadera fábrica novelística, incansable y veloz, perfec-

tamente concedora del mercado de consumo y de las difíciles habilidades de la propaganda. El señor Wast, la máquina de escribir y la lectora del subterráneo han operado una confluencia histórica.

Pero no sólo su acción personal se resiente de la posición intermedia que ocupa Hugo Wast. También su ideología se encuentra matizada de presiones opuestas. Por una parte suele acudir a cierto realismo sensacionalista, muy de ciudad grande y *Crítica* 5.^a. Pero por otra mantiene su vinculación con la Iglesia Católica. Aquí reaparece el hombre del feudalismo, católico, apostólico y romano, convicto y confeso. Todos sus libros cuidan muy bien no herir las conveniencias y enseñanzas de la Iglesia. Al contrario, suelen contener su defensa o su exaltación. De pronto el señor Wast suele prorrumpir en arrebatos místicos, en arengas catolizantes, como un nuevo cruzado que luchara heroicamente contra la triste corrupción del siglo. Es cierto que esta aptitud o filiación romanística le asegura la incansable propaganda del clero. Es cierto que las obesas madres católicas recomiendan a sus niñas cloróticas la lectura del novelista creyente. Pero sería una malignidad pensar que el señor Wast es católico por interés. Hijo de un ambiente familiar casi teológico, educado en colegios oleados y sacramentados, el señor Wast puede ser católico por convicción. Lo otro, apenas será una rienda que ate para siempre todo impulso apóstata o heterodoxo.

El señor Wast y su vasta familia viven exclusivamente de los libros. Esto es algo excepcional en nuestro continente. Señala un extraordinario éxito del autor, que le ha valido la envidia de todos los anónimos fracasados. Pero señala, también, una esclavitud con el gran público y sus mediocres aptitudes, que origina la crítica de las minorías renovadoras. Obligado a satisfacer la demanda creciente de niñas que sólo aspiran a leer libros rosados y tranquilos, el novelista de los almacenes generales y los tranvías suburbanos produce obras mansas, lechosas, rebosantes de sentimentalismo meloso, llenas de buenos ejemplos y rasgos conmovedores. El señor Wast no es para el público que sufre y ama las cosas grandes y hermosas. Es un autor para la burguesía tranquila y rolliza, que quiere apartar de sí el espectro del desasosiego social. El señor Wast cumple su cometido puntualmente. Año tras año ofrenda sus obras aterciopeladas, donde hay niñas que hacen su primera comunión, novios que besan en las manos, hijas que se arrepienten, y donde flota, en un telón de fondo, el aura sacrosanta de un catolicismo triunfador. Las primeras concentraciones urbanas

han creado esta demanda. Por una razón económica ineludible, Hugo Wast no puede renunciar a su industria. Y, por el contrario, la acelera y perfecciona.

* * *

Pese a todos los remiendos catolizantes, los triviales argumentos del señor Wast están teñidos de un urbanismo de la época capitalista, aunque jamás aborde las consecuencias sociales de las situaciones que plantea. Acude a ellas sólo para dramatizar la acción, enredar al lector y llevarlo preso en las mallas de la trama, pero sin detenerlo en una reflexión, sin abrirle los surcos fecundos de la duda o la inquietud.

Únicamente satisface Hugo Wast como paisajista. Y es que, además de novelista, el señor Wast es pintor. Sus paisajes son sin alma, puramente objetivos. Pero no puede negársele una singular condición para describirlos sin cansar al lector.

Convendría referirse, aunque fuera someramente, a las principales novelas del fecundo autor. Pero ellas han dado vuelta a América en hombros de la vulgaridad. *Flor de Durazno* ha sido el libro de viaje de toda la burguesía argentina en tren de turismo. El drama de la campesina engañada que toca la puerta de las casas ricas para trabajar como sirvienta, ha producido innúmeros sollozos. Para el señor Wast y para sus lectorcillas perfumadas no puede existir cosa peor que esa: pedir trabajo material. El episodio final, cuando el abuelo campesino niega a la abuela aristocrática la venta o posesión de la nieta, constituye una solución católica donde, además, se adula ingeniosamente el corazón y poder de la gran burguesía nacional.

Con *Desierto de Piedra* el señor Wast obtuvo los treinta mil pesos del premio nacional de literatura. Alguien llamó a esta obra el *Desierto Literario*. Se trata de otro argumento vacilante entre el tango y el cinematógrafo, incoloro e insípido, y que, sin embargo, devoraron con fruición los mansos lectores de Hugo Wast.

Sería ocioso referirse a libros como *Casa de los Cuervos*, *Esfigas de Ruth* y otros que tuvimos el buen gusto de no leer. Sólo cabe escoltar este relieve recordando su última obra: *Quince días de sacristán*. El señor Wast relata en ella, con humilde prolijidad, la forma en que acompañó a Monseñor D'Andrea, gran Pontífice de la Iglesia argentina, en un hipodrómico paseo por Europa. El galope de ambos personajes por las tradicionales ciudades europeas se encuentra deliciosamente descrito. Catolizantes y ortodoxos, obispo y autor visitaron entre otros

focos de la intelectualidad europea, la Abadía donde mora la hermana de una santa de última moda: Teresita de Francia. Los coloquios están fielmente transcritos. El lector se conmueve y transporta. Entornando los párpados se diría que es el medioevo que retorna al conjuro de la palabra sedosa del señor Wast.

Pero abrimos los ojos y vemos una Argentina nueva. Fábricas enormes, con un proletariado numeroso, conventillos hirvientes, donde una humanidad joven está forjando otro espíritu. Escuchamos la voz demoledora de los humoristas. Hugo Wast y su época se van haciendo sombra, eco, humo, nada. Mujeres alegres y fuertes, desprejuiciadas y comprensivas, se ríen del autor de las novelas acarameladas y melifluas. Hasta su apellido ha entrado en decadencia. Ya no se dice Zuviría. Ahora se dice «Zuviriola». El, entre tanto, sigue envuelto en sus inciensos. El novelista de los almacenes generales ya no trasciende a Houbigant. Apenas a sahumero. La Iglesia lo arrastra hacia un altar.—MANUEL A. SEOANE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

AL MARGEN DE UN LIBRO RECIENTE

SE dice con frecuencia que el escritor no ocupa la digna posición que a su categoría corresponde, ni ejerce la acción social que de él reclaman, con singular urgencia, las circunstancias de la hora presente. Realmente no existe en Chile una clase intelectual. Sólo se cuentan entre nosotros los elementos que podrían servir de extremidades a su constitución orgánica: el investigador y el creador, aislados entre sí. Y mientras aquél censura a éste por su falta de precisión, su intrascendencia, el literato reprocha al erudito su acartonamiento y la carencia de espíritu de selección. Con respecto a estas apreciaciones, bien pudiéramos hacer notar que la menor o mayor importancia de un historiador es percibida generalmente por la mayoría, teniendo en cuenta las dimensiones de su documentación, mientras que la valorización de un literato sólo puede ser apreciada por una *élite*. En todo caso falta un tercer elemento destinado a servir de nexo entre estos extremos, para la formación de una clase intelectual. Y ese término medio, llamado a fijar rumbos definitivos, en medio de las estridencias de creadores e investigadores que se combaten, no puede ser compuesto por una fracción de literatos, en gracia de su indocumenta-

ción, ni por una fracción de eruditos, en virtud de su falta de espíritu literario, de la pesadez producida en sus escritos por la aglomeración de antecedentes históricos. Para salvar estos inconvenientes y colocarnos en situación de poder prescindir de un tercer elemento, sería necesario el concurso de los estudios clásicos, que proporcionarían conocimientos básicos a los creadores y facilitarían a los investigadores esa gimnástica de las ideas, que les es tan necesaria para no convertirse en majaderos. En nuestro entender, el mal reside en la importancia que se concede a las peculiaridades del temperamento. En Chile, el novelista, el cuentista, el poeta proceden por intuición. Hay todavía quienes sustentan la teoría del poeta inspirado. Y los investigadores obedecen a otra especie de impulso intuitivo, que se traduce en la fiebre de acopiar antecedentes, de acumular datos precisos, documentos y fechas, por simple curiosidad.

Sólo cuando la razón ordene y discipline todas las tareas intelectuales se dignificará la situación del escritor y adquirirá éste la trascendencia social que le corresponde. Sólo por este camino hallaremos el elemento aglutinante que nos hace falta para constituir una clase. Y a nuestro parecer, hemos de encontrarlo en la crítica.

Para ello es necesario que los hombres consagrados a esta cesen de apoyarse en el buen gusto y el prestigio de dos o tres lecturas escogidas, al determinar sus veredictos. Queremos encir con esto que ha de cesar esa forma de crítica intuitiva que se hace hoy día, en la cual ejercen influencia preponderante los impulsos cordiales, y que no está destinada más que a encauzar, en uno u otro sentido, los resultados editoriales, sin mayores preocupaciones por la interpretación filosófica.

Para lograrlo es necesario, ante todo, información y análisis. Cónforme al enunciado de Sainte Beuve:

Ser crítico es someter todo a examen: las ideas y los hechos, y hasta los textos; es no proceder en nada por prevención y entusiasmo.

La copiosa información que el crítico requiere no ha de estar constituída por una suma de cultura generalizada, adquirida de noticias dispersas, de lecturas heterogéneas, sino que ha de ser la reunión de antecedentes cuidadosamente seleccionados, cuya exactitud haya sido medida a la luz de documentos, cuya trascendencia sea calculada sobre la base de comparaciones, teniendo en cuenta un plan fijado de antemano y respetando una disciplina.

En este sentido el tipo ideal de crítico es aquel que se produce

frecuentemente en Europa y que con una constancia admirable acumula en artículos y pequeños trabajos los elementos destinados a componer una obra de grandes proyecciones, que da a la publicidad cuando se encuentra en el cenit de su existencia. El hombre maduro, aquel que a los cuarenta años publica un primer libro, concienzudo, completo, sin correr riesgo de desmentidos, sin temor a la caducidad de la obra literaria, y el individuo especializado en la literatura de un idioma, una época o un autor, son preferibles a nuestros niños precoces, que dejan de ser inéditos a los quince años para encontrarse a los treinta con que nada subsiste de su primer empeño, y a los críticos de conocimientos generales, que han de apelar a las divagaciones y al elemento lírico, para poder hilvanar y dar a conocer dos o tres observaciones ajustadas, uno que otro dato interesante.

Un cambio de rumbos, un olvido de esas prácticas hasta ahora usadas, significa la aparición de *Rubén Darío y Chile* (1). Raúl Silva Castro muestra en él un propósito serio de investigación, de manera que ese trabajo no significá a sus ojos más que el primer aporte que hace a una obra, en la que algún día hayan de resumirse sus estudios, no como hijos de sugerencias circunstanciales, sino como la resultante lógica de elementos analizados aisladamente y luego comparados entre sí. Son sus propias palabras:

Hay más, mucho más que decir de la relación de Rubén Darío con Chile y los chilenos. El autor anhela tener ocio suficiente para completar esa obra que esperan las letras nacionales, y entretanto ofrece las herramientas indispensables para todo el que quiera hacer una obra semejante y no tenga ánimo para entregarse a la fría y árida labor bibliográfica (Pág. 50).

Pero el ser crítico comprende una segunda obligación, la de realizar, ya en posesión de todos los antecedentes, el análisis de éstos, su interpretación filosófica, para fijar el alcance de cada factor literario, las influencias sufridas o ejercidas por los autores, la trayectoria de las obras, su destino en el medio social.

(1) *Anotaciones bibliográficas precedidas de una introducción sobre Rubén Darío en Chile*, por Raúl Silva Castro. Imprenta «La Tracción», Santiago, 1930. Este volumen forma parte de la colección de publicaciones del *Boletín de la Biblioteca Nacional* en la cual han aparecido los siguientes trabajos: *Memoria del Servicio*, 1929; *La imprenta en la América Española*, por Luis Ignacio Silva; *Biblioteca Masónica*, por Benjamín Oviedo Martínez. Tenemos noticia de que en una fecha próxima el mencionado Boletín dará a la publicidad una bibliografía de Blest Gana, otra de *La Voz de Chile* y una obra fundamental sobre las *Fuentes bibliográficas para el estudio de la literatura chilena*, en la que trabajan los señores Oviedo Martínez y Silva Castro.

El verdadero crítico es para mí el *animador*, en el sentido propio de la palabra; da un alma a la obra de arte que, por sí misma, no es más que una especie de cuerpo simplemente material (1).

De este modo, el crítico coteja y relaciona los elementos literarios, al par que reúne en sí mismo las aptitudes y características de los grupos extremos de la intelectualidad, el creador y el investigador, ejerciendo en cierta medida las funciones de ambos y constituyendo el término medio, el aglutinante a que nos hemos referido anteriormente.

El principal mérito de *Rubén Darío y Chile*, a juicio nuestro, consiste en su condición de aporte a una obra futura y en su calidad de investigación concienzuda y analítica, alejada por completo de *prevenciones y entusiasmos*. Este pequeño volumen representa la primera piedra de un inmenso edificio, en cuya construcción ha de intervenir principalmente Raúl Silva Castro, si no se aparta del sendero trazado por él mismo y nos ofrece, al cabo de unos cuantos años, un estudio completo acerca de la trascendencia de Darío en América.

* * *

Es necesario tener presente que en el crítico las funciones del investigador y las del *animador* (creador), no han de hallarse aisladas entre sí; no olvidar la condición de *suma* que debe asistir al espíritu crítico. Porque investigar, en este caso, no significa acumular, sino más bien desglosar acontecimientos e informaciones. El crítico debe descubrir la noticia imprescindible, como el pintor ha de adivinar el rasgo esencial de la fisonomía que comunicará carácter al retrato. El hecho no es más que lo que dice Raúl Silva Castro, *una herramienta*. Y es menester distinguir desde un principio, entre todas las herramientas, cuál ha de ser la utilizable.

En *Rubén Darío y Chile* se ha realizado esta tarea cumplidamente. El autor de la Introducción y de los comentarios a las fichas bibliográficas ha tenido que salvar numerosos inconvenientes y establecer diversos alcances, para lograr exactitud histórica y fijar la trascendencia que algunas circunstancias tuvieron en la vida del poeta. Curioso es comprobar que gran parte de esas dificultades surgen del examen de la *Autobiografía* de Darío; y observa de paso que los escritores que alcanzan fama universal no se resignan fácilmente con una relación monótona de días iguales, sino que aspiran a presentar una vida

(1) León Pierre-Quint.

poblada de contrastes y efectos teatrales: la gloria, tras la inquietud y los negros días sin pan; todo menos esa atonía de la vida burguesa del modesto empleado o el correveidile de los diarios.

Se esclarecen, en la Introducción que comentamos, la fecha de la llegada del poeta a Valparaíso y las circunstancias que rodearon la publicación del artículo necrológico sobre Vicuña Mackenna. Luego se precisa lo relativo a la crónica deportiva que, al decir del poeta, le valió la expulsión del periódico, por escribir *demasiado bien*, lo que aparece como inexacto a la luz de los antecedentes reunidos por Silva Castro. Finalmente, una nota aclaratoria acerca de la fecha en que fué compuesta la conocida décima a Campoamor. Estas que parecen nimiedades a primera vista, no lo son tanto en realidad, y su precisión contribuirá a esclarecer muchas dudas, si se hace aquel trabajo de interpretación que todos esperamos, relativas a las influencias, al ambiente en que vivieron Darío, sus imitadores y detractores.

Con todo, las más trascendentales sugerencias residen, para nosotros, en el capítulo tercero, dedicado al Certamen Varela. Allí encuentra base quien quiera investigar acerca de una situación social, con el propósito de realizar un trabajo, al margen del poeta y de su obra. Por el momento, nos limitaremos a recoger una afirmación y a comentarla brevemente. Según ella el premio dispensado a Rubén, compartido con don Pedro Nolasco Préndez, correspondía a la cantidad de seiscientos pesos, pesos de 1887, que equivalen, en valor específico y adquisitivo a la cantidad de cinco mil pesos actuales. ¿Qué poemas, qué colección de poemas, recibirían hoy día una recompensa tan crecida? ¿Qué concurso de iniciativa particular ofrece, actualmente, tantos incentivos?

A medida que la cultura se ha difundido, ha perdido en intensidad. Este mal inevitable ha conducido a la desvalorización de la obra literaria y ha transformado la fisonomía de los diferentes órganos de publicidad. El periodismo es noticioso ahora; noticioso y mal escrito; con una tendencia al magazine que representa un atentado contra las bellas letras. Para comprobar esta afirmación no tenemos más que cotejar diarios actuales con algunos del siglo pasado. Encontraremos, por ejemplo, en *La Epoca* de 1888, la publicación de versos de Soffia y Cañas, correspondencias sobre literatura científica alemana, por el Dr. Polakowski, cuentos chilenos y extranjeros, artículos de costumbres, bibliografía, una interesante sección denominada *Paisajes y costumbres*, en la cual se insertaban crónicas de viajes y noticias folklóricas, y finalmente la colaboración asidua de per-

sonajes, como Jules Simon, cuyos escritos se publicaban, en una misma edición, en francés y castellano.

Luego, si investigamos en lo referente a las compensaciones que en el pasado siglo recibían los intelectuales, podremos comprobar que en 1850 *El Mercurio* pagaba a Jotabeche, por cada artículo, una cantidad de onzas equivalente a doscientos pesos de hoy día. Más tarde, Rómulo Mandiola recibía en *El Independiente* treinta pesos de la época, por cada uno de sus escritos. Y don Benjamín Vicuña Mackenna percibía, además de su sueldo de redactor de *El Mercurio*, la cantidad de cincuenta pesos por artículo. Para comprender la magnitud de estas remuneraciones, hay que tomar en cuenta que en tiempos de este último publicista, el Club de la Reforma pagaba por su local (Calle de Huérfanos N.º 46, entre Claras y Miraflores), tan amplio como para poder efectuar en él las reuniones públicas que su carácter político demandaba, un canon de veinticinco pesos mensuales.

De este modo se explica que hombres como Vicuña Mackenna, que no tenían otro haber que el de sus ahorros, legaran a sus descendientes una suma suficiente como para que pudieran subsistir con decoro. Mientras que hoy día un hombre de letras, creador, investigador o crítico, se ve obligado a escribir más de cuarenta artículos en treinta días para poder lograr la fantástica (?) cifra de mil quinientos pesos mensuales, con la cual sólo puede vivir en medio de muchas dificultades.

¿Cuáles son las causas determinantes de esta situación, los elementos que han contribuido a ella y el remedio que puede oponérsele? Sería interesante averiguarlo, porque un estudio de esta naturaleza abarcaría la investigación acerca de una serie de factores sociológicos, cuyo esclarecimiento acaso contribuiría a explicar otras evoluciones experimentadas en diversos géneros.

En resumen, los apuntes publicados por Raúl Silva Castro pueden servir de base a una nueva orientación de la crítica. El solo enunciado de esta afirmación revela la importancia de aquellos y las perspectivas que se ofrecen a este intelectual, del cual podemos esperar una obra completa, cimentada en investigaciones y valorizada por un magnífico ensayo de interpretación.—

F. ORTÚZAR VIAL.

MIRANDO HACIA LA OTRA EUROPA

LA CAPITULACIÓN DE UN RÉGIMEN

NO se trata del fracaso de la III República, cotidianamente repetido por los doctores de la «Acción Francesa», León Daudet y Charles Maurras. Invitamos a nuestros lectores a un pequeño viaje de ida y vuelta a la «otra Europa». El panorama tiene como marco la Rusia de los Soviets. Es de gran interés, a la hora actual—en esta primavera del Viejo Mundo, desnudada de nieves y cargada de augurios—, registrar lo que el sismógrafo indica mirando «hacia la otra llama». El sensible instrumento señala con precisión obvia una derrota importante del gobierno de Stalin, el todopoderoso señor de la estepa.

Este jefe tremendo, que durante largo tiempo se había empeñado en hacer figura de *moderado*, para oponerse a Trostky, su rival y fervoroso partidario del comunismo extremista, concluyó a la postre después de la evicción del ex-comisario de guerra, hoy desterrado en Constantinopla, por adoptar las doctrinas y los principios de éste. El zar rojo se ha convertido, poco a poco, en el *más puro de los puros*. Al que antaño se llamaba «rey de los Kulaks», o sea algo así como líder o director de los acaudalados campesinos, que poseen abundantes recursos y pan blanco en la artesa, se ha trocado en el hombre de la falaz muchedumbre, y hace oír, como preludio de amenazas perentorias, su grito de guerra contra los cultivadores pudientes. Su gobierno ha acordado suprimirlos y habrá saña contra ellos hasta que no quede uno con vida útil. Es la poda al machete desde el cabo a la raíz. Esta ruina metódicamente organizada de los rurales capaces de contratar a jornaleros para trabajar sus tierras, es lo que se denomina la *dekulakización*.

Como es sabido, la caza de los Kulaks dió principio desde hace años. Comenzó la ofensiva denunciándolos como fautores del antiguo régimen. En la actualidad, los agentes regionales de Stalin apellidan *Kulak* a todos los que ellos se proponen perder, perseguir y expropiar. El ideal del momento es obligar a todos los ciudadanos del agro a laborar en los dominios del Estado en calidad de asalariados, y forzarles a que abandonen

todos sus bienes terreno — no importa lo modestos que éstos sean—en beneficio de la máquina colectiva. Retorno al cautiverio de la gleba—comentan los adversarios del régimen.

Como era de vaticinarse, la Rusia rural se ha sublevado. Los *Kulaks* desposeídos se han refugiado en las montañas siberianas, donde se disponen a organizar guerrillas para ejercer sangrientas represalias. Les ha llegado el turno, ahora, a los campesinos modestos de las aldeas, quienes se acaban de rebelar contra el sistema comunista, después de una brusca y precipitada acometida oficial. Frustrada dicha ofensiva, Stalin y sus prosélitos de Rusia y del extranjero proclaman que los agentes soviéticos son culpables de excesos de celo, que esos desmañados se han propasado en las instrucciones del gobierno bolchevique. En pocas palabras: es toda una retractación en regla.

¡Pero en qué tono ha sido hecha esta denegación! En una hoja revolucionaria francesa, el redactor comunista escribe con lágrimas en los ojos:

Que los campesinos que entran a formar parte de una explotación colectiva puedan guardar a título de propiedad individual algunas gallinas y una vaca (una solamente), esto no pondrá en peligro al socialismo (es un comunista quien habla); unas cuantas gallinas y una vaca no son suficientes para servir de base a la acumulación, para permitir a ciertas gentes el adquirir medios de explotar a sus semejantes. Por lo contrario, varias gallinas y una vaca, forman parte de la familia (textual). Se comprende que los hombres del campo hayan querido conservar individualmente el usufructo de sus animales domésticos, como se desea tener individualmente el usufructo o la posesión de su cama y de su sombrero.

A su vez, el periódico soviético de París, *L'Humanité*, ha referido ingenuamente numerosas historietas de campesinos despojados de su humilde haber y a quienes hubo que restituirseles su bien. El órgano de los comunistas explica, conforme a la versión de Moscú (naturalmente), cómo el *equivoco* se produjo, de resulta, según parece, de los excesos de celo de los subalternos...

Se registraron faltas inadmisibles, tales como la *dekulakización* de los campesinos de medianos recursos y de los campesinos pobres. Muy a menudo algunos colectivistas demasiado «consecuentes» comienzan al segundo día de la organización de un *kolkhose* (granja, hacienda soviética), la *socialización* de todo el ganado particular: vacas, puercos, aves de corral, así como frutas, flores y legumbres de los jardines y huertas, etc., sin tener en cuenta para nada la importancia y el número de lo que de todo ello utiliza cada campesino.

¡Restituid! ¡Restituid!, burócratas demasiado «consecuentes», intolerables metedores de pata, ¡intérpretes inconscientes de los amos de la Guepeu! ¡Y rápidamente! ¡Porque váis a dar al traste con toda la desvencijada maquinaria del dios Lenin!

A través de las informaciones disparatadas que nos llegan de la «otra Europa», fácil es entrever que las luchas en las localidades agrarias han asumido un cariz de violencia extraordinaria, sobreexcitadas además por las querellas religiosas. En un poblado de la Rusia Asiática un bolchevique más rojo que la sangre fué quemado vivo; los detalles de su muerte son espeluznantes: al intentar escapar a las llamas, un grupo colérico y vesánico regó su cuerpo con petróleo para acabar de una vez con esa antorcha humana... No se sabrá nunca la décima parte de esos dramas sordos que se adivinan, que apenas se comprenden... y a los cuales la censura les barre el camino dentro y fuera de ese fabuloso infierno de hambre, miseria y desesperación. Pero Moscú ha reaccionado—y es ésta la última faz del régimen y por ello llamamos la atención del público—; los Soviets se han dado cuenta de que había mucho riesgo en despertar, gratuita e impunemente, el odio de los campesinos, y, por ende, de los obreros, ya que casi todos éstos proceden de familias rurales. Los Soviets han perdido terreno, y oficial y doctrinariamente, han retrocedido unas cuantas leguas.

Expliquemos el párrafo anterior. Al tomar los bolcheviques las riendas del gobierno en Octubre de 1917, diciendo *urbi et orbi*: «Todo el poder a los Soviets, toda la tierra a los campesinos», compraron el silencio de la aldea con el desposeimiento del gran propietario. Cuando pasaron al segundo acto, suprimiendo la clase de los campesinos acomodados, de los *Kulaks*, largo tiempo tratada con circunspección, finalmente herida de muerte, no encontraron—con excepción de sus víctimas directas—ninguna dificultad. Cuando pretendieron suprimir, después de la gran propiedad, después de la mediana propiedad, la pequeña propiedad, han desencadenado la tempestad en todos los villorrios.

Cuando el colectivista inscribió en su registro, para pasarlo luego al libro mayor de la «comunidad», lo que pertenecía a cada uno, su diminuto ganado y su gallinero, la protesta y la

indignación fueron generales. Y, al fin de cuentas, ante los cuernos de la vaca lechera, ante el hocico del puerco y ante el pico de la gallina y la pata del ganso, *los Soviets se han visto obligados a ceder...*

Frente a la insurrección aldeana, el sumo sacerdote Stalin se bate en retirada quemando los últimos cartuchos. Es verdad —y no desdeñe el lector este detalle—, es verdad que al lado de las mansas bestias y de las aves de corral, figuran el mujik, su mujer y la larga y dolorosa cadena de hijos. Todo un pueblo, y casi tiene uno ganas de escribir: ¡Todo un mundo!—CARLOS DEAMBROSIS-MARTINS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

EUGENIO GARZON, PROFESOR DE CONCORDIA

EL *Imparcial*, diario prestante de Montevideo, está publicando fragmentos de un hermoso libro de don Eugenio Garzón, intitulado *Mis Patriadas*. En él evoca el noble patrio figuras históricas de una época fenecida, actitudes de afirmación y rebeldía, el quijotismo de sus mocedades, la ardua empresa de una generación que establece libertades civiles. El relato es ameno y libérrimo; en él se maridan la añoranza y la admonición, el himno patriótico y la melancolía. A veces parece grave testamento, otras canto de alacridad y de esperanza. El historiador de una viril epopeya castiza huye de la retórica, narra sencillamente, conmueve con algún rasgo inesperado o una imagen que enlaza soberbiamente la tierra nutricia y la acción humana.

Don Eugenio Garzón, a quien llaman familiarmente sus amigos don Eugenio, ha sido siempre el caballero andante y militante de muchos ideales. Hijo de un Libertador, del General Garzón, a quien han consagrado recientemente homenaje muchas de nuestras repúblicas, él también interviene en la ruda gesta de su nación con gallardía y entusiasmo. «La enfermedad del alma, acaba de escribir recordando a Clemenceau, es la frialdad», y él ha sido siempre adalid ardiente, cruzado sin reposo, soldado andariego por tierras ásperas, resuelto en todo instante al sacrificio.

Hombre de todas horas, habría dicho de él Gracián. Elegante sin incurrir en dandismo, ama la acción y el mundo; se

bate en duelo y escribe madrigales; un donjuanismo de buena ley lo atrae, pero su *garçonnière* de la rue Daru es propicia al estudio, ostenta en los anaqueles ediciones de los clásicos castellanos. Preside una mesa con elegancia, sabe llevar un chaqué impecable y recuerda con extraordinaria precisión acaecimientos históricos, engarza anécdotas, ordena fechas, explica la influencia de grandes políticos uruguayos.

Es ciudadano de París, de la «ciudad acústica» que ha descrito en un libro personalísimo; mosquetero en los bulevares, conquistador de los salones de *El Fígaro*, diario parisino que tomó hace treinta años por asalto. Estableció en él una manera de tribuna y se dedicó a revelar la vida de nuestra América no con fácil elocuencia sino con cifras y documentos. Crónica que convencía a los financieros y a los hombres de negocios, que estudiaba nuestro esfuerzo operoso y la seriedad de nuestras luchas. En todos los caminos donde hoy se asocian la amistad sudamericana y la simpatía francesa tropezamos con alguna iniciativa de don Eugenio Garzón. Él supo ajustar voluntades, suscitar simpatías, estimular curiosidades, coordinar nociones.

Un incomparable desinterés lo guiaba en esas campañas. Don Eugenio decía «mi América», con el fervor de quien recuerda a Dulcinea, como genuino servidor de Ariel. Ponía en su actividad discreción y silencio para redimirnos así de nuestro tumulto habitual y de nuestra exuberancia. «En mí se esconde el árabe», observa con frecuencia sonriendo; es decir, el hombre de las soledades tristes que observa y calla. Entre conquistadores del oro y advenedizos adinerados, se mantenía austero y sincero, opuesto al tráfago vulgar. Enhestando voluntades, aplaudía tentativas, pero sobreponía en toda ocasión la elegancia a la utilidad, la armonía al inferior combate de los apetitos. Nadie pudo ganarle para tareas de división en América, para elevar a determinada nación en detrimento de otras y afirmar, con nefaria vehemencia, provincialismos o nacionalismos. Según la tradición de Bolívar, él enseñaba, con pertinaz lección, los beneficios de la unidad moral y del acercamiento económico.

Aristócrata, patricio descendientes de españoles, ligado a lo pretérito con natural ufanía, no por eso desconoce el señor Garzón las modernas condiciones de nuestra existencia democrática. Al contrario, declara que el honor lo mismo puede refugiarse en las casonas españolas que en el humilde rancho, en el campo bárbaro y en la ciudad señorial. Él quisiera asociar a las clases en el esfuerzo presente, combatir todo estéril encono y al mismo tiempo pedir a la gente moza, al aluvión cosmo-

polita, que no olvide batallas de gloriosa resonancia, héroes de ayer como aquellos evocados por Carlyle que son perennes fuentes de luz; el grave y magnífico empeño de la generación libertadora y de la generación constructora. Combate la extrema modernidad que lleva a olvidar el acervo de las glorias castizas. Sin ser *laudator temporis acti*, se inquieta al contemplar el vértigo, el dinamismo, la frivolidad del *Cocktail party*, el frenesí contrario a la meditación.

Como «celador» de las glorias nacionales, como lucido consejero y como augur, don Eugenio teme sobre todo a las revoluciones. Me parece que llegaría a afirmar, siguiendo a Goethe, que ha de preferirse una injusticia al desorden, sobre todo en pueblos incipientes donde el debate sangriento de las facciones puede destruir la unidad. El ejército que él distingue de lo que denomina «la secta militar» debe contribuir a avigorar el patriotismo y a ligarlo no a individualidades transitorias sino a sentimientos y a ambiciones permanentes.

Hoy se presenta como creador de armonía y profesor de concordia. Ofrece un «evangelio político» a las nuevas generaciones de América. Ni discordia letal ni apresuramiento. Defensa de las instituciones, colaboración con el tiempo para que la obra sea sólida y durable, evolución y no revolución. Ante las crisis frecuentes en la historia del Nuevo Mundo, el escritor aconseja esperar, porque ellas pasan y los pueblos perviven, y nada se obtiene desquiciando con el combate de los partidos los frágiles basamentos de nacionalidades apenas formadas.

Mantener el orden y conciliarlo con la libertad, aceptar la crítica y evitar el desgobierno, avigorar la autoridad y no oponerse a la discusión libre, tal me parece el ideal de este evangelio político. Elogia el señor Garzón a Batlle y Ordóñez, el firme caudillo, y al presidente de estos días del centenario, el señor Campisteguy, porque no incurrieron en desmesura y, en el foro agitado por pasiones necesarias, han contribuído a fundar un régimen estable. Escuchemos el justo elogio del Uruguay presente hecho por el autor de *Mis Patriadas*: vida filosófica, experiencias jurídicas, leyes que redimen al hombre del imperio de la servidumbre, todo ello pasma a los observadores sudamericanos y revela que culmina en la democracia uruguaya el esfuerzo político y social de un siglo de historia americana.

Ejemplar enseñanza la del hijo y continuador de un héroe epónimo, de uno de los padres de la patria. En los umbrales de una nueva edad, cumplidos los primeros cien años de una existencia difícil y patética para su pueblo, él ata a las generaciones sucesivas con los vínculos de una fecunda solidaridad,

exalta con la autoridad de su vasta experiencia lo pasado sin desdeñar tampoco lo actual, y, de pie frente al porvenir, como figura profética, anuncia que la viril democracia, si evita antagonismos y mantiene libertades esenciales, ejercerá perpetua influencia espiritual sobre los destinos de la América eviterna.
—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LITERATURA Y ACTITUD AMERICANA

JUZGAR la obra, no a la manera habitual de los críticos literarios que la ponen siempre al servicio del esquema anticipado que suelen formarse de la Literatura, sino relacionándola con cierto tono vital que predomine en la época, buscando la correspondencia entre la forma y el contenido, puede ser una labor muy esclarecedora de experiencia crítica. Distinguiríamos así cierto estilo propio de cada generación, que descontando los elementos extremadamente individuales, o aquello muy general de la técnica literaria, nos revelaría la actitud espiritual de una época ante el mundo, porque como quisiéramos comprobar, no es indiferente que en el dominio común de cada período literario prevalezcan con exclusión de otros ciertos adjetivos o epítetos; haya toda una estructura de metáforas, surjan expresiones con valor casi simbólico de signos para la inteligencia o la comunicación colectiva. Justamente en nuestra América, tierra todavía de colonización espiritual, y donde, por lo tanto, los pensadores originales son escasos, esta valoración de estilo y obra, nos ayudaría a fijar el perfil de cada generación, las ideas que asoman en el horizonte, la temperatura de la conciencia contemporánea. Comparar, por ejemplo, en nuestro pequeño mundo intelectual, una página de Rodó escrita hace quince años con una página reciente de Mariátegui, nos revelaría el camino recorrido en ese tiempo por la inteligencia y la sensibilidad americanas. No se trataría precisamente de analizar ideas: se nos objetará que Rodó es un plácido liberal y Mariátegui un revolucionario, pero hasta en aquel dominio que nos parezca menos contaminado por la pasión individual—un juicio artístico, una página de simple literatura—fijaríamos las diferencias y las distancias. Cada época, cada generación viene a realizar sus propios problemas, a buscar en el mundo intereses nuevos, y cuando no lo hace y se contenta con seguir bordando en el telar de la tradición, podemos hablar

de estancamiento y decadencia. De aquí la importancia de la posición revolucionaria: todo gran pensador, todo gran artista, en cierto sentido *es*, necesita *ser* un revolucionario. Junto a él parecen simples «compagnons», artesanos decoradores, los que se conformaron gorda y muellemente en conservar la herencia adquirida y no arriesgaron una carta nueva. Como lo dijo Jesús y su glosador Kempis el camino del ideal es incompatible con cualquier otro camino. Y hay que elegir entre la tibia estufa burguesa y el descubierta cielo tempestuoso por donde el rey Lear se pasea con el flotante manto saeteado de relámpagos. El tiempo siempre hace justicia. Cada generación entierra a sus muertos, y la muerte y la sepultación, como el nacimiento y la vida, son una necesidad histórica.

El escollo de toda educación oficial es que no siempre reacciona ante estas leyes vitales de la cultura, ante el imperativo que arrastra cada época, y vacila entre el pasado y el porvenir, sin entregarse a ese rumbo que intuye, que olfatea más bien, el animal o el baqueano. Nuestros grandes hombres de América no fueron precisamente el producto de una pedagogía oficial y plantada fuera del tiempo, sino los que vieron con sus grandes ojos abiertos, olieron con sus narices cargadas de instinto y aprontaron sus manos para la realización de la hora que venía. En Bolívar y en Sarmiento hay que elogiar la fuerza del instinto; ese sexto sentido que palpa y perfora las tinieblas. Así la actual vida americana tiene en oposición a la actual vida europea un ritmo épico y germinante—de algo que se está haciendo—, que comunica a las nuevas generaciones, como contraste del «despaisamiento» y la alquitarada decadencia en que otras quisieran vivir, una voluntad de acción. Junto a esta exaltación de americanidad que se echa a andar, por ejemplo, en las firmes espaldas de un Diego Rivera, creador de mitos, forjador de una nueva fantasía revolucionaria, continúan bordoneando como insectos que se quemarán a la llama, los propulsores de un arte sin realidad criolla que comen el alpiste manido de unas fórmulas de capilla europea, sin asidero en nosotros.

Pero lo que es posible ya afirmar siguiendo el ritmo de la hora histórica es que revolución (no una determinada revolución por un «ismo» determinado, ya que las circunstancias nacionales son diferentes), sino revolución en cuanto expresa cambio, firme despertar de las conciencias nacionales y actitud vigilante, y americanidad que enraíza en la tierra y se sumerge en la voluntad plástica del medio americano, serán dos rumbos indeclinables de la presente y la próxima hora continental.

Al cosmopolitismo y la visión abstracta de nuestros escritores

de hace veinticinco o treinta años, sucede hoy una visión concreta de la realidad americana. Antes nuestros escritores llegaban a lo americano de vuelta de lo europeo; partían del viejo mundo para justificar el nuevo, y España para los conservadores y puristas del tipo que fué frecuente en Colombia, y Francia para los radicales en Política y modernistas en Literatura, fueron arquetipos en que quisieron moldear su América. (Hubo también los exaltadores de lo anglosajón; y es curioso captar en el recio criollo que fué Sarmiento ese momento de duda cuando al salir de su visita a las escuelas de Concord y de Boston, piensa en Emerson y en Horacio Mann e idea un puritanismo sudamericano, una iglesia y una educación sin mitos para nuestras multitudes bronceadas. Naturalmente que el instinto de Sarmiento lo libraría después de esa ofuscación momentánea; prevaleció, por fin, el verdadero hombre que él era: todo instinto vital e iluminación fulgurante de la realidad criolla.) Hombres de más labrada prosa, pero de más débil personalidad: Rodó, García Calderón, estilizaron después su América al través de ornamentadas fórmulas europeizantes. Lo que en Sarmiento fué instinto, en ellos era fraseología. Más que para luchadores o apóstoles habían nacido para diplomáticos o para profesores de nuestras ampulosas universidades. Aunque intuyeran la verdad, no querían renunciar al adornado optimismo de su prosa. El culto de Rodó significó en un momento americano el gusto de las formas ornamentales y una ideología de tipo medio, muy honesta y poco peligrosa. En el año de 1910, el viejo hombre en quien aprendiera las virtudes del estilo y las leyes de la ironía demasiado intelectual, toda una generación de hombres criollos, Anatole France, llegaba a Sur-América al centenario argentino. Anatole France encarnó entonces para nuestros retóricos una cosa vaga y proclive a la declamación, que se llamaba la latinidad. En el memorable discurso de Montevideo, Rodó, que ya no era ese Rodó del juvenil retrato de las primeras ediciones de *Ariel*, sino un Rodó con gafas, ya gordo y cejijunto, saludaba al maestro francés como al sumo sacerdote de un espíritu y una tradición latina que también vivía en nosotros. Y en estas tierras de América veía Rodó dilatarse en retórica esa latinidad. No se le ocurría al profesor uruguayo otra fórmula americana que la que había aprendido en las suaves admoniciones de Renan y Guyau. Lo que el viejo France pensaba en ese momento de la latinidad de nuestros pueblos, su teatralidad de hombre que viene en misión de ceremonia, cerrado como buen francés a la comprensión de otros países, puede leerse en uno de los caústicos panfletos de Brousson.

Según Brousson con su auxilio y el del Diccionario Enciclopédico y unos nombres de héroes criollos aprendidos durante la travesía, se improvisó el homenaje de France a la Argentina. Lo demás era alquimia de literato, secreto de frases y adjetivos y número de la prosa, que conocen muy bien los hombres del oficio. Pero en el mismo año o a comienzos del año siguiente, Francisco García Calderón bajo una de las carátulas rojas de Flammarion—tan decidoras para la gente de nuestra raza—publicaba con prólogo de M. Poincaré sus *Démocraties Latines de l'Amérique*, libro que nos presentaba embellecidos e insistía también en esa reserva y prolongación de la culta Europa que nosotros constituíamos. Uno como individualismo dannunziano—a pesar de la Sociología—tornaba a su autor a ratos demasiado comprensivo y tolerante hasta de ciertas innegables estructuras bárbaras de nuestro medio americano, como esos caudillos azotes de sus pueblos, pero que en la fórmula de 1910 parecían individualidades jugosas, condotieros, productos de pueblos caóticos, pero ricos en posibilidades humanas. Así era un medio henchido de retórica modernista aquel de hace veinte años; tuvimos como nunca escritores alambicados y exquisitos, y la mayor aspiración de esos mansos estetas era colaborar en una bolnita revista gráfica que editaba en París Rubén Darío, o publicar sus libros en Ollendorf de París o *Renacimiento* de Madrid.

Ya penaban en el destierro en los últimos días del porfirismo varios mozos mejicanos. Y de la meseta mejicana, o del fondo de los valles donde los indios cultivan el maíz o la caña de azúcar del terrateniente, se fué elevando una conciencia revolucionaria que —dígase lo que se quiera—tuvo su expresión jurídica en la Constitución del año 17. 1917 y 1918, años de liquidaciones; el final de la guerra europea afirmó el balbucear de esa conciencia y la futura gran lucha contra el Imperialismo va dando a la nueva juventud hispanoamericana una fuerza de doctrina, un ímpetu colectivo que no conocieron otras generaciones.

El fenómeno se advierte en una serie de matices circunstanciales que, juzgados en función de la totalidad, aclaran el sentido de esta hora. Parte de esa juventud ya ni quiere llamarse hispanoamericana. En el deseo de acentuar su estrecha relación con la tierra, ha vuelto a lo indígena. El indio ya extinguido en algunos países o disuelto en medio de la población blanca, mestiza o mulata, representa el ensueño vernacular, la fórmula romántica de recobrar la tierra y la vuelta a esa hora dorada e irretornable en que la fiesta del Sol y las rap-

sodias divinas que fluían de los labios de los Amautas, fueron interrumpidas por el galope frenético de la caballería invasora. Romanticismo sin duda, pero los pueblos en trance de crecer necesitan de la inspiración del mito. El romanticismo indigenista de Perú o de Méjico, descontando todo lo circunstancial y patético con que nós aparezca en la hora presente, es en todo caso una afirmación de cultura y nacionalidad, y guardando las proporciones, podría ser para esos pueblos un motivo de creación estimulante como para la Alemania afrancesada y pseudoclasicista del siglo XVIII, el redescubrimiento de lo gótico. Por de pronto, ese repliegue sobre lo indio, ha permitido en los países aludidos la explicación de muchos aspectos de su psicología étnica y de formas de vida y de economía, sumergidas bajo el manto de una tradición europea, débilmente estratificada.

En la concatenación con el pasado que necesitan las naciones para continuar su ritmo histórico y que se llama la tradición, ahora nos interesan los hombres que ya intuyeran ese destino que dormía en sus pueblos, y contra el europeísmo y el elegante desarraigo de otras generaciones, irguieran—como una fuerza revolucionaria—su voluntad de «criolledad».

La relación con la tierra que pedíamos al escritor de América, está en el paralelo opuesto de la que puede tener el caudillo bárbaro. Este es la naturaleza en su flora primaria; aquel es precisamente el que viene a prender fuego al bosque virgen, para barbechar la civilización. Y hay un romántico encendimiento en esos hombres nuestros que tuvieron ímpetu y sacrificio suficientes para realizar esa épica labor de rozadores o leñadores. Como las ideas no se injertaban entre nosotros como en los países de trabajada tradición en suelo propicio, tuvieron que alzar ese incendio de lianas o pastos secos con que el habitante de nuestras selvas o llanuras inicia en un verano muy seco su labor de siembra y sedentaridad. Una tormenta sigue a esos escasos hombres que reaccionaron contra su medio y buscaron un clima más puro: la tormenta de Bilbao en el Santiago de Chile pelucón y de achaparradas casas de 1850, la tormenta del ex-fraile Vigil en el adormecido Perú de mediados del siglo XIX, la voz de González Prada enderezándose como una conciencia sobre una república peruana, vencida y en bancarrota. Es esta actitud del intelectual opuesta a la indiferencia bobalicona, disfrazada de serenidad con que otros es-

critores americanos vieron pasar la corriente turbia de nuestros problemas, la que nos conviene fijar como una ética y un derrotero para el escritor de América. Ella no quiere excluir la obra de arte, pero le pide a ésta, sin dejar de ser arte, más profundo arraigo en el medio. Aun desde el punto de vista estético, intenta superar la etapa de imitación externa que ha vivido el arte americano, por una creación más peculiar y propia. Nos interesa Diego Rivera no sólo porque es un pintor revolucionario (nomenclatura que pudiera estar fuera del arte), sino porque ha expresado con maestría una realidad revolucionaria que dormía en el alma de su pueblo. Así el artista crea o revela toda una nueva expresión de cultura. Y nuestra tradición— porque es preciso tener alguna— enraíza más bien que con los retóricos tradicionales que sólo supieron conservar una forma ya estática y anquilosada, con los que abrieron el cauce para la circulación de nuevas verdades.

Recientemente el escritor peruano Luis Alberto Sánchez ha fijado en su *Don Manuel*, hermosísima biografía, la novela y la pasión de uno de esos precursores: González Prada. Interesa en el libro de Sánchez a más de su cabal realización literaria, la historia de la actitud que contiene. Porque es la actitud del hombre nuevo contra el hombre tradicional, del revolucionario contra el conservador. Hay quien pone sus ideas bajo la cerrada temperatura de un invernadero burgués, podándolas, moderándolas o aplicándolas según la oportunidad y la hora, y hay otro que quiere verlas germinar en los campos libres. El porvenir es del segundo. Porque las ideas, que también son producto humano, demandan como toda labor de hombre una descarga vital. Esto y no la opinión más o menos momentánea que bajo la impresión de su siglo, pudieron tener Sarmiento o González Prada sobre determinado problema local, es lo que importa como fuerza de tradición. En el libro a que antes nos referíamos, Luis Alberto Sánchez ha escrito la historia de una conciencia libre en un medio que no la comprendía; la subversión de un alma encendida contra la rutina, la ignorancia y el prejuicio, la tensa decisión de dignidad que lanza con la firmeza de un hondero contra su medio bárbaro, acomodaticio u hostil, uno de estos hombres. Cambian los problemas; en los carteles de la época—como en los avisos de los teatros—se escribe un nuevo programa, pero el fondo y el significado de la actitud permanecen idénticos.

Dan tales circunstancias a la labor del intelectual y a la inevitable lucha por las ideas en América, un carácter épico y un encendimiento romántico, que es el dolor, pero que es tam-

bién la belleza de la actitud. En estas historias—la de Sarmiento contada en prosa pindárica por Lugones; la de González Prada escrita con más fino don de intimidad por Luis Alberto Sánchez—se ve siempre la apostura de un titán luchando contra los geniecillos peludos y venenosos de su medio vernáculo. A veces—como en uno de los más conmovedores capítulos escritos por Luis Alberto Sánchez—, cae sobre el luchador una obscura hora de soledad en que sólo le restan la sonrisa y comprensión de sacrificio de una mujer. Pero cuando el caudillo, uno de estos caudillos que en nuestra historia americana se cruzan en el camino del intelectual y están acostumbrados a hacerle su amanuense, panegirista o sofista de ocasión y remacharle por tanto, una cadena de servidumbre, quiere como el caudillo Piérola sobre González Prada, lograr su renunciamiento, el intelectual yergue en desesperado combate contra las cosas, toda la dimensión de su entereza. Historias edificantes de ayer, de todos los días, que nos placen más que ese vano y retorcido juego de caligramas en que otros escritores de América dejaron escaparse su hora.—MARIANO PICÓN SALAS.

CRÔNICA DE ESPECTÁCULOS

EL TEATRO REAL.—BERTA SINGERMAN

EUGENIO d'Ors decía, hace algunos años, a los muchachos de la Residencia de Estudiantes:

Belleza no quiere decir ornamento, sino armonía, adecuación delicada de la cosa a su destino.

A un tiempo, en Francia, otra voz concordaba con la del filósofo de Cataluña; Le Corbusier formulaba su famoso principio estético:

Una casa es una máquina para vivir.

En ambas afirmaciones, que componen un solo postulado, descansa el principio de actualidad en las artes, que no equivale a una antojadiza orientación del deseo de originalidad, sino que traduce la idiosincrasia de una época.

El practicismo, las necesidades del confort y las tendencias deportivas de las costumbres modernas han creado un estado de ánimo incompatible con el barroquismo. La vida ha adquirido hoy día cierta *allure* que repudia la inocuidad del arabesco.

Por lo que se refiere a la arquitectura, los nuevos materiales

establecen, además, imposiciones que es menester tomar en cuenta. Las construcciones han de realizarse en consonancia con las posibilidades estéticas del cemento armado, sin esforzarse por sobrepasarlas, para no tener que recurrir al postizo. El adorno es anacrónico como la profusa adjetivación lo es en un libro. Correspondiendo a la tendencia objetiva de la literatura, las artes plásticas sólo han de utilizar los elementos esenciales para interpretar el espíritu de la generación actual.

Todo esto parecen ignorarlo los arquitectos que han levantado en el centro de nuestra ciudad el edificio destinado al Teatro Real.

Examinemos su fachada. Columnas salomónicas. ¿Con qué objeto? Para sostener un mojinete liviano, por otra parte innecesario. Ventanas de segundo piso protegidas, de ladrones y asaltantes probablemente, por gruesas rejas de hierro. Firulentes y rúbricas de mal gusto en todas las cornisas y balcones.

Luego, en el interior, un salón con envigado postizo. Sobredorados e incrustaciones de mosaico por todos los rincones. Los grandes planos interrumpidos por arcos y columnitas, que simulan ventanas, sin ser más que hoyos feos e innecesarios en la muralla.

Lo peor de todo se encuentra en la sala de proyecciones. Junto al telón, pórticos, artificiosas construcciones pobladas de farolillos y recargadas de balcones sevillanos. Y como si esto fuera poco, detrás de ello se encuentran frescos de brocha gorda que hacen de fondo, dando la impresión de un decorado de zarzuela o del desgraciado paraninfo de la Universidad de Chile, que van a fundirse con el inevitable cielo azul.

Necesario es reconocer la comodidad de las instalaciones, la amplitud con que se han calculado los asientos, los pasillos de distribución y las puertas de salida; el sistema de refrigeración y calefacción es inmejorable, como asimismo nos parece un buen acuerdo la instalación de una plataforma móvil para la orquesta.

Todo esto no hace más que agravar la culpa de los arquitectos y decoradores. Con base tan excelente y disponiendo de un mandatario que no se ha detenido en gastos, pudieron realizar una magnífica sala de espectáculos con todo género de comodidades, decorándola sobriamente, sin recurrir a ese amontonamiento de chirimbolos con que sólo han logrado *épater les bourgeois*.

Gracias a la iniciativa de Berta Singerman, hemos tenido oportunidad de conocer algunas piezas de teatro moderno,

presentadas en adecuada forma. Durante la breve temporada realizada en el Teatro de la Comedia por el conjunto de Teatro de Cámara, presidido por la gentil declamadora de otros días, pudimos apreciar debidamente algunas producciones de Rosso de San Secondo, Pirandello, Guitry, Jean Cocteau, etc.

Nada pudiéramos decir que no fuera en elogio de la organizadora y los componentes de esta compañía. La voz maravillosa de la Singerman, rica en matices, de tonalidades agradables, rozaba el ánimo de los expectadores, como una caricia que escalofría. La emoción puesta por esta actriz en cada uno de sus papeles se comunicaba por este medio al auditorio, especialmente en *La Voz Humana* de Cocteau. Caviglia se nos reveló un consumado primer actor en diversas caracterizaciones singularmente en *Pantalón*. En cuanto a Ilde Pirovano, sin desconocer que tiene méritos, debemos hacer notar que no se sitúa, a juicio nuestro, en idéntico plano. Tiene figura atrayente, pero está siempre fuera de situación; su voz no es agradable y su juego escénico carece por completo de personalidad. Sería una buena primera actriz para la Compañía Serrador, pero está fuera de lugar en el Teatro de Cámara.

La acción de los artistas estaba realizada por magníficos decorados y trajes diseñados por Urvantzof, de tendencia muy moderna, de un buen gusto impecable.

En sí mismo, el género presentado por la Singerman representa un regreso al teatro antiguo, a la cortina de fondo, lisa, oscura, sobre la cual se perfila el actor. En otros términos, se obtienen de este modo los efectos puramente teatrales y se pone a prueba la calidad de las obras.

El público no favoreció el espectáculo. Esto no nos parece extraño. Acostumbrado como está a las truculencias de los autores nacionales y a las caricaturas de nuestros actores, carece de la disciplina necesaria para apreciar y aplaudir una pieza o un conjunto de calidad. De paso anotaremos la observación, que nos proponemos desarrollar en otra oportunidad, de que carece de aptitudes para percibir lo grotesco; en los instantes de mayor intensidad dramática, cuando una frase irónica establece los contrastes de la situación y subraya el matiz emocionante, nuestro público ríe, como con un chiste de Frontaura.

Sin embargo, podemos decir que se ha dado el primer paso hacia la educación de la masa que concurre a los teatros; que se le han mostrado las posibilidades del arte teatral y su nueva orientación. Y esto debemos agradecerlo cordialmente a Berta Singerman que, para lograrlo, ha sacrificado el éxito pecuniario de su primera temporada en Santiago.—A L F A.

LOS LIBROS

BIOGRAFIA

DON MANUEL, por *Luis Alberto Sánchez*.

Fresco el elogio tributado ante la tumba de José Carlos Mariátegui y en vísperas del pronunciamiento militar generado en Arequipa, un joven escritor peruano actualiza, con caracteres de consagración, la figura sólida y luminosa de don Manuel González Prada, que fué meritísimo ciudadano, buen poeta, y por sobre todo, realización y ejemplo de conciencia libre.

Luis Alberto Sánchez, adolescente admirador y discípulo de González Prada a la fecha de su muerte, ha estudiado con cariño la obra del maestro, la ha comprendido, se ha inspirado en ella, ha medido y aquilatado su trascendencia y en momentos excepcionalmente propicios, cuando la juventud de su patria reclama una orientación, él trae al recuerdo de sus contemporáneos la lección de esa existencia constructora que floreció en una época de inquietud cívica.

El nombre de González Prada está fuertemente ligado a la vida

institucional del Perú. Criado en una atmósfera en la que se aliaba el olor de la pólvora de los motines militares con el aroma del incienso, el niño Manuel experimentó un odio precoz por la clerecía y los gobiernos individualistas que se sucedían en su patria. A los ocho años leía a Diderot. Durante el exilio impuesto a su padre por el Presidente Echenique, ingresa al Colegio Inglés de Valparaíso. En el aula soplan vientos liberales, y el chico manifiesta deseos de hacerse hombre para «no rezar». A su regreso a Lima, por mandato de sus católicos padres, viste la sotana del seminarista, lo que determina al insaciable lector a fugarse del establecimiento.

Espíritu esencialmente beligerante, pero conformado en el molde de los clásicos, Manuel, no bien llega a la edad madura, ingresa al campo de la política militante de su país. Su labor de escritor tiende a orientar las conciencias jóvenes por senderos de rebeldía, y para ello sacrifica la tranquilidad de su hogar y su obra literaria, dedicándose a fundar periódicos de avanzada que nacen y mueren, como tantas

especies zoológicas, después de realizar su misión.

En la prensa, en la tribuna, en libros y cenáculos literarios, combatió sin descanso los vicios políticos de su época. El año 91, como respuesta a los ofrecimientos con que Morales Bermúdez pretendió silenciar su acción dignificadora, González Prada realiza una de sus grandes aspiraciones políticas, transformando el Círculo Literario en el partido radical que se llamó Unión Nacional, y hacia el cual convergieron los jóvenes en gran número.

Reconocida la existencia del flamante organismo de avanzada política, González Prada, que fué su fundador, su principal engranaje y quien redactó la declaración de principios que, como un reto, como una amenaza circuló en el país—hiriendo de muerte a los usufructuarios de los viejos regímenes—resistió la acción inmediata a fin de evitar coaliciones con otras fracciones políticas.

En ese momento González Prada pudo unirse caudillo. Pero fiel a sus principios y para demostrar que un partido vive sin la idolatría de un hombre, prefirió marcharse al extranjero, dando así un alto ejemplo de abnegación cívica.

Radicado en París con su noble esposa francesa, González Prada sufre, estudia, medita, irguiéndose con rectitud ante los dolores que le depara la vida y que no fueron escasos. En el Colegio de Francia asiste a los cursos de Renan, su insigne maestro, y oye a Gaston Boissier, a Maspero, a D'Herbey de Saint Denis. Nace su hijo Al-

fredo y esto reconforta el hogar del luchador.

El año 92 publica un rudo ataque al clericalismo peruano; el 93 da a la estampa su homenaje a Renan, y luego lanza *Páginas Libres*, donde recopila sus discursos políticos.

En las provincias serranas, mientras él se dispone a concurrir al Congreso de Librepiensadores de Ginebra, se da su nombre como candidato a la Presidencia de la República, pero don Manuel rehusa, y sin abandonar el estudio atento de los problemas de su patria, emprende un viaje por España, donde asiste a la incubación de la generación del 98—Castelar, Valera, Echegaray, Menéndez y Pelayo, Pi y Margall, Campoamor—y almacena conocimientos para difundirlos después en el terruño.

Una enfermedad del hijo precipita el regreso. En Lima hay embanderamiento y desfile militar el 2 de Mayo del 98 para recibir a González Prada. Don Manuel, defraudando las expectativas de su hermana Isabel, no se ha convertido. El año 99, mientras la Unión Nacional languidece dando vida a otra fracción política, González Prada reinicia la ofensiva con nuevo ardor, agrupando a su alrededor a estudiantes y obreros...

Unidos en afectuosa conspiración, la esposa e hijo del «hereje» imprimen por sus propias manos, en rudimentaria prensa casera, un centenar del primer libro de versos de González Prada, *Minúsculas*, del que después se han multiplicado lujosas ediciones.

Muerto definitivamente el partido radical, don Manuel continúa su predica de ideas en un campo más avanzado. Su fervor tiene a buscar al humilde provinciano, al indio.

En 1912, González Prada sucede a don Ricardo Palma en la Dirección de la Biblioteca Nacional. Esta época es acaso la más dolorosa del maestro, pero la más enaltecedora, la más edificante. Su ancianidad venerable, su hogar, sus actitudes—todo él y lo que lo rodea—adquieren magnificencia. El hijo entra en la vida con paso triunfal; la compañera, la que «supo hacerlo feliz», vela su reposo meditativo.

Con las flores de su jardín, crecen nuevos discípulos. Hay recolección de frutos, abundosa, constante. Con él están Valdelomar, Eguren, Bustamante, Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, y los obreros y la juventud más valiosa. El 22 de Julio de 1918 don Manuel González Prada, piedra angular del pensamiento libre peruano, se dió al descanso conquistado a lo largo de una vida útil y ejemplar. . .

El 22 de Julio de 1930, la pluma generosa de Luis Alberto Sánchez rinde al maestro el homenaje de esta biografía. González Prada fué en la acción un ideólogo que supo coordinar valiosos elementos de reacción en el atormentado organismo social de su patria, y en la vida, en el arte, en el hogar, un espíritu muy puro, un gran corazón. El libro de Sánchez, exégesis sobria, emocionada y certera de esa preciosa existencia que dignificó al Perú, es un documento de valor

americano, porque en él hay una palpitación de una realidad que buscamos esperanzados.—*Alberto Romero.*

VIDA, PENSAMIENTO Y AVENTURA DE MIGUEL DE UNAMUNO, por César González Ruano.

Los hombres ejemplares de España han tenido su peor aventura en la biografía de sus hechos hazañosos y de sus bizarras actuaciones. Algunos, por deficiencia del instrumento biográfico; otros, por la precaria documentación del intérprete; y los más a causa de la tradicional lentitud española. En este año, sin embargo, hemos leído tres obras de aliento realizadas en la Península: la vida de Costa por M. Ciges Aparicio, el estudio de Quintiliano Saldaña sobre Ganivet y el movido libro que motiva estas líneas (1).

Son tres seres cuyas existencias forman relieves de un retablo ibérico de profundo carácter. Costa fué el hombre malogrado; el intrépido soldado de causas perdidas, el capitán señero de los grandes ideales de la Península; Ganivet el poderoso participante de una obra preparatoria de la redención política de España; y Unamuno el hombre «agónico», el fiero y múltiple luchador de la presente hora.

César González Ruano no ha intentado aquí una interpretación definitiva y sólida del pensamiento unamuneco. No se aproxima si-

(1) Edit. M. Aguilar, Madrid, 1930.

quiera a los excelentes ensayos de M. Romera Navarro, Salaverría y Curtius, el excelente crítico de André Gide. González Ruano es un periodista y partipa de ese repentismo español, tan rico en matices y atisbos para fijar la parte anecdótica de un carácter. El mismo confiesa que su libro fué proyectado para una semana de trabajo una vez conseguida la respuesta favorable a la proposición del editor Aguilar.

González Ruano escribe con precipitación pintoresca. No es un gran estilista y tampoco sabe sacar partido de los ambientes para fijarlos con pinceladas gráficas e imágenes ardientes. En cambio recoge detalles pequeños, anécdotas divertidas, datos característicos y frases oportunas. Abundan allí las noticias sobre el destierro de Unamuno, acerca de su estada y fuga en Fuerteventura y sobre los largos días de exilio en París y Hendaya. Amplían la obra breves apéndices de índole crítica sobre Unamuno y el teatro, la poesía, la novela, el ensayo, etc.

Completan el libro útiles indicaciones bibliográficas y una selección de juicios sobre Unamuno. Vemos ahí las opiniones de Keyserling, Jean Cassou y Papini.

En las primeras páginas, González Ruano cuenta su entrevista con el autor de *Niebla* en el calmado ambiente de Salamanca. Unamuno precisa cinco ideas sobre la biografía. A saber: Primera: No hay nada más difícil que poner un hombre en pie. Segunda: No es cuestión de técnica. Hay que llevar el

sentimiento de la biografía dentro. Más aun, sacar el personaje de uno mismo. Tercero: A mí me parece igual que el biografiado sea así o no lo sea. Hay muchas versiones históricas de un hecho. ¿Cómo fué la verdad? Eso es lo que menos importa. *La verdad es siempre del que mejor la haya creado.* Cuarta: La leyenda debe imponérsele al biografiado, hasta el extremo de que él mismo ya no sepa cual fué su realidad. Y quinta: Se hace biografía hablando de la proyección intelectual de un hombre, situándolo, viendo su época, su obra, sus contemporáneos, mejor que manejando fechas exactas, que no creo puedan interesar demasiado a nadie, ni el nombre de su abuelo que, desde luego, no nos importa.

González Ruano respeta algunas de estas normas, pero pasa por encima de las otras. Falta color a muchas escenas y no exhibe el paralelismo debido entre su biografiado y los contemporáneos más importantes. Salvo un esbozo de Ganivet, no vemos que aparezcan otras figuras que reciban influencia de Unamuno o que se la den.

Unamuno ha sido hombre poco pasional. Su vida amorosa no tiene más problema que el de su mujer propia. No se le conocen amores como a Costa. La pasión central de Unamuno es una lucha deportiva por ciertos ideales éticos y políticos. Hace política sin quererlo, por deporte, en el sentido británico de la palabra. Se acerca, en este aspecto, a los escritores nórdicos. También hace teología, pero influenciándola de su laicismo poderoso.

En el año 1914, los amigos de Unamuno le ofrecen una candidatura senatorial. Se presenta un problema gravísimo. ¿A qué partido o agrupación política pertenece don Miguel? Niégase éste a reconocer bandera y, sobre todo, a meterse en las tiendas liberales de Romanones, el gran cacique del antiguo régimen. Resultado de dichas actividades fué la destitución de Unamuno por Bergamín del cargo de Rector de Salamanca. Maura decía que Unamuno era «un potro medido en una cacharrería». Este fracaso político, lejos de amilanarlo, hace crecer su figura. Con el tiempo, cuando los enemigos lo tachan de ambicioso, puede contestar (véanse *Dos artículos y dos discursos*, Madrid, 1930): «¿Qué puedo ambicionar. Si yo gobierno?...» Exactísimo. Unamuno, para dar rumbos, ser oído y respetado en la Península no necesita el marbete del senador, ni las actas del parlamentario. Su voz pura y desnuda de prejuicio se oye en todos los confines ibéricos. América lo acata como a un elevado maestro y Francia le rinde homenaje inmenso al llegar y salir de su territorio.

En el fondo de Unamuno duerme un niño. Su corazón, su cerebro, su alma son infantiles. Quizá porque no tuvo juventud como otros niños, ha sido siempre un temperamento infantil. Y todo hombre que no se encharca en la vida tiene su fuerza en esa propia infantilidad transcendental. Recordamos que Papini decía en el *Uomo finito* que no conoció la ju-

ventud como otros niños. Lo mismo podría decirse de Chesterton y de Unamuno. Cuando adolescente conoce a Concha, la que iba a ser la mujer de su vida, y entonces cerró los ojos y los oídos a las sugerencias carnales del mundo. En esta monogamia vasca, de raíz cristianísima, tiene Unamuno una gran fuerza espiritual. En las vacaciones, vaga por España, completa su visión ibérica recorriendo el Mediterráneo, la costa de Levante, Mallorca y Portugal. Recuérdese, en ese respecto, la admirable descripción que hizo Gabriel Miró de su visita con Unamuno al Monasterio de Poblet en Cataluña. González Ruano la reproduce en uno de los capítulos. Primo de Rivera, mientras tanto, levanta la cabeza y da su golpe de estado que sorprende a España con el estruendo de renovados espadones. Casi todos los políticos antiguos huyen; otros se entregan, mansuetos y contritos, al régimen imperante. Se echa a la calle la burocracia reclutada por los caciques y sus acólitos; pero levanta cabeza otra más numerosa y voraz. Martínez Anido instala en Barcelona un laboratorio de experimentaciones sociales que cuesta docenas de vidas y echa un baldón ignominioso sobre el decoro español.

Unamuno es el hombre civil por excelencia. Levanta, desde el primer instante, una posición «agónica», esto es, de lucha y denodada oposición a la dictadura de los seis años. (1923-1929.)

Primo de Rivera había dicho de

Unamuno: «¿Creerá ese buen hombre que por saber mucho griego va a poder influir en la opinión?»

Pudo más, con el tiempo, el hosco catedrático que todo el esfuerzo santiagueño de los espadones. Estos luchaban por el pasado y Unamuno era la voz del porvenir. Derrumbóse con Primo de Rivera una reacción de parte del ejército, parte del clero y de una novísima burocracia. La Unión Patriótica sólo tenía raíces efímeras por obra de reclutamientos salarizados y de dispendios absurdos del Ministerio de la Gobernación. Quien esto escribe vió en España, durante los días de la Dictadura, la más burda mascarada hecha bajo auspicios de la U. P. Unamuno, con Soriano, Eduardo Ortega Gasset, Blasco Ibáñez y otros escritores, se constituyó en una permanente oposición intelectual al régimen. Con el tiempo hubo divisiones. El carácter de Unamuno no soportaba a Soriano. Cuenta González Ruano que Unamuno decía:

Es insoportable. Para darme la impresión de intelectual, compró varios tomos de clásicos latinos y griegos traducidos al castellano y editados por la Casa Hernando. A mí me daba la sensación de que eso le aburría mucho...

El recio carácter de Unamuno resistió los seis años y pudo volver a España sin abdicar uno sólo de sus principios. Mucho debe la civilidad a su vasta labor, a su coraje apasionado, a sus genialidades de niño grande, que los burgueses tildaban de «poses» o estridencias.

En el libro de González Ruano

hay riquísimos datos sobre este tiempo que es el más hazañoso de la aventura unamunesca. Se ve su carácter acerado, su firmeza de convicciones, su simpatía humana al desnudo. Francia lo acogía con honores y simpatía; pero él adoraba su tierra vasca, su rincón salmantino. Dice de París:

Hay aquí demasiada historia. Ni un palmo de terreno sin un acontecimiento histórico.

Una vez en España, su nombre se yergue como una roja bandera de combate. Palos, sablazos y mueras hierven en torno de su cabeza. Unos monarquistas furibundos irrumpen en el Cine Europa mientras entrega al pueblo madrileño su verbo de fuego.

González Ruano ha recogido todos estos sucesos en un relato ágil, movido, pero que revela lo improvisado. Quizá en ello estribe su calidad y su defecto. Convenía fijar ciertos instantes de Unamuno antes que el vendaval de nuevos hechos borrara la memoria de tanta anécdota y actuación intensas. Otro escritor más acendrado cogerá después tal acervo y le infundirá vida más perdurable. En tanto, esta *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno* constituye un precioso panorama de hechos con rica calidad humana. Es una vida la de don Miguel que evoca a todo un hombre, como aquel recio protagonista de un drama suyo.

En tal espejo de bruñida civilidad deben mirarse los escritores ibéricos de nuestra hora tan vacilante y llena de caídas morales.

Unamuno, con el recio ejemplo de su vida y obra, es un grito perenne de protesta contra los innúmeros Maeztus del instante.

Encomiable labor, pues, la de todos los escritores que fijan en estas biografías aquellas siluetas de bronce en que vive la pureza intelectual de la Península: un Unamuno, un Valle Inclán, un Ossorio y Gallardo, un Marañón o un Reparaz.—*Ricardo A. Latcham.*

SAN AGUSTÍN, por *Luis Bertrand.*

Las fiestas con que en el mundo entero se ha conmemorado el XV aniversario del fallecimiento de San Agustín han puesto nuevamente de actualidad el libro que hace algunos años dedicó al santo africano Luis Bertrand, para quien los personajes religiosos han tenido siempre una seducción especial.

La figura de San Agustín cobra, día a día, un interés mayor, y cualesquiera que sean las creencias, toda persona que se interese por los problemas de la cultura ha de sentirse, especialmente atraída por quien en la antigüedad romana, que moría, entamente, fué uno de los individuos más cultos, un defensor entusiasta de la cultura, y en el seno de la Iglesia a que pertenecía, uno de los pensadores más profundos. Por esto encontramos plenamente justificado el interés de Bertrand por San Agustín, que es una figura de actualidad permanente.

El libro que le ha consagrado es curioso e interesante. Curioso, porque cuesta clasificarlo en un género determinado. No es una biografía

en el rigor de la palabra; tampoco es una biografía novelada, ya que los datos de rigor histórico faltan por completo en el libro, como las fechas en que se desenvuelve; tampoco podría afirmarse que es un estudio sobre la vida y el pensamiento del santo, por cuanto no se ha estudiado el pensamiento agustiniano en su integridad, ni tampoco la influencia que tuvo en la antigüedad cristiana; a lo sumo podríamos decir que es la interpretación actual, que un francés de este siglo da al fenómeno curioso que en la historia del pensamiento antiguo es San Agustín. Y reside el principal interés del libro en la interpretación a que hemos aludido, de carácter principalmente poemático, en algunos pasajes, lo que presta al volumen de Bertrand un especial encanto. Pero la fluidez del estilo, la elevación y seriedad con que el tema está tratado, y más que todo, la permanente solidez de la evocación del santo, que son, a nuestro juicio, las cualidades primordiales de la obra de Bertrand, se hallan completamente desvirtuadas en la traducción castellana, por la pésima calidad de ésta. El traductor un señor Lapuya, desconoce por completo el arte de traducir, arte secundario si se quiere, pero arte al fin. Premunido de conocimientos de francés que no parecen ser muy profundos, se ha lanzado a una empresa difícil, y para salir del paso emplea el sistema de traducción literal, con diccionario en mano, que le hace caer en renunciados notorios. Así el primer capítulo *Un municipio africano*, tiene muy poco de Bertrand

y sí mucho del galimatías del señor Lapuya, galimatías que evidentemente no nos interesa. También se encuentran palabras inventadas que no pertenecen al francés ni al castellano, y que son galicismos burdos.

Es sensible que un mal traductor pueda echar a perder una obra de interés como la que comentamos, pues en el original francés que hemos releído en la *Revue des Deux Mondes*, que lo publicó hace algunos años, Bertrand consiguió una interpretación, ni muy acertada ni muy profunda, de San Agustín, que, por sus condiciones de estilo, sobrio, armónico y de una suprema elegancia, llegaba a todos los corazones aunque no haría pensar a muchas cabezas, porque el elemento ideológico del libro no es lo principal.

Hoy día, la circunstancia que hemos indicado al comenzar esta crónica, pone de nuevo en actualidad el libro de Bertrand, que es el más adecuado para difundir el conocimiento de San Agustín entre toda la gente que se interesa por adquirir conocimientos de ocasión o circunstanciales. Pero sin duda alguna, es una obra con mala suerte, pues agotadas las ediciones francesas sólo han llegado a las librerías los ejemplares de la traducción a que nos hemos referido, y que no hace ningún favor ni al santo, ni al autor.—*Abel Valdés A.*

MARIÁTEGUI, por *Eugenio Orrego Vicuña*.

La tragedia de la presente generación sudamericana es la tragedia

de una generación sin maestros. ¿Han producido la Universidad, la política, el ejército, la literatura una personalidad ejemplar y señera que se aureclara de la confianza colectiva y condujera a las multitudes a la realización de un gran ideal? La respuesta negativa parece imponerse.

Han sido malos años los nuestros. El cambio operado ha sido tan violento y profundo que las rupturas surgidas del desastre no podían admitir parches más o menos generosos aconsejados por arbitristas entusiastas. Pudo existir acaso la madera del gran espíritu. Pero, sofocado en medio de la hostilidad o la indiferencia de sus contemporáneos, prefirió hundirse en la soledad y en el silencio a construir orgullosamente la propia obra.

Y esa conciencia de la obra bien hecha, esa dignidad del oficio que ha mantenido en un egoísmo saludable a tantos espíritus que no han querido afrontar las asperezas de la lucha, ha sido la salvación de ellos mismos y de sus contemporáneos que han podido ser los testigos apasionados de sus meditaciones.

No es precisamente el caso de José Carlos Mariátegui que con tanta simpatía estudia Eugenio Orrego Vicuña en su conferencia recogida ahora en libro (1).

Mariátegui desafió virilmente el medio hostil y fué el abanderado de todo un movimiento de renovación social. Pudo haber sido el maestro de su generación. Pero las

(1) Ediciones Mástil, Santiago de Chile, 1930.

veleidades de una flaca naturaleza malograron el ímpetu creador y dinámico de un espíritu en trance de superación perenne. Ahora, muerto, ejerce desde sus libros el más alto magisterio. El magisterio de su obra y de su ejemplo que leen, comentan y explican los fieles de su credo político.

¿Cuál viene a ser el significado de Mariátegui en el actual pensamiento americano? Para nosotros, el de superar la simple prédica sentimental y humanitaria para adentrar en los problemas y si, no resolverlos, formularlos con precisión. Gran labor para un hombre y sobre todo para un hombre americano. Creemos que no hay exageración al decir que con Mariátegui empezaba en América (pienso en nuestra América) una nueva familia de escritores. Porque no hay que mirar únicamente su obra desde el punto de vista del apostolado. Es un punto de vista que no debemos descuidar; pero erraríamos rotundamente si creyéramos que es el único. Tuvo Mariátegui comienzos puramente literarios. Poéticos, si quisiéramos llevar la precisión a su último extremo. Sus metáforas audaces y pirotécnicas aparecían dejando su deslumbramiento fugitivo en *Colónida*, la revista de Abraham Valdelomar. De toda esa inquietud por alcanzar una nueva forma poética, que sacudía a un grupo de escritores jóvenes y fervorosos, habrá que salvar el nombre de un poeta que creó su propia expresión: José María Eguren.

Si Mariátegui había de desdeñar después sus caligrafías literarias

no era, sin embargo, posible creer que su actitud significaba un repudio del literato puro. En él, defensor del marxismo, hemos de encontrar el intérprete más sutil de la poesía de Eguren.

Junto al hombre político acentuaba en él el escritor. Y era político en cuanto su obra literaria trazaba una orientación y un camino a los iniciados en Marx. Su adhesión a un método tan rígido como el marxismo pudo restar eficacia a su acción y restringir el círculo de sus ideas. Porque había en él el partidario de un dogma, que, lealmente, no se olvidaba de su doctrina al interpretar el hecho americano.

Su gran virtud está en despejar de su aparato de fórmulas y axiomas a la escuela cuyas doctrinas abraza y hacer de su estudio interpretativo un todo animado y viviente que interesa al hombre de América que tiene la preocupación de la vida de su pueblo y de su raza. Habla ya no sólo al correligionario, al partidario o al neófito. Su prosa sólida y clara encuentra resonancia en quien no sea ajeno al imperio de la emoción política. Es el triunfo del escritor.

El estudio de Orrego Vicuña permite abarcar panorámicamente la vida del luchador. Una vida que mueve a la admiración y al respeto. Mientras tanto, falta todavía la ubicación del escritor. Para ello será necesario que en su patria o en cualquier rincón de nuestra América surja un hombre de la maravillosa arquitectura mental de Mariátegui que sepa comprenderle en la plenitud de su vida y de su obra.

Orrego Vicuña enfoca un aspecto parcial, y, a nuestro juicio, lo hace con claridad, amor y pasión.

Pero su estudio deberá ser completado. Porque era Mariátegui un americano de vocación magistral y no hay que entregar a la muerte como trofeo la posibilidad y la esperanza de su alto magisterio. Analizándolo, estudiándolo, difundiendo, combatiéndolo, libraremos su obra del olvido. Y cuando es la tragedia de una generación no tener un maestro entre los vivos, que sea la obra de un muerto digno y entero la que indique un camino en medio de la desorientación y el desconcierto.

No hay que interpretar el magisterio como la sujeción servil a las fórmulas vagas elaboradas por un santón intangible de místico prestigio. Ha de corresponder al maestro la virtud de la incitación y el estímulo. Fué lo que hizo Mariátegui desde *Amauta*, defendido y sostenido por la sencilla dignidad de su vida. Representante fiel de esta generación, no podemos juzgar su obra en su plenitud porque, más que una obra hecha, es una obra que se está haciendo. De él partió el impulso inicial. Quedó la pauta breve de lo que alcanzó a dejar escrito. Pero en él se mezclan el hombre de letras y el hombre de acción, el pensador y el político, y si es posible admirar la trayectoria de su talento claro y analítico, no sabemos hasta donde pudo llegar en la realidad el mundo ideal a cuya construcción sacrificó su vida.—*Roberto Meza Fuentes.*

JOAQUÍN COSTA. El gran fracasado, por *M. Ciges Aparicio.*

La biografía de Costa ha venido a enriquecer la colección de biografías noveladas que, sobre españoles del siglo XIX, publica la editorial Espasa-Calpe (1). Antes de examinar el libro, debemos dejar constancia de que la personalidad del eminente polígrafo de Graus no se ajusta al patrón de la serie. En efecto, los once años del siglo que corre que le tocó vivir a Costa (murió el 8 de Febrero de 1911), fueron, a pesar de su forzosa reclusión en Grauss, los más fecundos en actividades e iniciativas de todo orden, especialmente en lo que se refiere a su actitud política, en la que su republicanismo decidido tomó en más de una ocasión la forma de un apostolado evangélico. Sin embargo, el tema, la enorme personalidad de Costa, es lo único que puede salvar al libro, y lo único que interesa, a pesar del autor, como luego lo veremos.

Joaquín Costa, nacido en Monzón, en Septiembre de 1846, representa en España la voz más poderosa del nacionalismo perfecto, del patriotismo comprendido en la única forma en que los acontecimientos por que pasó la España del siglo XIX podían hacer factible para el engrandecimiento nacional. Y el mote con que lo bautiza el autor del libro que comentamos, «el gran fracasado», encierra la tragedia no tan sólo de Costa sino de España, porque el hecho de que la

(1) Madrid, 1930.

acción y la obra de una personalidad como Costa hayan fracasado totalmente en los momentos más decisivos de la vida española, significó el fracaso de España, palpable en todo el siglo XIX: fracaso de los pronunciamientos de los primeros treinta años, fracaso del gobierno isabelino, fracaso del carlismo, fracaso de la República, fracaso de la dinastía extranjera, fracaso de la restauración alfonsina, fracaso de la guerra colonial del 98, fracaso en fin de la nación toda, culminado con el fracaso absoluto que en este siglo han tenido la política (¿?) y la dictadura última.

En su vida, fracasada siempre, Costa adivinó como nadie y señaló los caracteres más agudos, de lo que se ha dado en llamar por los propios peninsulares el «problema de España».

Su vida fué una constante tragedia. Amargada por el mal de su patria, la miseria. Para estudiar, trabaja de peón caminero en las obras de Monte Aragón, donde lo coloca el arquitecto provincial Hilarión Rubio, «y es sabido que la jornada no era entonces de ocho horas», recalca el autor. Asiste como albañil a la exposición de París, de 1867, y le toca ver de cerca las inmoralidades, los abusos, los atropellos, que la gente de la Exposición, los delegados de su patria, cometen sin descanso. El 24 de Abril del año indicado escribe:

La gente de la Exposición son unos granujas, se beben los vinos de los expositores y hacen mil infamias.

Regresa a su patria a fines de 1867, y prosigue su vida trabajosa y mísera. En 1868, después de sacrificios dolorosos, consigue dar a la publicidad su primera obra: *Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867*. Al año siguiente finaliza sus primeros estudios y obtiene el grado de maestro superior. No desmaya ante el rigor de sus penurias. Quiere seguir estudiando, y al efecto en 1870 se traslada a Madrid, para seguir los cursos de Derecho correspondientes, y desde ese año la vida lo aprieta hasta la desesperación. El 12 de Abril de 1870 quiere suicidarse, y la fe religiosa, aún no extinta del todo, lo sostiene. Las anotaciones que de Costa han quedado sobre esta época de su vida, no muestran sino la permanencia de todo el dolor de la pobreza más absoluta. «He de arreglarme una muela, y no tengo dinero». Más adelante: «Me faltan botas, y para que me compongan las que llevo he de ponerme dos de un mismo pie». La vida sigue y la suerte no mejora para el hijo de labrador que quiso ser sabio. Siempre pobre, con alternativas escasas en que podía ganar pequeñas sumas, prosigue sus estudios: en 1873 se licencia en Derecho y en Filosofía y Letras; en 1874 se doctora en Derecho, pero no puede hacerlo en Filosofía por carecer de dinero para pagar los derechos de exámenes. Estudia y escribe con un tesón que pone en peligro su salud débil y enfermiza. Y en 1874 anota:

«Escribo con plumas de otro porque no puedo comprarlas. Y

soy doctor en dos Facultades. Y llevo un mundo de colosales proyectos dentro...»

Sus proyectos son las obras que dejó, los treinta y siete volúmenes que forman su testamento de gloria: *La vida del Derecho, Derecho consuetudinario, Introducción a la revolución española, Oligarquía y caciquismo*, etc., etc. En 1875, después de haber fracasado por intrigas políticas en diversas oposiciones a cátedras de Derecho Político, en Oviedo y Salamanca, escribe:

Pensando que tantos títulos, trabajos, desdichas y labor tenaz, no eran bastante a darme dos reales diarios, hoy en 1875, lloré mas fuertemente.

Para poder vivir, entra a la Administración de oficial letrado. ¡Nunca lo hiciera! Después de vagar algunos años por Cuenca, Oviedo, San Sebastián, vuelve a Madrid en 1878 y se consagra a ejercer su profesión de abogado y enseña en la Institución Libre de Enseñanza, recientemente fundada en esa época. Pero las múltiples ocupaciones a que se dedicaba y los trabajos de investigación histórica que efectuaba, paralelamente a sus actividades profesionales, fueron causa de que la profesión no le diera la situación holgada y fácil a que por sus conocimientos y merecimientos tenía derecho a esperar. En 1888, mirando siempre el problema, para Costa presente en todo momento, de su subsistencia, abandona el ejercicio profesional, y se opone a notarías. Desempeña una en Jaén hasta 1894, en que pasa con el mismo cargo a

Madrid, donde queda de notario hasta su muerte, a pesar de que los últimos cuatro años, los pasó enteros en Graus, su pueblo querido, recluido por causa de su salud decaída y endeble y por la enfermedad incurable de su ánimo roto, desengañado y escéptico.

Tal fué su vida, amargada y triste. Pero en Costa, la vida, con ser un ejemplo notorio de esfuerzo y de consagración a las disciplinas más arduas, no representa nada, si se compara con su obra y con lo que ésta representa. Como dijimos, nadie como él expresó en forma tan clara y documentada la aguda crisis por que le tocó ver que atravesaba su patria. Crisis en todo sentido y de todo: hombres, sentimientos, ideas. Su voz, robusta y fuerte, gritó en su Patria la verdad, que en la vida de Costa no fué para España sino una larga admonición dolorosa. Su vida entera y su obra fueron una permanente consagración a resolver el «problema de España», de la patria que se desangraba, por la insignificancia de sus gobernantes, grandilocuentes como Cánovas, o menguados como Sagasta, y por la incultura general de la nación, agravada por la miseria del pueblo y por la carencia de un verdadero espíritu nacional, en todas las capas sociales. Porque—y esta ha sido la misión principal de Costa, como fué la de Ganivet—no es aceptable que el espíritu nacional español se manifieste en frases de opereta dichas por los señores de turno en el mangoneo político, mientras la realización de cada una de dichas frases costaba a la nación dinero, sangre y

vergüenza. Así con la restauración alfonsina, así con la guerra desgraciada del 98, así con el fracaso de la Unión Republicana en 1903. El ideario de Costa representa en España el mayor esfuerzo por sacar a su patria del marasmo político, a que las circunstancias y los hombres la condujeron.

Sus aforismos:

«Hay que echarle doble vuelta de llave al sepulcro del Cid», «El problema de España, consiste en escuela y despensa»,

son cauterios que de haberse aplicado oportunamente más de un desastre hubieran evitado. Su influencia ha sido considerable, y la mayor ironía que pudo jugarle el destino, podríamos decir, el postrer fracaso de este eterno fracasado, fué que su nombre, de republicano convencido, sirviera de estandarte en más de una proclama, como base, según Primo de Rivera, a la dictadura española, inculta e inmoral.

Ciges Aparicio ha querido encerrar la figura y la obra de Costa en el libro que comentamos, y ha quedado demasiado corto en su propósito. El libro, escrito detestablemente, da la impresión de una obra de encargo, hecha a la ligera y sin atribuirle mayor importancia. El autor, que hace veinte años compuso más de una novela estimable, fué director de diversos diarios de Zaragoza, en los años de mayor actividad costista, y lo conoció y conoce su influencia; pero la rapidéz de que adolece la obra, su absoluta carencia de un plan orgánico,

y más que todo, la forma de mala crónica periodística en que está escrito, la hacen de lectura aburrida y dificultosa. Como dijimos, el tema del libro lo salva, pero en modo alguno la forma. Compuesto en épocas diversas, según parece, o más bien, al margen de los trabajos de periodista del autor, éste no se ha detenido a hacer una obra de arte ni siquiera tampoco de política. Que aunque Costa no fué nunca un artista, su personalidad merece que un artista se ocupe de ella.

No ha variado en absoluto Ciges Aparicio el tono del libro, del tono de polémica de diversos artículos de *El Liberal* de Madrid, que tenemos a la vista, en que comenta los aforismos de Costa, a que nos hemos referido, y que según nos informa Aníbal Bascuñán V., que nos los ha facilitado y residente en Madrid a la época de su publicación (Septiembre de 1929), produjeron gran revuelo en la opinión española, ya bastante soliviantada contra la dictadura opresora de Primo de Rivera. Puede decirse que estos artículos de Ciges Aparicio a que nos referimos son la única victoria de Costa, conseguida diez y ocho años después de su muerte.
—Abel Valdés A.

NOVELA

SANGRE EN EL TRÓPICO, por *Hernán Robleto*.

Poco frecuente es en la literatura hispanoamericana la revelación

brusca y sorpresiva de un recio novelista. Por lo general, a un libro ruidoso, a un éxito unánime, lo preceden años de previa labor y de ensayos más o menos lisonjeros. Así hemos visto que el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes es la consecuencia de una *Xaimaca* y de múltiples novelículas pamperas. José Eustasio Rivera, antes de *La Vorágine*, escribió un admirable libro en que interpreta poéticamente las selvas tropicales: *Tierra de Promisión*. El propio Mariano Azuela, afortunado novelador de la revolución mejicana, había escrito otros relatos con antelación a su logrado libro *Los de Abajo*.

Acudimos, otra vez, a tan manoseada trilogía para realzar el excepcional acontecimiento que representa en la producción novelesca de Hispano-América el nuevo nombre de Hernán Robleto.

Hasta hace pocos días nadie conocía, entre nosotros, a este escritor. Su apellido era un misterio y no se podía pensar que las novelas típicas de América se enriquecerían con un ejemplar tan vigoroso y realista como *Sangre en el Trópico* (1).

De Robleto tenemos escasas referencias. Sábese que fué subsecretario de Instrucción Pública en el gabinete del Presidente liberal Juan Bautista Sacasa, derrocado violentamente en Nicaragua por los conservadores con el apoyo de los Estados Unidos. *Sangre en el Trópico* pinta la intervención yanqui en Nicaragua. Tiene, pues, el valor de

un documento humano inapreciable sobre tópicos de viva resonancia continental. Contiene, además, el testimonio descriptivo de un hombre que ha vivido con intensidad la existencia fascinadora del trópico y que penetró en los misterios de sus ríos, mares y selvas. Robleto luchó contra los facciosos conservadores y tuvo ocasión de batallar con los fusileros de marina que envía Wall Street para el afianzamiento de su dominio financiero en la zona centroamericana. Los fusileros son el mejor apoyo de las compañías bananeras y del ambicioso proyecto de un nuevo canal interoceánico en Nicaragua. Robleto, más tarde, se ha dedicado el periodismo, en Méjico, y nada hacía pensar en que fuera el cronista de una guerra civil donde se jugaba el destino de su patria.

Sangre en el trópico se divide en dos porciones igualmente dramáticas. La primera relata la expedición de un barco mejicano que conduce a Nicaragua un puñado de voluntarios liberales, junto con armas y municiones. Las escenas de Puerto Méjico y los azares de *La Carmelita*—así se llama el barco expedicionario—a través del Golfo de Méjico y del Caribe, son realmente emocionantes. Robleto, sin llegar al pleno estilo artístico, consigue dar efectos hondos con su honrado verismo. Todas las páginas de esta primera parte, logran interesar y se hallan enriquecidas con detalles típicos del habla y de la vida en Méjico y Nicaragua.

La segunda parte, donde comien-

(1) Edit. Cénit. Madrid, 1930.

za el verdadero drama, es el arribo de los expedicionarios, aprovechándose de un armisticio, a Nicaragua. Muy densas estas aventuras donde late la tragedia de un pueblo oprimido y expoliado por quince años de oligarquía ávida, que sostienen los yanquis.

La Carmelita, cual un barco fantasma, burla el bloqueo de los yanquis y de las autoridades hondureñas, que bajo cuerda simpatizan con los explotadores de Nicaragua.

La vida y el drama del trópico alientan en este relato. Por un lado, están viejos políticos pertenecientes a un grupo de familias pseudo patricias (Díaz, Chamorro, etc.), cuyo dominio se asienta en la explotación sistemática de la tierra. Este grupo de conservadores tiene en contra a la masa de la opinión, pero cuenta con el apoyo financiero yanqui. Ya en 1912, Diego Manuel Chamorro, Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, solicitaba ayuda de los Estados Unidos, diciendo que su gobierno era «impotente para debelar esta rebelión». Periódicamente el pueblo, adicto a los liberales, se levantaba en armas; pero los yanquis, arteramente, metían cuñas, que en su lenguaje diplomático llaman «zonas neutrales» en los sitios donde triunfaba la rebelión libertadora. En estas zonas neutrales, que por lo general comprenden pueblos y sitios de abastecimiento, se impedía el acceso de los liberales con el pretexto de que peligraban las vidas e intereses de los ciudadanos yanquis.

Con mucha dramaticidad, Robleto pinta esta lucha entre un pue-

blo dominado y sus tenaces explotadores. Asistimos así al espectáculo de la salida de los liberales de su cuartel general en Río Grande y al triunfo que tienen en Laguna de Perlas, donde estaba la base de los conservadores. Robleto es un excelente narrador de escenas guerreras. El asalto y toma del cuartel conservador constituye uno de los aciertos más efectivos del libro, nutrido de interés en todas sus doscientas setenta y ocho páginas.

Impresiona, por sobre todo, una página barbussiana en que se relata la quema de los cadáveres amontonados después del combate en grandes piras. Por ejemplo estas líneas:

Se sucedían escenas dantescas. El calor suscitaba contracciones en los cuerpos. La pira era una sola contorsión horrorosa, de pesadilla. Los muertos se movían, adquirían posiciones de espanto, parecían querer huir del tormento. Porque tendían los brazos, se estiraban, se mezclaban más en la red de los miembros diversos, como buscando acogida en el fondo de aquellas raíces contraídas. Había unos que se sentaban un instante, envueltos en las bufandas de las llamas voraces, para caer de nuevo. Muchos daban tumbos completos, saltos mortales, machincuepas ridículas.

Después abundan las calofriantes escenas de la selva, con su vida misteriosa, que desparrama la noche, con sus enemigos secretos, hormigas gigantes, insectos venenosos, reptiles traidores, cocuyos descomunales y pantanos pestilentes. El fusilero de marina vacila ante este cúmulo de enemigos; pero, sobre todo, ante el peligro abscóndito de

un adversario implacable. Cuando se aleja de las zonas neutrales, donde abundan los recursos, lo acecha la muerte en encrucijadas de sombra y arteros disparos surgidos de los arbustos. Unos cuantos seres famélicos, comidos de paludismo, con los ojos surcados de fiebre, bastan para detener a los robustos y bien conocidos *marines*.

Un hórrido cortejo sigue a liberales, a conservadores y a todo el mundo en Nicaragua. Son los zopilotes, que se aprestan a festines opíparos con los restos humanos y desperdicios de los ejércitos.

El trópico ha revelado parte de su secreto en las novelas de Rómulo Gallegos y de José Eustasio Rivera. El libro de Robleto nos sugiere todavía más. Es la novela palpitante de una raza que lucha contra dos enemigos: el interno (cacique, explotador, oligarca) y el externo compuesto de banqueros, políticos ávidos y ocupantes militares.

Sangre en el Trópico sostiene su interés hasta el final. Existe ahí un defecto, propio de un escritor que por primera vez ensaya tan difícil género: la introducción de un episodio sentimental. Un fusilero de marina, Clifford D. Williams, que se exhibe muy bruto en sus actuaciones resuelve reparar una violación perpetrada en una criolla. Se casa con ella y deshace el entuerto. Esto parece absurdo y no corresponde a su psicología anterior, de ser instintivo y primario. Realzamos este defecto, que es el único grave que hay en toda la relación. Admirable la sensación del Mar Caribe, muy felices las pinturas de

costumbres y de combates. Pero, por sobre todo, las páginas consagradas a la selva, que es el gran personaje de este libro, donde los caracteres más recios se diluyen un poco ante el terrible drama colectivo. Es la gran tragedia americana que revela algo de su multiforme gangrena: el político explotador, el criollo ávido, el militarote afortunado que se agazapa entre palabras huecas de redención. Y, por debajo, de éstos, el astuto banquero yanqui, el empresario colonial de las bananas y de la United Fruit Company, señoreándose en las Antillas y conduciendo los áureos plátanos para Nueva York.

Robleto ha escrito con calor de humanidad y vibrante patriotismo De ahí el secreto emocional del primer libro suyo. Basta, sin embargo, para colocarlo entre los buenos escritores de Hispano-América. Como dice él: «Este no es un libro de odio. a pesar de que hay muchos motivos para odiar». Lo entona tal resolución: el deseo de que estas desgraciadas tierras, merecedoras de próspero porvenir, no sigan esclavizadas por sus propios políticos, por sus desleales hijos. El enemigo mas grande de América es el mal americano. Verdad que se extiende, desnuda y dolorosa, desde Chuquicamata hasta el Caribe, y que hemos visto crucificada sobre el triste destino de los nativos.—Ricardo A. Latcham.

DAVID GOLDER, por Irene Nemirovsky.

David Golder, judío, después de haber vivido una agitada y sombría

vida de negocios, muere, a la edad de sesenta y ocho años, de una angina de pecho. Este es el tema de la novela de Irene Nemirovsky. Aquella agitada y sombría vida de negocios no está pintada sino a grandes rasgos; surge de los recuerdos del protagonista. Para la autora no tiene importancia la vida anterior de David Golder. Coge al personaje en el instante en que empieza a sentir los primeros síntomas de la enfermedad y describe su vida y los acontecimientos de ella hasta que muere a bordo de un barquichuelo que lo conduce de Rusia a Turquía. La descripción patológica es minuciosa y casi cruel; recuerda las sutiles y angustiosas descripciones psicológicas de Dostoyévski. Hay algo de sadismo en ese afán de anotar los mínimos detalles de la enfermedad: las angustias del enfermo, el análisis de sus dolores, las reflexiones sobre su mal y las posibles consecuencias. El lector nervioso termina por sentir dolores en la región precordial.

Junto a este proceso patológico, la autora desarrolla otro, psicológico, no menos intenso, derivado de la tragedia familiar de David Golder: una mujer liviana y egoísta y una hija libertina e indiferente. El lector no tiene un instante de respiro y desde el principio hasta el fin del libro debe soportar una tensión nerviosa fortísima. Entre los personajes no hay uno solo bueno, desinteresado, franco siquiera. Hablan de una manera oscura, cínica o sarcástica, se engañan unos a otros, mienten. Van a enterrar a un socio de David Golder que se ha

suicidado por malos negocios y mientras esperan la sepultación bajo una lluvia torrencial, uno de los acompañantes dice:

—Sí; en París, cuando llueve, son poco agradables los entierros. Pero todos tenemos que pasar por ello. Ya verá usted cómo el bueno de Marcos (el muerto) se las arregla de modo que, para ser la última vez que le acompañamos, reventemos todos de pneumonía. Debe darle gusto que chapoteemos en el barro. . . No era un hombre cariñoso. . . ¡Oh! ¡Por fin se ha acabado! Nos vamos. . . ¡Ya era hora!

El que habla es un «juif». Y así es todo el libro, desolado, amargo, doloroso. Las figuras de los judíos que aparecen en la novela, las figuras morales y físicas, son menguadas, mezquinas. ¿Será la autora una anti-semita rabiosa? Debería serlo, a juzgar por el libro; pero no lo es. Irene Nemirovsky es también judía, hija de un banquero. Si es así, como lo afirma en un artículo Noël Sabord (*Vient de paraître*, marzo de 1930), ¿por qué eligió para personaje de su novela un hombre de su raza y por qué los demás judíos que alienan en el libro están tratados de esa manera triste? Cualquier otro hombre de negocios, de raza no judía, pudo haberle servido para ello.

Sin embargo, atenuando en algo la dureza de la psicología de la gente semítica, David Golder concluye por ser un hombre simpático, un hombre que inspira piedad por sus sufrimientos y su desolación; constituye algo así como un símbolo. La novela de Irene Nemirovsky no puede estimarse sino como admira-

ble, escrita con gran soltura, sobriedad y justeza. Los monólogos interiores de David Golder han sido combinados con singular maestría. Literariamente, *David Golder* es casi una obra maestra. Políticamente, es un flaco servicio hecho a los israelitas, sobre todo a los israelitas de Francia, donde el antisemitismo constituye un solo sentimiento con el patriotismo.—*Manuel Rojas*.

CRUCES Y MUERTOS (LES CROIX DE BOIS), por *Roland Dorgelès*.

Otra novela de la guerra... Heridos, muertos, chistes en las trincheras. En verdad, nada de nuevo. Dos o tres cuadros acertados. Nada más. Los otros se parecen a los de las numerosas novelas de guerra que llevamos sufridas. El tema parece que dará mucho todavía; actualmente reemplaza, en gran parte, a los usados antes de la contienda europea. Es el motivo que apasiona y atrae a la gente que gusta de las obras truculentas, impresionantes: novelas de aventuras, policiales, etc. Concluirá por hastiarnos a todos; se convertirá en algo parecido al adulterio o al robo del collar de perlas.

Sin embargo, hay en el libro de Dorgelès un cuadro maestro. Es aquel que narra la ejecución de un soldado.

—¿Sabe lo que había hecho? La otra noche, después del ataque, se le nombró de patrulla. Como ya había ido la víspera, se negó. Nada más...

—¿Lo conocías?

—Sí, era un muchacho de Cotteville. Tenía dos niños. Dos niños; altos como su patíbulo.

El capítulo se titula: *Morir por la patria*.

Esto es lo más original del libro, lo que lo destaca de las novelas que se han escrito sobre la guerra. Los demás capítulos nos son ya conocidos y los personajes que en ellos actúan también: el soldado gracioso, el que come mucho, el traicionado por su mujer, el indiferente, el que se transforma en héroe casi contra su voluntad, el miedoso. Es la misma fauna de las trincheras alemanas y francesas que se reproduce a través de todas las novelas.

El libro está traducido de una manera horrorosa. El traductor ha sustituido las palabras del argot francés por las del español y esto produce una repugnante sensación de hibridez. Algunos poilus habla como chulos madrileños. La puntuación anda y va por donde quiere, y los errores se muestran en todas las páginas sin decoro alguno. Desde algún tiempo ciertas editoriales españolas publican sus libros sin cuidado de ninguna especie. Los que leyeron *El mundo hundido* de Pablo Schostakowsky recordarán el galimatías sintáxico que se observaba en los últimos capítulos; los verbos aparecían como traspuestos y cambiados de tiempo y de ubicación. Sólo los primeros dos capítulos, que Schostakowsky escribió durante su permanencia en Chile y que fueron corregidos por sus amigos de aquí, aparecían correctos. Los demás, infames.

No comprendemos esta negligencia de esos editores españoles. Creemos que de esta manera concluirán por ahuyentar al lector de habla hispana, el cual a poco que esto dure, preferirá leer las obras en su idioma original, sobre todo las francesas.—*M. R.*

TEATRO

EL PÁJARO AZUL, por *Mauricio Maeterlinck*.

La editorial América ha lanzado una nueva edición del poema teatral, tan celebrado, del maestro belga. La traducción es acaso de las mejores, si no la mejor que se ha hecho en castellano, y se debe a la pluma del culto escritor costarricense Roberto Brenes Mesén, que ha tratado, y lo ha conseguido, de trasladar al castellano el estilo tan lleno de sugerencias de irrealidad de Maeterlinck.

La impresión que nos deja una nueva lectura del poema en referencia es contradictoria. Ya en esta época nuestra el teatro de Maeterlinck, lleno de fantasmas y de inquietudes, con sus mujeres desfallecientes, de nombres medioevales, que morían sin una queja por la vida terrenal que dejaban, deseosas de penetrar en el eterno misterio, y para las cuales el amor humano era sólo un apasionado perfume de azucenas, nos parece una conseja de nuestra niñez, que habíamos empezado a olvidar...

Hoy día nos transporta de nuevo a ese mundo perdido de la fantasía

y del ensueño de Maeterlinck la lectura de este *Pájaro azul*, que dentro de su obra total viene a ser, en cuanto a las características señaladas, una excepción. En efecto, aquí ya no es la muerte con su incógnita permanente la que da el tono de mando a la obra. Es otra interrogante la que se plantea el autor y la formula a los espectadores, mejor dicho, a los lectores. Es la felicidad, cuya incógnita, tan persistente como la de la muerte, no ha encontrado por parte del hombre una respuesta satisfactoria a la búsqueda ansiosa. Tytyl, Mytyl, los niños heroicos que guiados por la Luz buscan el pájaro azul, han tenido un momento de vida real en el fondo de todos los corazones humanos, y como en la leyenda, acaso del fondo de todos los corazones ha surgido la convicción final de Tytyl, que al despertar encontró extrañado el pájaro azul en su propia casa, vale decir, dentro del símbolo, la felicidad en su propio yo. Sin duda alguna el valor de tales símbolos tiene una fuerza de permanencia inalterable, y el estilo mismo de Maeterlinck, delicadísimo poeta ante todo, lleno de una extraña confusión de sentimientos, borroso y tenue, sirve para dotar a los símbolos del *Pájaro Azul* de una poesía profunda que no se olvida.

Pero si la fuerza poética del autor belga manifiesta la personalidad de un artista de los más grandes, sus ideas sobre los problemas trascendentales del hombre carecen de precisión y de solidez, y la errancia de los niños en busca de la felicidad sólo muestra la debilidad

conceptual del poeta, que quiere resolver las interrogantes eternas: la muerte, la felicidad, la justicia, la dicha, el amor... Tal vez las ideas en semejante empresa sirvan bien poco y posiblemente el procedimiento de Maeterlinck es el más sabio: dejarse llevar por todos los sentimientos y purificar el alma en un baño de sabiduría que en más de una página se parece demasiado a la resignación fatalista de los orientales. Todo esto, en cuanto a ideas, en 1930, sin saber por qué lo aceptamos muy poco, o más bien, no lo aceptamos.

Pero creemos que esa resignación sería llevadera si siempre fuera acompañada de un poco de ironía, de esa ironía a ratos trágica, que le hizo colocar a «la alegría de comprender» buscando siempre a «su hermana la dicha de no comprender nada», y a «la alegría de ser bueno, la más feliz, pero la más triste, a quien con dificultad se le impide ir hacia las desdichas...», triste e infeliz. Son verdades terribles. Terribles e irónicas... y escasas en el poema.

Precede, como prólogo al libro, la conocida semblanza del poeta, que hizo Georgette Leblanc, en los tiempos de felicidad matrimonial.
—Abel Valdés A.

POESIA

STADIUM, por Ramón Fera.

Tras los iniciales ensayos, no siempre fructuosos, la nueva poesía parece arribar a buen puerto. No

lo decimos por este poeta (1) y su primer libro, todavía débil y balbuciente, sino por la obra más lograda de quienes han oído el mensaje de los tiempos y han acordado a él su sensibilidad. Habrá que repetir una vez más el esquema que recorre la curva agitada y subversiva del arrebató romántico hasta remansarse en el refugio sereno de una clásica y armoniosa sencillez. Clasicismo significa orden, jerarquía, autoridad y disciplina. Sólo que, al revés de lo que sucede en la política, la disciplina, el orden, la autoridad y la jerarquía emanan en el arte de la intimidad del artista y no de exteriores coerciones. Estamos, para sentir y apreciar los valores, a igual distancia del sufragio universal que de la imposición de las bayonetas. Aquí presiden la sensibilidad y la inteligencia.

Antonio Espina, que prologa este libro, nos parece una de las inteligencias más lúcidas de la España de hoy. Poeta, novelista, ensayista, crítico, a él pertenecen algunas de las páginas más agudas y justas de diagnóstico del arte moderno. Desde luego, el prólogo de *Stadium*.

Comienza recordando el precepto de Rémy de Gourmont de «lograr lo nuevo a toda costa» y ve en él el lema de los escritores desde la época del romanticismo. Antes hasta pasaba como un lujo intelectual escribir una imitación de tal o cual modelo clásico, una oda a la manera de... una epístola según... un soneto al itálico modo.

(1) Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid, 1930.

Después la voz de orden fué mostrar la propia individualidad y se llegó hasta la exaltación del orgullo satánico, o bien, caminando entre extremos, a la infelicidad de contar las desgracias domésticas o las desventuras conyugales. En los poetas grandes aparecía el yo profundo y metafísico. En los menores, la anécdota menuda y sensiblera salpimentada de lágrimas por una infidelidad o un desengaño.

Acaso a la reacción contra este estado de cosas fué a lo que, extremando las proporciones del fenómeno, bautizó don José Ortega y Gasset con la fórmula sugerente de «deshumanización del arte». Deshumanización imposible hasta cuando el poeta se fuga de la realidad por el plano encantado de la metáfora. Porque, en último término, la metáfora no es sino la animación antropomórfica de las cosas. Se presta a las cosas vida y realidad de hombres. Es decir, al revés de lo que se pretendía demostrar, se las humaniza. Maravillosa función de la metáfora, poner en movimiento, como con alas invisibles, los objetos inertes y oscuros.

Pero, como hay los románticos del clasicismo, hay también los clásicos del romanticismo. Hacia ello vamos evolucionando los hijos de esta época, todos, cuál más, cuál menos, y hasta sin querérselo confesar, tocados de romanticismo.

Para Antonio Espina el afán de originalidad que trajo el romanticismo desbordó de la personalidad literaria misma e invadió los terrenos de la fisonomía, de la indumentaria y hasta de la vida. Había que

ser en todo un personaje extraordinario recurriendo hasta el escándalo si era necesario. En este sentido, no se puede hablar todavía del «último romántico».

Pero aquí llegamos a la poesía de hoy, y queremos dar la palabra a Antonio Espina:

La poesía moderna experimenta una reacción contra todos los afanes a ultranza. Busca la ponderación de normas, el laconismo de gesto; adopta precauciones; procura incorporar con fino tanteo lo novel a lo eterno. Los poetas franceses de hoy nos hablan con voz discreta, y para no romper con ninguna estridencia el equilibrio de balbuceos y silencios que reina bajo la nave, aplican la sordina. Y las reglas comunes. O sea, sencillamente, la Retórica, si es que de veras la abandonara alguna vez. Apollinaire no era un retórico. Paul Valéry lo es. Todo lo grande, lo exquisito, lo imperioso que queráis; pero un retórico. (Págs. 6 y 7.)

Como una reacción contra la espontaneidad gesticulante e inspirada hemos caído en el dominio de la inteligencia crítica e introspectiva. Cuando decimos que hemos caído no pretendemos calificar el fenómeno sino precisar su trayectoria. ¿Hemos ganado o perdido con la nueva manera de comprender la poesía? La respuesta no puede ser absoluta. Lo que hemos perdido en inspirado y caótico arrebató lo hemos ganado en sencilla y clara elegancia.

No pretendo que el poeta de *Stadium* realice el ideal de la nueva poesía ni mucho menos. Parece sí un espíritu bien dispuesto. El propio prologuista ha de confesarnos

que estamos ante una personalidad, si efectiva e indiscutible, todavía inmadura. Confirmamos plenamente su dictamen. Y más cuando el prologuista, espíritu lúcido, descubre como cualidad cardinal de su autor la lucidez.

Verdad es que todavía no la emplea sino en ensayos esquemáticos, incipientes. Decir de la simpatía de una persona:

Si te esfuerzas,
no la logras;
si la buscas,
se te pierde,
No es tuya.
En ti
yo la encontré
Es mía.

(Pág. 19),

es acaso apuntar, como reconoce el prologuista, una fina observación psicológica, pero es, al fin y al cabo, decir bien poca cosa. Aparte de que, aunque se quisiera hacer poesía, no había para qué dar disposición tipográfica de versos a algo que tiene fundamentalmente en su forma y en su esencia, en su anatomía y en su fisiología, calidad de prosa pura.

Más cerca de una expresión lograda nos parecen sus *Anclas*:

Cruces que se fueron
al fondo
en un ir de cadenas.
(Pág. 55.)

Pero siempre es muy poco. Y ¿por qué esta definición ingeniosa habría de afectar, aunque sólo fuera tipográficamente, la forma del verso a la que estamos acostumbrados a atribuir los sutiles artificios del

ritmo y de la rima, o siquiera el del ritmo? Otro tanto diremos de sus definiciones de *Peceras*:

Allí, la ballena pretérita,
el tiburón despectivo
—Hércules furioso—.
La democrática familiaridad;
el pez martillo—mecánico—;
el pez sierra—cerrajero—;
el pez verde—pintura—;
el pez espada—militar inútil—;
lapas—palas—;
caracoles—altavoces—;
pulpos—brea.

(Pág. 49.)

Todo esto es ingenioso y no seremos nosotros quienes lo neguemos. Pero, ¿ha de ser la poesía puro juego de ingenio y artificio?

Juega el poeta con la imagen sin ser pródigo en ellas. Más bien pretende sumergirse en el subsuelo de las almas. La verdad es que nos parece una empresa demasiado grande para sus fuerzas. Pero surge de su empeño ambicioso, como la claridad del choque de fuerzas oscuras, la iluminación de una imagen pura:

Diamante para tu cuerpo cristal,
mi mano.
(Pág. 13.)

Está bien, pero siempre es muy poco. En nuestra época los poetas parece que nacieron cansados.

Dirá que:

con la lluvia mudan de puerto los
trochitos
de madera
(Pág. 17),

y nos dará con ello una bella imagen. Pero, a continuación, seguirá detallando:

...y los de papel arrugados
se hacen planos
(ibidem),

y nos trasladamos a los dominios
de la prosa notarial, al estilo de in-
ventario. Lejos, muy lejos de la
lúcida poesía.

En *Olas* dice:

Con el mismo viento,
juntas todas,
al mar.
Sobre la arena,
cristalería frágil
de conchas.
Escamas del pez océano.
(Pág. 45.)

Se ve que intencionadamente el
poeta es comprimido, elíptico, tele-
gráfico. Con una noble intención es-
tética, los resultados son deplorables.
Está bien la economía de los medios
de expresión, pero sin llegar a la for-
ma esquemática de la clave, la cha-
rada o la adivinanza.

Siempre fiel a su procedimiento,
pero embarcado ya en una corriente
de más intensa poesía, dice del vien-
to:

Cierra las puertas con presión
(neumática).
Abre de las puertas la boca.
Un papel en la mesa se fué como un
(pájaro).
Las personas de los cuadros, andan.
Fuera, en los filos de las esquinas,
se va cortando los brazos.
Más allá se hizo caracol en el ras-
(cacielos).
(Pág. 27.)

Tan incompleto como se quiera
este trozo es vívido, animado y tiene
movimiento. Casi está bien. Pero

siempre es muy poca cosa. El poeta
es un prisionero y una víctima de su
manera retórica. Quiso reaccionar
contra el énfasis y la ampulosidad y
cayó en la anemia y el estreñimien-
to. Su poesía parece poesía de en-
fermo y para enfermos. Poesía en
dosis homeopáticas.

Estamos en presencia de un poeta;
pero de un poeta en formación que,
por ahora, nos da sólo los esquele-
tos de sus poemas. Como si, por un
capricho, publicara sus borradores
y cuadernos íntimos. Esperamos
que un día publique sus poemas y
juzguémoslo entonces. Registrem-
os por hoy su existencia y demos
noticia de ella a quienes se intere-
sen por la minerva española.—*Ro-
berto Meza Fuentes.*

ANTOLOGÍA DE LA POESÍA MEJICA-
NA MODERNA, editada por *Jorge
Cuesta.*

Es difícil sobre toda ponderación
la confección de una buena y acer-
tada antología poética. La selec-
ción de los trozos, y más que todo
el que la antología cumpla con su
misión fundamental, esto es: dar
una impresión completa sobre una
poesía determinada, es tarea di-
ficultosa. Y la causa inmediata de
esta dificultad, ya que no la única,
proviene de la falta de certeza de
casi todas las antologías para cir-
cunscribirse a determinados perío-
dos de la vida literaria de un país.

La presente antología escapa afor-
tunadamente a las observaciones
hechas. Se limita a la poesía meji-
cana «moderna», y el seleccionador,

Jorge Cuesta, cultísimo escritor joven de Méjico, ha adoptado un criterio a la vez amplio y estricto, que le permite iniciar la época que él llama moderna con Manuel José Othon (1858-1906) y terminar su libro con los poemas en prosa de Gilberto Owen, nacido en 1904. Podría creerse, por los nombres y fechas citados, que en esta antología reina una confusión absoluta de valores, de fechas y de épocas dentro de la producción poética mejicana.

Nada más errado. Ha dividido el autor la poesía mejicana moderna en tres ciclos, que si no pueden precisarse exactamente en cuanto a las fechas que los inician y les dan fin, se caracterizan por el núcleo de poetas que reconocen ciertos tonos comunes en su canto. En el primer grupo, caracterizado por un fuerte tono romántico, Hugo, Musset, Lamartine, Gautier como influencias predominantes, figuran Manuel José Othon, Salvador Díaz Mirón, Francisco A. de Icaza, Luis G. Urbina, Amado Nervo y Rafael López. Estos dos últimos podrían formar un duo de transición entre la influencia romántica y la que le siguió en la poesía francesa del siglo XIX, parnasianismo, Heredia, Leconte de Lisle y las corrientes llamadas modernistas, entre las que los secuaces de Baudelaire, de los simbolistas Rimbaud, Verlaine, formaron sólo grupos pesquisables en el delirio de todos los «ismos», iniciado en el siglo XIX y no terminado aún. Las influencias señaladas en estos últimos se refuerzan con el canto del *Azul* de Rubén. Y en el caso de Icaza, los románticos han hecho el

indispensable viaje a Andalucía, resultado de la permanencia del poeta durante tantos años en su España amada.

En el segundo ciclo caben muchos nombres y muchas influencias. Tan pronto despuntes nacionalistas en poesía como acentos exóticos que llegaron a imitar, en el caso de Tablada, a los hai-kais japoneses. Sobre todas las influencias cada poeta busca su camino verdadero y en casi todos los casos, Rubén Darío los guía por el camino de Francia, de la Francia de Baudelaire, Rimbaud, Corbière, Samain, Verlaine, Grehg, etc. A otros como a Manuel de la Parra el propio Rubén le indica el camino del romanticismo alemán y a ratos el del inevitable simbolismo francés. Figuran en este ciclo Efrén Rebolledo, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Manuel de la Parra, Ricardo Arenales, Ramón López Velarde y Alfonso Reyes.

En el tercer grupo, el grito moderno, actual, da el tono a toda la producción. Los «ismos» últimos: unanimismo, creacionismo, imaginismo, dadaísmo, superrealismo, poesía pura, etc., etc., tienen su resonancia en los jóvenes poetas de Méjico. Sin faltar un «ismo» autóctono, el «estridentismo» representado por Manuel Maples Arce, cazador de metáforas violentas. Se agrupan aquí, fuera de Maples Arce citado, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Salvador Novo, José Gorostiza, Javier Villaurrutia y Gilberto Owen.

Tal es, a grandes rasgos, el plan

y el contenido de la antología que comentamos. Junto con la selección de cada autor citado, Jorge Cuesta ha escrito unas breves líneas de explicación; explicación de la obra del autor y de la ubicación de éste en el panorama de la poesía.

Es notable la obra que comentamos por cuanto escapa a las observaciones que hicimos al iniciar esta crónica, y en las que incurren casi todas las antologías, y por cuanto revela en su autor un conocimiento profundo de la literatura de su patria y un criterio exquisito de selección, en que sólo la calidad artística reconocida e imposible de desvirtuar se acepta como credencial para figurar en el libro.

Sin embargo, no es posible no hacer algunas observaciones, entre otras que podrían formularse en un estudio más detenido de la antología, para el cual carecemos de espacio. La primera ha de ser la falta de condiciones críticas en el seleccionador. Parecerá contradictoria esta afirmación con la que hicimos en el párrafo precedente, pero no lo es. Aunque indudablemente el autor sabe apreciar las condiciones de los poetas mejicanos, llegando a expresarlas, lo que ocurre en las notas sobre cada uno de ellos que contiene la antología, no delimita con claridad ni señala con precisión los rasgos distintivos de cada poeta. Esto es notorio, especialmente en los pertenecientes al segundo ciclo, en que las anotaciones dedicadas a Ricardo Arenales, Ramón López Velarde y Enrique González Martínez pueden ser-

vir indistintamente a cada uno de ellos, porque nada dicen de específico sobre la personalidad poética de cada uno de estos poetas. Y tal vez proveniente de esta inseguridad en la apreciación de cada poeta en particular, resulta el hecho que no se explica de la omisión que ha hecho el autor de algunos poetas que sin lugar a dudas debían haber figurado en la antología. Si Manuel José Othon fué elegido para caracterizar el primer nombre del ciclo que podríamos llamar romántico, ¿por qué se excluyó a Manuel Gutiérrez Nájera, que dentro de la tendencia romántica destaca la más fuerte personalidad? Y sucesivamente, nos podríamos preguntar: ¿por qué no figura en el segundo ciclo María Enriqueta, que dentro de su poesía particular, hogareña y burguesa, ha acertado plenamente en tres o cuatro poemitas de innegable delicadeza y de profunda emoción? Tampoco encontramos justificada la exclusión, entre los vates alineados en el tercer ciclo, de la obra de Baltasar Dromundo, aceptable y aceptada en las últimas manifestaciones del espíritu de las avanzadas literarias mejicanas.

Pero los defectos y omisiones anotados no desvanecen la impresión inicial que deja la obra que comentamos: una contribución sólida y meritoria a la historia de la literatura mejicana, una de las más interesantes de nuestro continente, contribución hecha con cariño y con talento.—*Abel Valdés A.*

GEOGRAFIA

LA GUINEA ESPAÑOLA Y SUS RIQUEZAS, por *Julio Arika*.

España, poco a poco, ha ido perdiendo sus colonias. Las pocas que posee en la actualidad, fuera de los arenales de Río de Oro y Adrar y del territorio del Muni, más que colonias de vida propia, son puntos de apoyo, sitios estratégicos, mantenidos en vista de posibles conflictos internacionales. La política colonial de España no ha sido de las más acertadas y los pueblos que estuvieron bajo su dominio, aburridos de un tutor que sólo se preocupaba de extraer riquezas, sin devolver en cambio ningún adelanto de ninguna índole, prefirieron correr el albur de una revolución. Lograron su independencia. Y estas sucesivas insurrecciones coloniales, este desmembramiento de lo que un tiempo constituyó la reserva de riquezas que poseía España, no influyó para nada en la política colonial que desarrollaron los sucesivos gobiernos de la Corona. Y siendo así, los acontecimientos se sucedieron en la misma forma, hasta llegar al día de hoy, en que las colonias de España, la mayoría de ellas, cuestan al Estado español más de lo que en realidad valen.

El territorio del Muni, o sea la parte que España posee en la Guinea, es un ejemplo de esa mala política colonial. España recibió de Portugal, por el tratado de El Pardo, en 1778, las islas de Fernando Poo y Annobón, con el derecho de pleno y libre comercio desde el Cabo For-

mosa, en la desembocadura del río Niger, hasta el Cabo López González, al sur del río Gabón, reconociéndose a España el derecho de disponer de los territorios comprendidos entre aquellos cabos. En 1841, después de haber enviado a esa región varias expediciones y después de echar de allí a los ingleses que querían posesionarse de las islas, Fernando VII pretendió vender a Inglaterra, en la suma de sesenta mil libras esterlinas, las islas de Fernando Poo y Annobón. Atacado el proyecto en la prensa y en las Cortes, hubo de ser retirado. Se sucedieron otras expediciones, pero la colonia vegetaba abandonada. En 1884 se reunió en Berlín una conferencia en que se trató el problema del reparto de Africa y a la cual conferencia asistieron todas las potencias europeas, excepto Suiza y Estados Unidos. Por España asistió el Duque de Benomar, embajador en Berlín.

La Conferencia de Berlín fué el momento histórico más oportuno y más indicado para que el Gobierno de Madrid hiciera prevalecer los inalienables derechos que a España asistían para su expansión en Africa. Pero nuestra diplomacia, hechura de la inepta política del régimen pasado, ni se preocupó lo más mínimo de nuestra colonia en Guinea, ni su miopía pudo ver que, dada la importancia enorme que en un futuro muy próximo—futuro que ya es hoy presente—tenían que adquirir las posesiones en Africa, no permitía la política del día que ninguna nación mirase con indiferencia las que poseía, si no quería verse postergada en el comercio universal a que aspiraban todas las potencias.

El resultado fué que en lugar de los doscientos mil kilómetros cuadrados que correspondían a España, sólo recibió veintiocho mil. En 1900 Francia firmó con España el Tratado del Muni, por el cual se reconocía la soberanía de España en aquellos veintiocho mil kilómetros cuadrados. Habían pasado ciento veintidós años desde la firma del Tratado de El Pardo, tiempo durante el cual España no había hecho absolutamente nada en la Costa de Guinea.

Correspondió al Gobierno de Primo de Rivera, tan desacertado en lo demás, remediar esta situación, concediendo a la colonia un crédito extraordinario de 22.785,000 pese-

tas, con el cual se han construído carreteras y obras sanitarias, estableciendo, al mismo tiempo, una administración eficiente.

¿Qué habría pasado en esos ciento y tantos años, si los pobladores de las islas y del continente africano no hubieran sido pobres indígenas? España habría perdido esa colonia como perdió las otras.

El libro de Julio Arija, que ha vivido nueve años en esas regiones, es muy completo. Hace la historia de la colonia y enumera las incontables riquezas forestales y agrícolas que encierra, al mismo tiempo que hace un estudio detallado de las razas que la pueblan, de sus costumbres y sus orígenes.—*M. R.*

LAS REVISTAS

RESURRECCIÓN DE BÉCQUER

Por intermedio de un amigo y compañero, llegado de España no ha mucho, hemos tenido ocasión de conocer algunos ejemplares de *Nueva Revista*, publicación de la juventud inédita española, que ha adoptado una actitud esencialmente combativa frente a los otros periódicos literarios españoles y que tiene un interés especial, por cuanto las producciones y juicios que en ella se registran representan en la actualidad las mejores manifestaciones del elemento joven de España.

En su número tres, Antonio Bouthelier, joven estudiante, se refiere en un artículo a Bécquer, y dice:

Enfermo de cuerpo su obra es la de un enfermo desengañado: desengañado de las dos cosas más bellas que la vida tiene: de la gloria de artista y del amor. El, como su época, hizo del amor un culto y de la mujer un idolillo; pero ese ídolo se presenta en su vida como algo fugaz e impalpable—tercera oferta de su admirable rima: *Yo soy ardiente, yo soy morena*—cree tenerlo al alcance de su mano; pero

ve que todo ha sido una alucinación.

Entonces surge su poesía más triste—la más bella—, el largo lamento de sus prosas, el agudo quejido de sus rimas...

No es luchador. Es un pobre de espíritu, incapaz de revolve ante el fracaso, de rebelarse en la desgracia que cae sobre él, aplastándolo, anulándolo; su poesía no es la de un hombre fuerte que lucha por la victoria, por dominar el torbellino en que la vida lo lanza, por sujetar a la fortuna. Se deja llevar, se conforma con sollozar y ni siquiera busca ayuda. Prefiere la desgracia, si es silenciosa y callada. A su figura encuadra la campana ronca, el canto profundo de los sacerdotes, el ruido sordo de la tierra que cae, cae cubriendo una fosa; el fluir silencioso de unas lágrimas, pero no el cascabeleo de una risa. Como en su leyenda. Es raro, las gentes no lo comprenden o no lo quisieran comprender. Busca a un hombre, a un amigo que lo entienda y no lo encuentra; acude a una mujer y menos; va a un anciano, y tampoco. Quiere depositar en alguien el cariño, el amor, el idealismo de que rebosa su alma, y más desdichado que Andrés, no encuentra ni siquiera un perro a quien amar. Cree a veces haber encontrado la dicha, el bienestar, el amor, y desaparecen destrozados al soplo del huracán en que la vida lo envuel-

ve. No es un hombre vulgar, y por eso su época no lo comprende; eminentemente subjetivo—narra sus sentimientos, alegrías, dolores y penas—, logra la máxima expresión de la idea en la mayor concisión. En toda su poesía—prosa o verso— la forma no es más que el medio de expresión de la idea. Esta es la principal; aquella, aunque bellísima y perfecta—no tanto que no haya escritores que lo superen—, es lo secundario. Por eso emociona la poesía de Becquer: porque tiene alma, sentimientos, antes que palabras. Su poesía es para todos, ya que busca sencillez y claridad y no el empleo de palabras «de diccionario», como otros «cultos» escritores.

Pero esto no quiere decir que no haya arte en su expresión. La hay, y no poca—*Cartas literarias*. Eminentemente descriptivo, parece, a veces, que a medida que narra, se construye ante nosotros lo narrado—*Tres fechas, El beso, El monte de las ánimas, La ajorca de oro, Creed en Dios*.

Su poesía, como el órgano de Maese Pérez, empieza a sonar reposada, tranquila, se sostiene en un trino prolongado y termina abriéndose en una explosión de belleza y sentimiento.

DESVIACIÓN DEL CINEMA

En el mismo número, Javier de Echarri hace algunas interesantes observaciones sobre *Desviación del Cinema* en que se manifiesta desconcertado ante la trayectoria seguida por el cine últimamente, y pronostica el fracaso del cine sonoro y realza la importancia, como arte, del cine mudo. Al respecto afirma:

La evolución del cine hacia el teatro no es sino retroceso a un arte menor, porque actualmente el cine

es un arte conseguido, y el teatro, no.

La plasticidad, unida al suceso escueto y la belleza total, son patrimonio del cinema, y pueden (deben) serlo del teatro. La reacción (es una reacción) del cinema sonoro es la negación de todo esto.

No cabe la menor duda que el ruido, el sonido, llevará siempre sobre su conciencia el haber adulterado un arte que era superación de artes.

Con su nueva senda, el cine va poco a poco a ocupar un lugar que también poco a poco, va abandonando el teatro, y que el teatro abandonaba para llevar a ese lugar que ahora va abandonando el cinema. He aquí la catástrofe.

CONTRA MARAÑÓN

En el otro número de *Nueva Revista* que conocemos, Luis Filgueira, uno de los directores de la publicación, se refiere en un interesante artículo titulado *La inmaculada juventud* a ciertos problemas de interés permanente para los jóvenes, refutando en parte principal de él una conferencia del famoso doctor Marañón. Dice en sus párrafos principales:

Don Gregorio Marañón, que tan sanos consejos nos ha dado siempre, habla desde un libro—ya lo había hecho antes en una conferencia—de *Los deberes de la juventud*, entre otros temas ensartados por la palabra «preocupación», y nos dice que el principal deber del joven es la rebeldía. Yo veo que la rebeldía no es el deber de la juventud, sino el deber de todo hombre—ciudadano—ante la injusticia. Pero como a la vejez—dice—corresponde la adaptación, he aquí de qué manera tan cómoda tranquilizan su conciencia

los hombres que no se han rebelado cuando debieron, hombres en quien la juventud tenía puestos sus ojos creyéndolos fuertes y capitanes.

No; el deber de la juventud no es la rebeldía: es la vehemencia; porque precisamente por tener un organismo joven, fuerte, elástico e indócil, debemos de sostener nuestras convicciones—creadas en los jóvenes de hoy por nosotros mismos, gala que tenemos al no deber nada a los que fueron jóvenes diez años ha— con energía, pero nunca rebelarnos por instinto, y si éste surge, aquí la voluntad.

Afirma Marañón que los jóvenes de hoy no debemos de ser deportistas, precisamente porque estamos bajo el imperio del deporte. Yo opino que seremos o no seremos deportistas, si creemos en los beneficios o perjuicios del deporte, respectivamente. Pero siempre la idea que de él tengamos la sostendremos con fuerza y la razonaremos con toda clase de argumentos, para salir victoriosos de la discusión, o para, por lo menos, creer que hemos salido victoriosos. Marañón mismo echa por bajo la sinrazón de su afirmación al decir un poco después que no se entiende la palabra rebeldía en el sentido de ir contra los rojos por el hecho de que mandan los blancos. Pero aun hay más: no creo exista cosa más contraria a toda clase de rebeldía que la milicia, a la que Marañón admira, porque «atenúa hasta límites peligrosos el impulso eficaz de la personalidad». ¡Ah, la personalidad!, la destacamos tanto los jóvenes y los viejos, que si no fuese un defecto de la época y una mala costumbre de la sociedad, nos parecería lógico que fuese un vicio.

Veamos ahora otras afirmaciones erróneas que de la juventud hace Marañón en el mismo ensayo, afirmaciones, a mi juicio, equívocas: «El joven no suele ser apto para las finas emociones», y más adelante: «Se dice que la juventud es la edad del amor; pero esta verdad se re-

fiere exclusivamente a los componentes imaginativos y sentimentales...» No creo que haya otra más fina emoción que la del amor, el amor en lo que tiene de espiritual y más aun cuando todos los amores que se tienen en la juventud—los primeros, siempre los primeros—son del más fino sentimentalismo. Cier to que más adelante surgen otros cariños más espirituales tal vez, pero sólo cariños análogos de sentimientos de paternidad.

Según esto, pues, quiere decir Marañón que el joven no se emociona con la juventud; esto es falso: creo en el espíritu de caridad latente en el corazón de los jóvenes, caridad en su forma más sublime, la que no analiza, desnuda de esperanza.

Refiérese don Gregorio Marañón a la política, y cree en la necesidad de mentalidades avanzadas y conservadoras, en contraposición, jóvenes y viejos. Conservar cosas viejas—no antiguas, viejas—no debe permitirse ni aun a la senectud; de aquí nuestra sed de renovación. Pero el conservadurismo de las ideas renovadoras lo tendremos nosotros cuando pasemos de la juventud, como nuestros hijos y nietos. Ya nos encargaremos los jóvenes de hoy de entregar a las generaciones venideras un legado limpio de política, en que no sean necesarias las contraposiciones, sobre todo si éstas han de depender del matiz edad.

Sucede que en lo que a política se refiere, actualmente, algunos sólo se ocupan del momento, hay una gran mayoría que ha adoptado en lugar del criterio adaptación este otro: comodidad.

Un alto ejemplo de rebeldía en la vejez nos lo ha dejado nuestro llorado Andrenio, y aún creo que, a pesar de todo, nos lo dejará también D. Gregorio Marañón cuando a ella llegue. El Gregorio Marañón que nosotros hemos conocido hasta la publicación del libro *Amor, Conveniencia y Eugenesia*.

Voluntad. A la voluntad alude Marañón cuando finaliza este ensayo, pero la necesitamos todos, jóvenes, maduros y viejos, en el hombre y en la mujer, para ponernos en nuestro lugar, para comportarnos con los que están en otra edad, para el trabajo, para el dolor, para el estudio. Voluntad para dejarlo todo antes de acomodarse a lo ilegal, vehemencia juvenil en todas las edades para oponerse a la injusticia.

Es de esperar que la juventud española pueda cumplir las promesas contenidas en las bellas palabras de Filgueira que hemos transcrito.

SOBRE J. C. MARIÁTEGUI

Un grupo de escritores jóvenes del Perú, César Barrio, Jorge Basadre, Carlos Raygada, Luis Alberto Sánchez, nuestro conocido, y Alcides Spelucin, han fundado un periódico, *Presente*, calificado de «inactual» por sus fundadores, y en el que, dándole una orientación francamente crítica y artística, se proponen formar un grupo, grupo de acción cultural, que seguramente será tan necesario en Lima como en Santiago. Entre nosotros, el propósito similar ha sido cumplido con la publicación de *Indice*.

En el número que tenemos a la vista, de Julio del presente año, destaca un estudio de Luis Alberto Sánchez, sobre Mariátegui, titulado *Datos para una semblanza de J. Carlos Mariátegui*, del cual extractamos los párrafos principales:

Para seguir más de cerca la orientación y la obra de José Carlos, es preciso prescindir de la devo-

ción beata, de la emoción intensa y decisiva de los primeros instantes, intentar un bosquejo de su evolución, objetivamente, marcando los hitos, a fin de no incurrir en ninguno de los dos extremos en que fácilmente se cae cuando se roza una personalidad de tal calibre.

Relata la infancia de Mariátegui, sus debilidades físicas que lo acompañaron desde su nacimiento, y su iniciación, allá por 1910, como periodista en *La Prensa*.

En *La Prensa* pontificaban, en esos días, La Jara, Yerovi, Cisneros; Piérola y sus conspiradores; Ulloa y sus editoriales. Los poetas predilectos de entonces—lo fueron también de Mariátegui—Herrera Reissig, Darío y Chocano, llenaron su imaginación de frases sonoras y giros rebuscados. Amanecía un americanismo retórico. La generación de *Ariel*—los García Calderón, Riva Agüero, Bealunde, Gálvez—imponía el sello de su aristarquía en Lima. Era la hora cenital del modernismo y el decadentismo; de la sonoridad verbal. El cojito Mariátegui atisbaba desde su rincón de pinche del periódico, a los escritores universitarios orgullosos de entonces. De ahí nació quizás su primera disconformidad con lo universitario y con el pseudo americanismo.

Permanece en el periodismo Mariátegui, y su tendencia frívola y literaturizante se manifestaba en sus crónicas (firmaba «Juan Croniqueur») y en la vida de bohemia literaria que hacía junto con sus compañeros de letras, Valdelomar, Ladislao Meza, More, etc. Pero ya lo dominaban las inquietudes sociales y cuando se fundó el Partido Socialista peruano reclamó un lu-

gar en las filas. Las alternativas de la situación política de su patria le impedían permanecer mucho tiempo en determinados periódicos, hasta que junto con Falcón y del Aguila, fundó *La Razón* en 1919.

La Razón criticó irónicamente al señor Leguía. Promovió la reforma universitaria. Protestó, cuando los sonados motines proletarios del 27 al 30 de Mayo de 1919, contra las medidas drásticas asumidas por el gobierno. Fué el campeón de la necesidad de libertar a Gutarra, Barba, Fonken y demás cabecillas obreros presos. Sus redactores sostuvieron al comité de Reforma Estudiantil, que surgió porque la Federación de Estudiantes contemporizaba con el profesorado y no tenía belicosidad suficiente. A raíz de los sucesos del 4 de Julio que llevaron al Gobierno al señor Leguía, *La Razón* declaró su esperanza en que el nuevo régimen encarnara un movimiento renovador efectivo. Alguna vez aplaudió al señor Cornejo. Pero al producirse el decreto sobre reformas constitucionales, inició una labor de análisis valiente y censura franca a casi todas las reformas. En Agosto aun se publicaba el diario, pero se cerñían amenazas sobre su suerte. Su último editorial fué uno en blanco, como los que usaba *El Sol* de Madrid en los principios del Gobierno de Primo. Luego circuló un boletín anunciando que *La Razón* no podría seguirse publicando. Mariátegui y Falcón se encontraban en situación hartó difícil. Como consecuencia de ello aceptaron viajar al extranjero. Así fué como ambos partieron del Perú.

Su estada en Europa fué un acontecimiento capital para su vida y para su pensamiento:

La permanencia de Mariátegui

en Europa duró hasta principios de 1923. Le tocó asistir a la época más aguda de la política mundial. Eran los días de auge del comunismo en Italia—y en Italia residió la mayor parte de aquellos cuatro años Mariátegui—, cuando los obreros se apoderaron de las fábricas. Le tocó además presenciar la reacción conservadora, la iniciación de la marcha fascista. Estuvo en Alemania en la época del gobierno socialista y de la más apasionada discusión de los problemas sociales y políticos. La transguerra con su séquito de problemas complejos desfiló ante los ojos absortos de Mariátegui, para quien fué aquella una ocasión de confirmar sus ideas socialistas, ya fijadas en la campaña de Lima.

En Europa, además, conoció el fuerte amor. Se unió en matrimonio con una italiana, Anita Chiappe, la cual sería la compañera de su vida. En Italia nació su hijo primogénito. Las mutaciones ideológicas coincidieron con las mutaciones de su estado civil.

De su permanencia en Europa arrancan, pues, varios sucesos:

a) concentración en su vida, matrimonio, paternidad.

b) liberación de todo elemento literario puro de su estilo.

c) confirmación de su socialismo y marcha hacia el comunismo.

ch) conocimiento fundamental del marxismo y estudios económicos.

d) meditación sobre el panorama político y social de América.

e) mayor fuerza en sus sentimientos peruanistas, a través de su experiencia europea.

f) convencimiento de la necesidad de organizar conciencia y grupo, antes de lanzarse a la acción, combatiendo el caudillismo, siempre provisional.

g) fortalecimiento de su fe en el estudiantado y el proletariado, ya patente desde las campañas de *La Razón*.

Su labor posterior es demasiado conocida y Sánchez no nos aporta dato alguno de novedad. *Amauta, Claridad, Labor*, y toda la acción social de Mariátegui, están demasiado cercanas a nosotros para que las hayamos olvidado y para tener ya un historiador.

Después, ayer no más, su muerte llorada:

Tuve la noticia de su muerte—leyendo la de su sepelio—el 19 de Abril en el Callao. A la velada en homenaje y en beneficio de sus hijos, acudió modestísima concurrencia, como a las conferencias de Frank. A su sepelio, una muchedumbre de obreros y estudiantes, con rojas banderolas y cantando *La Internacional*. De los homenajes rendidos a su memoria, el más significativo de todos ha sido el de la Argentina; luego el del Uruguay, el de Chile, y el de Cuba. En Estados Unidos se realiza también la colecta pro-hijos de Mariátegui. El más insignificante de los homenajes y el más incomprensivo, el de la prensa del Perú. Bueno es tener presente que en 1925 se propuso el nombre de José Carlos para una cátedra universitaria, de su especialidad, pero que se le vetó. Hay quien le ha enrostrado, después de muerto, el haber sido dueño de un bello estilo, sin reparar que más bella fué su actitud moral y que, bajo el estilo, aflúa un pensamiento robusto y definitivamente sistematizado y porvenirista. Para enterrar su cuerpo, hubo que realizar una colecta entre los amigos más allegados. Deja tres libros inéditos, varios hijos, el socialismo iniciado en el Perú y la discusión en torno a su figura. Además, un punto de concentración, pese a todas las discrepancias: fué un HOMBRE.

El homenaje a Mariátegui, a que

se refiere Sánchez, en el bello estudio de que hemos dado cuenta, que se le hizo de parte de la intelectualidad cubana, está contenido en el N.º 47 de 1930, la revista de los escritores cubanos de avanzada. Escriben en él Waldo Frank, Juan Marinello, Lino Novás Calvo, Jorge Mañach, Adolfo Zamora, que da una impresión sobre Mariátegui, concisa y acertada, Félix Lizaso, Medardo Vitier y Francisco Ichaso. El número de 1930 a que nos referimos está completado por una sección destinada a los libros, en que se destaca una impresión crítica sobre *El roto*, la popular novela de Joaquín Edwards Bello.

LA SITUACIÓN CUBANA

El N.º 48 de la misma revista cubana trae, entre otros, un editorial debido a la pluma de Jorge Mañach, indicador del espíritu de la revista y significativo del actual estado político cubano. Se titula *Economía, Política, Cultura* y dice lo siguiente:

En la considerable reducción presupuestal que acaban de acordar nuestras Cámaras, quedan empequeñecidos notablemente los créditos afectos a la enseñanza pública. Supresión de cátedras, fusión peregrina de materias disímiles, rebaja, a límites increíbles, de la retribución profesoral, mantenimiento de planes incompletos e ineficaces, en vigor a título interino.

Como queda bien a las claras, una vez más la cultura no cuenta entre las preocupaciones de gobernantes y políticos. ¿Para qué tan gran cantidad de maestros, tanto catedrático inútil? se han dicho

nuestros mandatarios. Gástese lo recaudado en ametralladoras relucientes, en vacua diplomacia, en conferencias y congresos decorativos e ineficaces. Vivamos como hasta aquí: no nos ha ido mal—han pensado nuestros políticos. Y no puede negarse que desde la mira de las conveniencias personales—única eminencia avizora de nuestra política—tienen plena razón. Por gran fortuna, parece que el pueblo empieza a creer que también a él la asisten sus razones.

1930, que con insistencia casi enfadosa ha venido clamando por una modernización integral de nuestra enseñanza, que ha venido señalando una y otra vez el lamentable anacronismo de nuestros planes y sistemas universitarios, ¿qué ha de decir ante resolución que aleja indefinidamente la esperanza de una seria reforma, qué ha de opinar sobre acuerdo que deja casi indotadas las enseñanzas experimentales superiores? Nadie ignora que en los laboratorios universitarios miles de alumnos quedan todos los años conociendo teóricamente el microscopio y realizando en los textos las experiencias químicas. ¿Que será ahora? No es un secreto que en Institutos y Escuelas Normales cada profesor se ha visto obligado a repetir hasta el agotamiento, durante cuatro y cinco horas diarias, el mismo disco. ¿Qué rendimientos estimables se obtendrán en lo adelante, mermada inverosímilmente la lista de esos profesores?

El más grave mal de nuestra enseñanza es, sin duda, la ninguna seriedad con que, por lo común, se realizan los estudios superiores, la ninguna autenticidad con que se prepara a los que han de impartir mañana, desde Institutos y Universidades, las más delicadas disciplinas. La solución casi nunca está en saber sino en «pasar». Privado el alumno en la segunda enseñanza, y en la superior, de estudios básicos para una cultura genuina, ve sólo ante sí un cuestionario de pre-

guntas de examen que es necesario salvar a nado con el menor riesgo. Si se mantiene el risible «currículum» actual, si se recarga al profesor—hecho por lo común a la más enervadora rutina—con labores excesivas, si el material de estudio prácticamente desaparece, ¿qué caminos están reservados a nuestra cultura? Debe preocuparnos esto dolorosamente aunque los políticos criollos sigan contemplando nuestros graves problemas desde la «loma» de su personales intereses.

Como se ve por el pensamiento transcrito, en Cuba, como en todas partes, se cuecen habas...

PROUDHON COMO FILÓSOFO

La *Revue Bleue*, conocida publicación francesa, en su número noveno del presente año trae un interesante estudio de Georges Guy-Grand titulado *¿Proudhon es filósofo?* En él, después de colocar al estudiado en la filosofía francesa del pasado siglo y ante la opinión generalmente despectiva de los filósofos contemporáneos, responde a la pregunta inicial en los siguientes términos:

Y si se toma la palabra filósofo en su acepción completa, pocos pensadores la merecen tanto como Proudhon. Pero es preciso entenderse. Sabemos ya lo que no es, lo que no dará. Para todo aquello que sea exposición o discusión puramente abstracta de sistemas, es imprudente fiarse a él. Si se quiere discutir a la manera de los metafísicos clásicos sobre la materia, la fuerza, la sustancia, sus formas o sus atributos, que no se le tome como guía. No es allí donde es original no hace más que repetir lecciones prematuras, asimiladas apresura-

damente, chapeadas sobre su pensamiento antes que adiestradas verdaderamente por su espíritu. Algunas páginas de la *Creación del Orden*, de la *Filosofía del Progreso*, también de la *Justicia*, parecen notas-resúmenes de cursos. No sería difícil no tan sólo hacer la enumeración, el recuento de las influencias que él ha tenido como todo pensador, sino separarlas del resto. Lo que debe a la Biblia, al Derecho Romano, a los Enciclopedistas, a Rousseau, a Kant, a Hegel, a los economistas, a Fourier, a Saint-Simon, a Comte, a sus contemporáneos, tanto amigos como adversarios, es un trabajo útil de fijarlo en fichas. La jerarquía familiar, la igualdad social, la libertad, el progreso, el racionalismo anti-religioso, el contrato, la autonomía, la antinomia y la dialéctica, la decadencia o regresión del poder político y la prepotencia del económico, la organización del trabajo y de la vida colectiva, se verían qué antecedentes tienen, de qué fuentes provienen y en cuáles se podrían entroncar estos elementos en el pensamiento prudhoniano. Pero esta enumeración nos da tanto la llave de su pensamiento como la reunión de los miembros dispersos de un cuerpo mutilado nos podría dar el secreto de la vida. Es preciso llegar al corazón, al alma que anima el todo, hasta la idea capital que lo domina constantemente y ordena esta efervescencia de ideas, aparentemente contradictorias. Porque si es verdad que podemos encontrar en Proudhon no solamente dos sociólogos sino varios filósofos, no es menos cierto que, lo mismo que los dos sociólogos se avienen y se completan, las filosofías se esclarecen en un estudio más comprensivo del hombre y su sistema.

Al proceder así se descubre lo que Proudhon es fundamentalmente, lo que todo el mundo se aviene en reconocer en él: un campesino del Franco-Condado, un artesano tes-

tarudo, un francés chapado a la antigua, la encarnación genial del pueblo francés. Pero estas definiciones no afectan el carácter original de su sistema, la potencia de su pensamiento. Porque este pensador tiene un sistema que oponer al que él combate, una doctrina que él constituye, según su promesa, después de haber demolido, y sobre cuya firmeza no tuvo jamás ninguna especie de duda. Este sistema es el de la «Revolución», esta doctrina es la de la «Justicia», y el conflicto de dos formas antagónicas de concebir la Justicia, según la Revolución y según la Iglesia, es el fundamento de su mejor libro.

Más adelante explica el autor por qué el concepto de Proudhon, en cuanto filósofo, no tiene muchos adeptos. Se debe, según Guy-Grand, a su orgullo que lo hizo mantenerse siempre solitario, obstinado, irreductible.

De allí proviene que sea difícil de cogerlo, escapa a toda clasificación. Cuando se cree enrolarlo en una determinada familia espiritual, por una salida imprevista se escapa. Se queja sinceramente de no ser comprendido, pero hace todo lo posible por no serlo, por su afición a las contradicciones, las antinomias, las paradojas.

Y esto proviene del defecto señalado líneas atrás, porque el destino de Pedro José Proudhon es de estar siempre solo, a la expectativa, robusto y proteiforme, bravío como el pueblo del que es un héroe, y que todavía no ha sido verdaderamente incorporado a la sociedad.

ARIEL.

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos, y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina — Luis D. Cruz
Ocampo — Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro — Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)....	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.

Imp. Universitaria. Estado, 63

